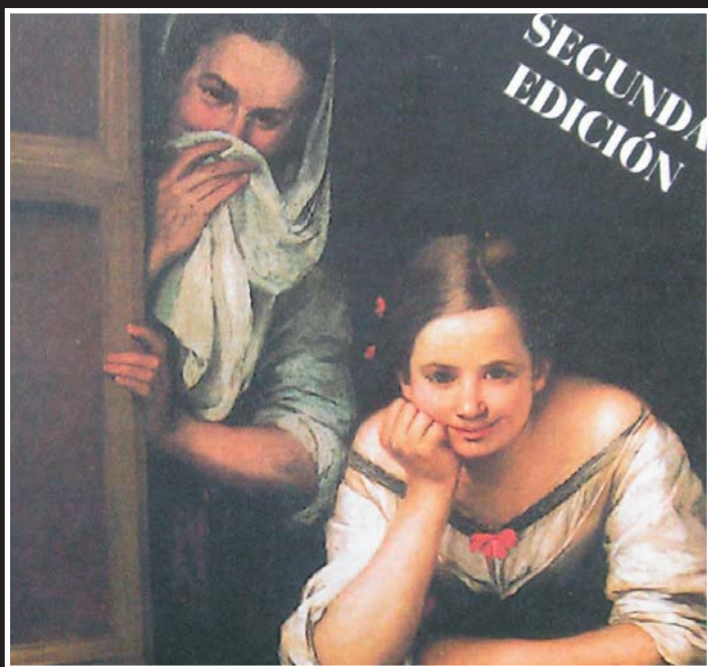


Juan Ignacio Pérez
Ana María Martínez

CIEN CUENTOS POPULARES ANDALUCES

recogidos en el Campo de Gibraltar



Prólogo de Antonio Rodríguez Almodóvar

**CIEN CUENTOS
POPULARES ANDALUCES**
recogidos en el Campo de Gibraltar

A nuestros padres

CIEN CUENTOS POPULARES ANDALUCES
recogidos en el Campo de Gibraltar

© Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez

© De esta edición, Asociación LitOral

www.weblitoral.com

Primera edición: septiembre 2003

Segunda edición: octubre 2006

Se permite la reproducción de los textos siempre que se indique la procedencia de los mismos

ISBN: 84-607-8675-7

Depósito Legal: GR-2378/06

Ilustración de portada: *Muchachas en la ventana*, obra de Bartolomé Esteban Murillo (National Gallery of Art, Washington)

**Juan Ignacio Pérez
Ana María Martínez**

**CIEN CUENTOS
POPULARES ANDALUCES**
recogidos en el Campo de Gibraltar

COLECCIÓN
CUATRO VIENTOS
2

**Asociación Lit.Oral
ALGECIRAS
2003**

Índice

PRÓLOGO por Antonio Rodríguez Almodóvar	11
--	-----------

INTRODUCCIÓN

Cuentan y no paran de contar	15
Dónde, cuándo, por qué, quién contaba	17
¿Cuentos, cuentecillos, chascarrillos?	20
¿Andaluces o universales?	22
Avisos para lectores	24

TEXTOS

Relaciones entre hombres y mujeres

1. Recuperar el cochino	29
2. La esposa tonta	32
3. La viuda mandona	33
4. La mujer testaruda	35
5. El matrimonio, el cura y las perdices	36
6. El arriero de Morón y la mujer llamada Clara	38
7. La mujer y el hombre bravío	39
8. Los tres pretendientes	40
9. La mujer y los dos pretendientes	42
10. Las tres hermanas y el cura	44
11. San Cristobalito, Cristobalucho	46
12. Porfía entre suegra y nuera	47
13. La apuesta	48
14. Zapatero alquila trasera	51

15. La mujer del zapatero y su amante	52
---	----

Pícaros y ladrones

16. El reparto de la caza	55
17. Los dos compadres y el cochino	56
18. El mentiroso	57
19. Dime una mentira	61
20. Los huevos fritos y las habas cochas	62
21. Las tres verdades del mundo	64
22. Periquillo y los cochinos	65
23. El hombre que quiso ver al rey	69
24. Periquillo el de los palotes	70
25. La apuesta de los sueños.....	72
26. El tuerto de los espárragos	73
27. Los nombres de las cosas	76
28. Juanillo el aceitero	78
29. El ubriqueño	79
30. ¡¡Sopla!!	81
31. El santo apolillado	81
32. El preso que recuperó la libertad	83
33. La corona del santo	83
34. El pastor y el cura	84
35. El sastre y su aprendiz	85
36. Los tres estudiantes	86
37. El capitán y su asistente	88
38. Las cuentas del soldado	92
39. El soldado y las morcillas	93
40. Los soldados y el tocino	93
41. Los soldados y las gachas	95
42. Un soldado con sed	95
43. El pastor y el mes de marzo.....	96
44. Los dos hermanos y el señorito	97

Pobres y ricos

45. El campero en la fonda	100
46. Pico que pico	102
47. El zapatero y el banquero	105
48. Los gañanes	106
49. El compadre pobre que se hizo rico	107

50. Juan Talante	109
------------------------	-----

Tontos y despistados

51. Los tres hermanos vagos	111
52. El tonto de la puerta	113
53. Agua para los segadores	115
54. Cuento del Tajo de Ronda	116
55. Las hermanas que no hablaban bien	120
56. El padre, el hijo y el burro	122
57. El leñador y los buñuelos	123
58. Los tres segadores	124
59. El sordo y los guardias civiles	126
60. De cada fanega, un cuartillo	127
61. La chiva que no lo era	128
62. El gitano escamado	130
63. El arriero y la leña	131
64. Los robos en la iglesia	131
65. El tonto, la vaca y el becerro	133
66. El camión de papas	134
67. La ballena del Manzanares, en el río de la Miel...	135
68. El primer coche que llegó al pueblo	136

Niños protagonistas

69. El hombre que huía de marzo	139
70. El niño y los guardias civiles	140
71. El niño y el fraile	141
72. El cura, el niño y los tordos	142
73. El abuelo	143
74. El niño y el sabio	144
75. Periquillo y los burros	145
76. El hombre que buscaba tres caballos	146
77. Mariquilla “Tu roete”	148
78. Garbancito	150
79. Cagachitas	153
80. Manzanita	157
81. Te quiero más que la sal	159
82. La niña del peral	160
83. El niño y los burros	163
84. Las rebanadas de pan-1	164

85. Las rebanadas de pan-2	165
86. Un huevo frito para siete	165
87. Quedarse sin padre o sin sopa	166
88. Un niño caprichoso	167
89. El niño y los garbanzos.....	168
 Cuentos de miedo y de difuntos	
90. ¡Mundo, mundo!	170
91. Mariquilla jura, jura	171
92. La capa enganchada	173
93. El forastero y los muertos de Jimena	174
94. Las habas del cementerio	175
95. El enterrador	176
96. El correo y los lobos	178
97. El hombre que huía de los lobos	179
98. Una broma con final fatal	180
 Rarezas de príncipes	
99. Comida para el caballo del príncipe	182
100. El tonto y la princesa	183
 ÍNDICE DE MUNICIPIOS E INFORMANTES	
	187
 ÍNDICE DE RECOPIADORES	
	190
 BIBLIOGRAFÍA	
	191
 ESTE ES UN LIBRO INACABADO	
	194

PRÓLOGO

Antonio Rodríguez Almodóvar

Toda nueva colección de cuentos populares ha de ser recibida con gozo. Y más en estos tiempos, en que ya esos tesoros de la vieja sabiduría de las gentes se hallan casi exhaustos tras una larga carrera de siglos, y aun de milenios, en la tradición oral. Los formidables poderes de la era industrial, de la sociedad de consumo, con la pérdida de la tertulia campesina, la del hogar, la del patio de vecinos, a manos de los llamados medios de comunicación audiovisuales, casi se puede decir, no sin dolor, que han triunfado. Suya es la soledad aislada de las personas mayores en su rincón, más o menos oficial; suya la capacidad de destruir una cultura largamente enraizada en los diálogos con la naturaleza, con el pasado ancestral, con los niños de cada nueva generación... ¿Quién sabe hoy para qué sirven determinadas plantas silvestres, cómo se curan ciertas enfermedades de los animales del corral, cómo se recicla toda la grasa de la cocina, cómo se jugaba a la comba, cómo era aquel cuento de Blancaflor, la hija del Diablo? Sin embargo, la humanidad ha vivido con todas esas cosas mucho más tiempo, muchísimo más, del que llevamos destruyéndonos en la era del coche y la lavadora, el fútbol y las hipotecas. Ya nadie sabe sobre

qué reglas jugamos a este maldito juego de los ricos cada día más ricos y los pobres cada día más pobres. Ya nadie puede asegurar que seamos más felices los hombres de hoy que los de ayer. Ni que las pedagogías positivistas o doctrinarias sean más eficaces que la pedagogía natural del folclore, al menos en lo que a la educación moral y lúdica se refiere.

Por eso hay que recibir exultantes cualquier atado de antiguas tradiciones, pues en cualquiera de ellas, como en cualquiera de las plantas no estudiadas de una selva amazónica, puede estar la clave de algo que necesitamos conocer. Sobre todo, por ver de recuperar un cierto sentido del mundo y de las cosas, que desde luego la cultura popular tenía.

Y por todo eso hay que celebrar la aparición de estos cuentos y cuentecillos del Campo de Gibraltar, que con tanta paciencia como miramiento han ido recogiendo mis buenos amigos Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez. Mucho hemos hablado ellos y yo en estos últimos años acerca de qué hacer con los cuentos populares andaluces, ahora que evidentemente se encuentran en el tramo final de un ciclo histórico. Y siempre estuvimos de acuerdo en que de nada serviría sólo lamentarse, sino que había que encontrarles nueva ocupación, en los dominios de la escuela, la lectura, la escritura, el teatro, incluso el cine y la televisión, para que así no mueran del todo, y hasta sea posibles verlos corretear de nuevo por la fantasía de los niños de hoy, verdaderos garantes de su futuro. Y a nuestras respectivas experiencias nos remitimos; ellos, revitalizando los cuentos en no sé cuántas peripecias, aquí y allá, por colegios, periódicos, jornadas de cuentacuentos, como animadores incansables de las hermosas costumbres de contar, cantar, jugar... Y, todo hay que decirlo, con escasísimas ayudas oficiales, éstas

siempre más proclives al decibelio y a los fuegos de artificio.

Y como ya se ve que no quiero hacer un prólogo al uso, por miedo a quitarle vigor y frescura a esta estupenda colección, me limitaré a comentar algunos aspectos que se me destacan.

Juan Ignacio y Ana María (que ya nos ofrecieron un hermoso libro de adivinanzas recogidas en la misma zona, *Debajo del puente*) han dejado para otro momento los cuentos maravillosos –de encantamiento, decían nuestros campesinos- y han preferido empezar por los cuentos y cuentecillos de costumbres. Los primeros son siempre los más antiguos, desde luego, y requieren de un tratamiento especial, que seguramente les llevará más tiempo. Uno de clara estirpe maravillosa que encontramos, como es “Te quiero más que la sal”, en el que Shakespeare basó su *King Lear*, aquí está reducido casi a una ocurrencia, lo que da idea de la cantidad de tumbos que ha tenido que dar en la tradición oral. Todo ello no quita, sin embargo, para que aquí y allá salte la perla. Y encontramos una verdaderamente extraordinaria. Me refiero al cuento titulado “La mujer y el hombre bravío”, que yo diría es más bien el protocuento de uno de los más antiguos conocidos, el de Juan el Oso, del que nos hemos ocupado ampliamente en otros lugares. Sólo por esta joya merecía la pena todo el trabajo de Pérez y Martínez. Casi otro tanto se puede decir de “Manzanita”, un rarísimo ejemplar de la variante femenina de Pulgarcito, y que en otras partes se llama “María como un ajo”, pero con otro valor añadido de lo más primitivo: la explicación del origen de la Luna, pues los cuentos del origen son siempre raros en la tradición indoeuropea, y más frecuentes en la africana. Otro fruto del contacto de ambas tradiciones, por el lugar que ocupa el Campo de

Gibraltar, es “El abuelo”, basado en la defensa del rol de las personas mayores, propio de las culturas árabes.

El hecho de ser los cuentos de costumbres más tardíos y más propios de las sociedades agrarias asentadas, con todas sus contradicciones, explica la abundancia temática del pleito entre hombres y mujeres, maridos y esposas, de tendencia misógina; las aventuras de soldados, de tontos, de pícaros, de curas que se aprovechan de niños inocentes y que pretenden a doncellas indefensas; todo ello en medio de escatologías y burlas de grueso calibre, princesas caprichosas o resueltamente necias, ricos que pretenden abusar de los pobres, y así una amplia galería de personajes, donde el humor y la crítica social se hermanan con la agudeza, la paciencia y la libertad expresiva del pueblo, que es de lo que se trata.

Sevilla, julio de 2003.

INTRODUCCIÓN

“Páreceme, señores, ya que avemos de estar aquí cuatro o seys horas, que pasemos el tiempo de la siesta con el entretenimiento de algún buen cuento sobre la materia que mejor les pareciere a vuestras mercedes”.

*Alonso Fernández de Avellaneda,
Don Quijote de la Mancha*

Cuentan y no paran de contar...

Así nos dicen que comenzaban su relato algunos de los antiguos narradores anónimos que informaron y encandilaron a los primeros investigadores. Con esa y otras expresiones similares se abría la puerta de acceso a un mundo donde todo podía ocurrir, se invitaba a los presentes a pasar al otro lado y se dejaban fuera asuntos cotidianos que “no venían a cuento”. Una imagen quizás demasiado romántica que ahora, al menos en la Europa donde vivimos, parece que está muy lejos de la realidad. Y es que ya los cuentos no se cuentan sin parar ni son un patrimonio colectivo, sino que están depositados en la memoria de personas muy concretas a las que hay que encontrar y animar para que vuelvan a contarlos después de muchos años de silencio. Cuando conseguimos dar con ellas, los buscadores de historias no dejamos de

hacerles visitas y preguntas, a las que, venciendo la reticencia inicial, atienden y responden con una pasión que excede nuestras previsiones. Por eso escuchamos con atención a nuestros informantes y ponemos tanto interés en que lo que ellos han mantenido con la ayuda de su memoria afectiva no se pierda precisamente ahora que han vuelto a sacarlos a la luz. Por eso, en fin, ofrecemos estos pequeños libros donde buena parte de lo recogido va a quedar reflejado.

Se trata de textos transcritos directamente de grabaciones respetando la forma de narrar de cada informante, sus giros, los finales y personajes elegidos y el mayor o menor énfasis dado a cada frase. Textos que, como veremos, prescinden de fórmulas fijas de inicio o cierre (sólo uno de los informantes, Francisco Castro, termina siempre sus relatos con la misma frase), pero que cuidan mucho de mantener la atención de los presentes a través de otros recursos: la inclusión de coplillas y versos, el traslado de la historia al entorno más inmediato (insertando nombres de lugares o personajes conocidos), el uso continuo de diálogos, la práctica ausencia de descripciones que ralentizarían la acción, etc.

Porque, a pesar de haber abandonado los elementos más llamativos del cuento maravilloso, el acto de narrar historias aún sigue gozando de una magia incontestable, tanto entre adultos como entre niños, quedando en manos de los narradores el verdadero arte de hechizar con la modulación de su voz, su capacidad para crear y sostener cierta tensión o la incorporación de otros recursos como las onomatopeyas, los silencios, las miradas oportunas o los citados en el párrafo anterior.

Pero ese traslado a su terruño que hacen algunos informantes es algo más que un artificio: la mayoría de ellos tienen la certeza (así se lo transmitieron) de que los hechos narrados no sólo son verdaderos sino que

ocurrieron allí cerca. Como consecuencia, el relato en cuestión logra despertar en los narradores el interés suficiente para recordarlo y la pasión necesaria para transmitirlo, facilitando la identificación y apropiación de la historia, y posibilitando, en definitiva, la continuidad de la cadena oral.

Y si estos aspectos formales del acto narrativo nos asombran, no menos importante nos parece lo que subyace a todos ellos: la llamada literatura de tradición oral (no sólo los cuentos) ha constituido, entre diversos grupos sociales, una *cultura de gestión propia* (subrayamos este aspecto frente al producto elaborado y listo para el consumo que domina actualmente el concepto de ocio cultural) y de ámbito reducido (familiar, vecinal) que se ha traducido en una muy eficaz escuela de enseñanza no formal. Porque, aunque la mayoría de los elementos que integran este patrimonio se suelen encontrar en muy diversas regiones (la llamada universalidad del folclore), no menos cierto es que en cada una de ellas se ha ejercido el derecho de adaptar, ampliar y modificar textos, movimientos y músicas dando lugar a las peculiares variantes en las que se apoya la supervivencia y el dinamismo de estos materiales.

Dónde, cuándo, por qué, quién contaba

La escena de una anciana rodeada de niños que aparece en un grabado de Doré no es más que la imagen estereotipada de una actividad que ha tenido desde siempre muchas otras variaciones. Si bien el hogar es el lugar donde por más tiempo se ha conservado de forma espontánea el acto narrativo como comunicación entre generaciones, si bien esta actividad se dejaba generalmente a las abuelas que ya no podían mantener el

mismo ritmo de trabajo que el resto de adultos de la casa, si bien han sido los niños los que más respeto e interés han mostrado por los cuentos, debemos tener presentes también otras actividades sociales que fueron escenarios naturales para la narración y en las que no sólo se daba la relación adulto-niño: fiestas populares o familiares, reuniones de adultos en ventas, cantinas, bares... o en el descanso de las jornadas de trabajo, escuelas o visitas de maestros itinerantes, paseos y viajes compartidos, sobremesas (recordemos que en el siglo XVI apareció un libro recopilatorio de cuentecillos con este título: *Sobremesa y alivio de caminantes*), etc. En reuniones familiares y vecinales, tanto niños como adultos se encontraban generalmente presentes cuando se iniciaba la narración de cuentos; cada uno alcanzaba a comprender lo que le permitía su entendimiento, pero todos participaban de dicha actividad, de ahí que algunos textos nada pueriles hayan sido rescatados de su infancia por nuestros informantes (“esto se lo escuché a mi padre, que se lo contaba a todo el que venía por aquí porque mi casa la tuvimos mucho tiempo como un ventorrillo”, “... yo iba a casa de esa mujer y me contaba todo lo que ella iba escuchando a las vecinas: acertaones, chascarrillos...”, “cuando yo era un niño había tres meses seguidos de lluvia y había que estar siempre en casa. Los cuentos nos los contaban los días de agua muy grande. Los niños nos metíamos todos en una casa y nos sentábamos junto a la candela”...).

Pequeñas costumbres que no podemos comparar con el carácter estrictamente ritual del cuento en algunas tradiciones africanas, orientales o americanas, pero que también crearon respeto hacia la palabra imaginada. Aquí no había consignas secretas para quienes deseaban tomar el testigo de los narradores (al menos en los últimos siglos), ni se imponía una hora concreta del día para

narrar. Sin embargo, todos sabían cuáles eran los momentos oportunos para hacerlo y cuáles no, lo que, adaptado a las circunstancias, no dejaba de tener cierta trascendencia.

Se contaba por muy diversos motivos: para exorcizar los miedos y “los demonios de un recuerdo” (como nos cuenta la escritora Isabel Allende), para dar a conocer lo que no era posible vivir personalmente, para motivar la reflexión o la intención, para divertir a los demás o para despertarles todo tipo de emociones... De ahí que casi todos los informantes reconozcan que la persona que les narraba cuentos era realmente importante para ellos y aún la recuerden con una nitidez particular; tal era la corriente afectiva que se producía entre narrador y público. Ignacio Morales, informante de 73 años que no sabe leer ni escribir, tiene muy clara la función de los cuentos y expresa a la perfección lo que tanto trabajo nos cuesta a nosotros:

“Se contaban para enseñar los peligros que había en el mundo. Aunque parezca mentira, los niños, cuando escuchan una historia de estas, enseguida comprenden que es un cuento. Y lo que han escuchado de niños no se les olvida ya de mayor, porque hay un leve movimiento del cerebro que ayuda a recordarlo”.

Una de las pocas reglas que se respetan en común tanto en las culturas que ritualizan el cuento como en aquellas que parecen trivializarlo es que sólo los adultos estaban autorizados para hacerse un hueco entre el grupo y dejar fluir sus palabras. Los niños, como en tantos otros temas (al menos mientras hubiera adultos presentes), oían, veían y callaban, considerándose que era su momento de aprender y no de enseñar. Una circunstancia que sólo cambió con la introducción de las modernas perspectivas educativas del siglo XX, pero que sigue estando vigente en la sociedad tradicional.

¿Cuentos, cuentecillos, chascarrillos?

Apuntados estos aspectos, llega el momento de abordar la naturaleza de lo que presentamos en esta obra, en la que no han tenido cabida ni los cuentos maravillosos ni los de animales, que formarán parte de sendos volúmenes.

Se han incluido, básicamente, dos tipos de textos: por un lado, cuentos de costumbres (aquellos que presentan y desarrollan conflictos humanos propios de la sociedad rural tradicional a través de una sólida estructura argumental, similar a la de los cuentos maravillosos); y por otro, cuentecillos (relatos generalmente breves en los que se plantea una situación anecdótica, muchas veces presentada como hecho real, que se suele resolver utilizando el ingenio y el humor).

Ambos grupos tienen en común el ámbito al que pertenecen, su finalidad (lúdica, didáctica, crítica) y los temas que tratan, pero sus diferencias son algo más que formales. La sutil frontera que algunas veces se da entre unos y otros conlleva no pocos conflictos entre los estudiosos y ha llevado a algunos recopiladores a prescindir de las clasificaciones y a publicarlos de acuerdo con criterios personales, quizás nada científicos pero sí más divulgativos.

Los cuentos básicos de costumbres rurales están bien documentados e incluso reconstruidos como si de piezas arqueológicas se tratara (v. *Cuentos al amor de la lumbre*, vol. II, de Antonio R. Almodóvar). Los cuentecillos, por su parte, cuentan con interesantísimos estudios sobre su presencia en la literatura española (v. *Cuentecillos tradicionales en la España del siglo de oro*, de Maxime Chevalier o *El cuento español en los siglos de oro* de Carmen Hernández) y se incluyen en algunas recopilaciones, aunque carecen de entidad para otros

investigadores, que los mantienen ausentes de sus colecciones.

A lo largo de la historia de la Literatura hemos encontrado muchos y muy diversos nombres para designar este tipo de cuentos breves en los que la crítica y la burla se alían para tratar temas mundanos desprovistos de elementos maravillosos. Con más o menos matices, se han denominado fábulas (estas no siempre fueron cuentos sobre animales), fabliellas (término de influencia francesa), enxiemplos o ejemplos, apólogos (cuando tenían carácter didáctico), burlas, pullas (burlas dirigidas a colectivos), donaires, chistes, consejas (acabadas con un consejo), chascarrillos, anécdotas, sucedidos..., habiendo quedado algunos de ellos impregnados de cierto matiz despectivo, como las facecias (eran en principio aquellos cuentecillos que acababan con una frase ingeniosa), las mentiras, las patrañas (lo que se contaba como cierto sin serlo) o el propio término cuento, que tiene acuñadas un buen manojo de frases poco amables (“no me vengas con cuentos”, “déjate de cuentos”, “tienes más cuento que Calleja”, “esto es un cuento chino”, “lo que te digo no es cuento”, “al que te cuente un cuento, cuéntale tú cientos”, etc.). Algunos de ellos, durante varios siglos, sirvieron exclusivamente como ejemplo ilustrativo de los refranes (también estos cuentecillos se llamaron con dicho nombre y para tal uso parece ser que se inventaron), pero todos, con unas u otras denominaciones (incluidos aquellos textos que en la actualidad son tildados de chabacanos), gozaron de gran popularidad entre la gente sencilla y entre los escritores. El propio Chevalier nos recuerda cómo, durante los siglos XVI y XVII, estos cuentecillos no sólo pasaban de boca en boca sino también de mano en mano, copiándose y guardándose en cartapacios particulares con objeto de ser empleados en diferentes actividades sociales o de ser

incluidos en alguna obra literaria (a lo que no fueron ajenos los grandes escritores de la época). Un interés que decayó en las dos centurias siguientes y que recobró cierta popularidad en el siglo XX.

A diferencia de los cuentos más antiguos (los maravillosos), los cuentos y cuentecillos de costumbres permiten su relato en presente; no se trata de narrar hechos extraordinarios que se pierden en el tiempo ni de traer hasta nuestros oídos las hazañas de personajes fabulosos, sino de demostrar que al más cercano de nuestros vecinos también le pudieron ocurrir sucesos dignos de ser contados. Una oportunidad que la gente sencilla ha tenido para pasar a la posteridad.

Cuentos y cuentecillos que muchas veces no son sino una “derivación humorística de los cuentos maravillosos” (Rodríguez Almodóvar, *Cuentos al amor de la lumbre II*, p. 589), propios de unos grupos sociales que reivindican su espacio frente a la presencia todopoderosa de las clases dominantes.

¿Andaluces o universales?

¿Por qué hemos denominado andaluces a unos textos que pueden ser encontrados, al menos, en las culturas hispánica y árabe? Realmente estamos ante esquemas universales, pero aquí se ofrecen las versiones recogidas en una zona muy concreta de Andalucía, exactamente en su comarca más meridional; una zona que, a pesar de tener un peculiar carácter multifronterizo, está impregnada, sobre cualquier otra influencia, de las características de lo andaluz, a saber: rasgos fonéticos y sintácticos, vocabulario, preferencia por ciertos temas y por un tratamiento específico de los mismos, tipología de los personajes, etc. La presencia británica en la vecina

Gibraltar (y van trescientos años), que determina ciertas actividades de esta comarca, pasa desapercibida en el repertorio narrativo popular que traemos aquí, a no ser por la inclusión esporádica y cada vez más rara de vocablos ingleses acomodados a la pronunciación andaluza: mebli (canica), liquirbá (regaliz), focona (frontera), chingua (chicle), panquequi (bizcocho), etc.

Por su parte, la proximidad de Marruecos sí que se hace patente en la coincidencia de temas y personajes básicos, como la serie de cuentos sobre Yehá o Yoha, niño listo-pícaro que se ve reflejado en algunos de nuestros textos, aunque esta similitud puede hacerse extensiva a todo el territorio andaluz y no sólo a esta comarca. Quizás el relato de mayor y más tardía influencia árabe que presentamos es el titulado “El abuelo”, habiendo recogido incluso una versión a inmigrantes marroquíes.

Los cien textos que presentamos proceden de los más de quinientos de este tipo, incluyendo versiones, que hemos recogido en la citada comarca. Hemos incluido sólo una versión de cada tipo, exceptuando algunos casos con variantes significativas.

Tras la transcripción de cada texto, incluimos algunos comentarios muy resumidos sobre el tema del cuento, la existencia de otras versiones ya publicadas (bien en colecciones de tradición oral, bien integradas en obras literarias de autores conocidos), variantes encontradas, anécdotas de nuestro trabajo de campo o cualquier otro dato que consideremos de interés divulgativo. Quizá los estudiosos echen en falta más referencias bibliográficas de cada cuento, pero para ello remitimos a los libros recomendados al final, donde encontrarán datos exhaustivos sobre el particular.

Cien cuentos que hemos preferido clasificar siguiendo el modelo de Rodríguez Almodóvar, como ya

hemos hecho en trabajos anteriores, reconociendo la validez de otros criterios y no excluyendo las aportaciones de Aarne-Thompson y Espinosa (que se incluyen en algunos de los pequeños comentarios a cada cuento). Se advertirá fácilmente, en este sentido, que muchos de los textos pueden encajar mejor en una clasificación que en otra o pertenecer a varios ciclos a la vez (por ejemplo, nuestro cuento número uno puede ser de matrimonios, de tontos y de pícaros), según el criterio tenido en cuenta.

No hemos incluido los numerosos sucedidos encontrados sobre descubrimientos de tesoros ni algunos relatos que en otras colecciones son considerados de costumbres rurales, como “Juan sin Miedo” y “Juan Soldado”, por contener todos ellos importantes elementos sobrenaturales. Sin embargo, sí incluimos “Mariquilla jura, jura” (tema de la asadura del muerto) por considerarlo más un relato sobre la aprensión humana que de corte maravilloso. Sirva esta explicación, que puede ser discutida, para justificar la presencia de uno y la ausencia de otros.

Finalmente, a riesgo de equivocarnos, podemos considerar inéditos más de treinta de los relatos aquí incluidos. Esto no quiere decir que no hayan sido recogidos en otras zonas, sino que, o bien no han sido incluidos en las colecciones que hemos consultado o las versiones publicadas presentan notables diferencias con las nuestras.

Avisos para lectores

Hemos procurado confeccionar un libro pequeño y manejable que pueda llevarse a cualquier parte (de ahí que sólo hayamos dado cabida a cien cuentos y que

hayamos dejado otros textos del mismo tipo para un próximo volumen). Puede gozarse a solas, pero el usuario descubrirá que la mejor forma de disfrutarlo es leer en voz alta los relatos o contarlos una vez leídos, compartiendo las ocurrencias, las emociones y el reconocimiento de escenas, tipos humanos y paisajes. ¿Son para adultos o para niños? Esta es una pregunta que la irán respondiendo quienes nos escuchen. Mientras tanto, no pongamos trabas a la comunicación y dejemos que estas historias vuelvan a fluir entre los descendientes de quienes las vieron nacer y desarrollarse.

Para facilitar la lectura, hemos procedido a hacer dos pequeñas modificaciones: por un lado, eliminar las repeticiones y titubeos que proceden de la dificultad para recordar fielmente los textos; por otro, normalizar la fonética de los mismos (fundamentalmente el ceceo propio de esta zona, la aspiración de la *h* y la pérdida de la *d* intervocálica), excepto cuando su presencia era necesaria para alguna rima o para mantener el ritmo de la narración. Igualmente, se han respetado los giros y modismos andaluces, considerando que los que no son muy conocidos son descifrables por el contexto.

Para facilitar la localización hemos incluido al final del libro la relación de municipios e informantes (estos con fecha y lugar de nacimiento), así como la lista de personas que nos cedieron algún texto. Se observará que algunos de los cuentos no están precedidos por los datos personales de quienes los contaron; estos textos proceden de reuniones con varios informantes (algunas veces más de veinte) donde se contaban los cuentos atropelladamente y sin posibilidad de especificar datos.

Finalmente, a quienes se acerquen a estas páginas les recordamos también que todos los cuentos y cuentecillos incluidos proceden de la tradición oral y no pertenecen ni a los recolectores ni a los informantes. Esperamos que

disfruten con su lectura tanto como lo hemos hecho nosotros durante su recuperación.

TEXTOS

Relaciones entre hombres y mujeres

El reparto de papeles entre sexos dentro del matrimonio y la infidelidad son los temas principales de esta serie de relatos en los que se oculta una importante carga misógina. La mayoría de ellos nos han llegado como cuentecillos, desprovistos de muchas de sus secuencias principales.

Además de las quince versiones que incluimos a continuación, también podemos considerar dentro de este tema los cuentos 7, 9, 10, 11, 12, 14, 19 y 32 del anterior volumen de esta colección, *Debajo del puente*, todos ellos con la adivinanza como forma de expresión pero con las relaciones de género como telón de fondo.

1. Recuperar el cochino

Ignacio Morales Trujillo

Betijuelo (Tarifa)

Había un matrimonio pobre en el campo que estaba engordando un cochinillo con mucho trabajo. Como sabían que ese día iba a venir el alfarero vendiendo, el marido le dijo a la mujer:

-Cuando venga, cómprale un cacharro para matar el cochino.

Y llegó el alfarero pregonando:

-¡Ollas, cazuelas, cántaros!

-Oiga, mi marido me ha encargado que le compre una vasija.

Y en vez de comprarle una, ella le compró toda la carga y le hizo agujeros a todas para poder colgarlas.

Y entonces llegó el marido.

-¿Qué has hecho? ¡Una vasija con agujeros ya no vale!

-Se las he cambiado por el cochino.

-Pero...

Salieron los dos a buscar al alfarero siguiendo las huellas. Y venga andar... Y anocheció y volvieron a la casa. Y al rato salieron otra vez y le dice el marido:

-Vuélvete, coge la puerta, la cierras y te vienes.

Se volvió la mujer, cogió la puerta a cuestras y se fue otra vez con él.

Siguieron los dos y ella con la puerta a hombros. Cuando el marido se dio cuenta, ya estaban tan lejos que prefirió seguir con la puerta, así que se subieron a un árbol por si venía un bicho y usaron la puerta para estar más cómodos.

Vieron una luz a lo lejos y era el del cochino con otros más buscando un sitio para meterse. Y le dice el marido a la mujer:

-Cállate la boca, que el alfarero y sus amigos son ladrones.

Y se quedaron encima del árbol sin hacer ruido, pero ella no podía más:

-Me estoy meando.

-¡Estás tonta! Haz poquito a poco para que no se den cuenta.

Los ladrones, que sintieron que algo les caía, dijeron:

-Bueno, esto será una meadilla de pájaros.

Y la mujer, encima de la puerta, seguía:

-Que ahora me estoy cagando.

Y no tuvo más remedio que hacerlo allí arriba.

Pero los ladrones, tan contentos como estaban con el cochino que habían conseguido, no se dieron ni cuenta.

-Esto será una cagadilla de pájaros.

Pero en ese momento, la puerta empezó a resbalarse y a caer y los ladrones miraron para arriba:

-Mirad, aquí hay una puerta que se nos cae encima.

Y el marido, arriba, le decía a la mujer:

-Agárrate a una rama y déjala ir poco a poco.

Cayó la puerta y le cortó la lengua a uno de los ladrones. Los demás salieron corriendo asustados de ver esa cosa tan grande cayendo de un árbol y el matrimonio se quedó con el cochino.

□ □ □

Analizar un cuento descomponiéndolo en los episodios que lo forman nos remite a una red casi interminable en la que hallaríamos engarzados los diversos tipos de la cuentística popular. Así, de las tres partes principales en que está dividido el relato anterior (mujer que no es capaz de custodiar la casa y los animales; personaje que arranca la puerta por no entender instrucciones; contacto con ladrones desde un árbol), encontraremos la primera en diversos relatos sobre matrimonios y mujeres simples y las dos últimas unidas como escenas de cierre de muchos cuentos sobre hermanos, tontos y ladrones (sin ir más lejos, véase el nº 52 de esta misma colección). Cada parte se desarrolla por medio de motivos que pueden o no coincidir con otros textos y comienza así a entretejerse la mencionada red, que ya fue analizada desde distintos puntos de vista por investigadores como Aarne, Thompson, Boggs, etc. En nuestros comentarios no anotaremos pormenorizadamente estas referencias analíticas, limitándonos a ofrecer algunos detalles que nos parezcan interesantes. En este caso, destacamos “el buen éxito por casualidad” que obtiene el matrimonio protagonista gracias, precisamente, al despiste de la esposa. “Bien está lo que bien acaba”, podría sentenciar el refrán correspondiente.

2. La esposa tonta

Engracia López Úbeda

Los Barrios

Era un campesino que se casó con una muchacha muy bonita pero muy tonta. Una vez en casa de su marido, la muchacha le preguntó:

-¿Qué puedo hacer con la harina del granero?

-¡Eres una ignorante! Cómetela a cucharadas.

-¿Dónde puedo poner los chorizos y jamones de la despensa?

-En el campo.

-Dime, ¿qué tiene la vasija de cobre que está en la alacena?

-Semillas de calabaza. Se la daremos al cacharrero a cambio de una nueva.

Pero, en realidad, la vasija contenía monedas de oro, sus ahorros de varios años de duro trabajo.

Al día siguiente, cuando él no estaba, pasó el cacharrero y la mujer le cambió la vasija de cobre por otra mayor. El cacharrero vio lo que tenía y se fue pensando en no volver más.

Después de la faena, la muchacha llevó los jamones y los chorizos al campo y se los comieron los perros. ¡La que se armó cuando el marido regresó a casa! La mujer le contó lo que había hecho. Él pudo sujetar su mano a duras penas porque después de todo era hermosa y obediente.

Pocos días después se encontró a su mujer comiéndose la harina a cucharadas y el marido gritó:

-¡Ea, no te soporto más! Te plantaré en el bosque a ver si das algún fruto.

Ella se fue andando detrás de él muy contenta, pensando que iba a ser un árbol frutal o algo parecido. Y cuando llegaron al sitio, el marido hizo un hoyo y la

enterró, dejando fuera nada más que la cabeza. Después se marchó y empezó a anochecer. Entonces llegaron unos ladrones que acababan de robar en un palacio y pusieron el cofre junto a su cabeza. Y dijo uno de ellos:

-Me voy a sentar en este tronco.

-¡Ay de mí, que soy un pobre arbolito y me confunden con un tronco!

Al escuchar la voz, los ladrones salieron corriendo.

Por la mañana, el marido se arrepintió de haber enterrado a su mujer y cuando llegó se sorprendió al encontrarse aquel cofre al lado de su cabeza.

Camino de la casa, la mujer le fue explicando lo que había pasado y entonces él comprendió que el destino le había dado una mujer así, tonta pero muy buena y con mucha suerte.



Reconocemos aquí el cuento anterior con algunas variantes. Se presentan tres escenas que corroboran el planteamiento inicial, la crítica a la mujer. La reacción brutal del marido desemboca en un golpe de suerte que parece recompensar su arrepentimiento desinteresado y la resignación final. ¿Cuál es el resultado? Un texto que presenta una realidad cruda a través de un filtro humorístico y que acaba con una resolución moral y edificante del problema inicial. De esta forma, los cuentos han servido para tratar los temas más escabrosos y truculentos contribuyendo a un cierto reciclaje social.

3. La viuda mandona

Tomás Márquez Esteban

Algeciras

Había una viuda que era muy mandona y entonces le salió un novio y los amigos le decían:

-Como te cases con la mandona estás listo.

Pero se casó con ella y cuando vino de viaje de novios le dijo:

-Vamos a darle una vuelta a la finca para yo conocerla.

Entonces se llevó a una burra que tenía con la merienda y, cuando la burra se iba para el trigo, él le decía:

-Como te vayas al trigo te vas a enterar, que yo las cosas sólo las digo una vez.

Entonces la burra se fue al trigo, él sacó una navaja y mató a la burra. La mujer empezó a chillarle y él le dijo:

-Cállate la boca que yo las cosas sólo las digo una vez.

Entonces le quitó el pellejo a la burra y le dijo:

-Ya te puedes tender en lo alto del pellejo.

Ella dijo que no y él le contestó:

-Yo las cosas sólo las digo una vez.

Cuando se tendió encima del pellejo, agarró y lo cosió y le puso una candela al lado y cuando el pellejo se iba encogiendo él le preguntaba de quién era la finca y ella contestaba: "Tuya".

-¿De quién son las vacas?

-Tuyas.

Era la feria del pueblo y se llevó unos becerros a venderlos, se gastó el dinero y decían los amigos:

-Cuando vuelvas te vas a enterar, tu mujer te va a dar una paliza.

Y él dijo:

-Me apuesto algo con ustedes que no pasa nada.

Compró una bandurria y, al llegar a la casa, los amigos decían:

-Anda, que se ha gastado todo el dinero.

Entonces él le cantó una copla:

De la feria de Medina vengo

y te traigo una bandurria,
lo que quiero es que te acuerdes
del pellejo de la burra.

Ella contestó:

Muy bien que has hecho,
como tuyo que era
puedes hacer lo que quieras.

Y los amigos perdieron la apuesta.

□ □ □

Esta historia de desconfianza dentro del matrimonio está muy documentada en la tradición oral, apareciendo también en un buen número de obras literarias de todos los tiempos (se trata del tema “la doma de la mujer bravía”).

Contamos con cinco versiones prácticamente iguales en las que lo único que varía es la letra de la cancioncilla, que, por otra parte, es un elemento peculiar no hallado en algunas colecciones. La referencia toponímica del primer verso no hace sino acentuar la adaptación al entorno.

4. La mujer testaruda

Francisco Castro Salvatierra

Tahivilla (Tarifa)

Una mujer era tan testaruda que siempre estaba dándole la contra al marido, que no podía con ella por nada del mundo. Un día empezó a decirle:

-¡Piojoso, piojoso, piojoso!

Y él, ya desesperado, la cogió y la tiró al río. Y cuando ya iba ahogándose con el agua al cuello, ella seguía diciendo:

-¡Piojoso, piojoso, piojoso!

Y cuando ya le llegaba el agua a la misma boca, que no podía decir nada, entonces sacó los brazos del agua y hacía el ademán de matar los piojos con los dedos.



Cuentecillo extendidísimo tanto en la tradición oral como en la literatura medieval y de los siglos de oro. La diferencia esencial entre lo oral y lo escrito es que en los primeros se utiliza el motivo de los piojos y en los segundos se suele discutir por unas tijeras, ahogándose la mujer mientras porfía haciendo las tijeretas con los dedos. De ahí el refrán recogido por Correas: “Tijeretas han de ser, mujer, tijeretas han de ser”. Lope de Vega también refiere el hecho en estos versos de su obra *Quien más no puede*:

“Una que echó en un pozo su marido
con los dedos formaba las tijeras,
dando a entender que muerta había vencido.”

En la obra de Chevalier *Cuentecillos tradicionales en la España de los siglos de oro*, incluida en la bibliografía, se pueden encontrar algunas referencias más.

5. El matrimonio, el cura y las perdices

Señor de unos 80 años

Las Caheruelas (Tarifa)

Era un matrimonio muy lambrusco y la mujer más, que se comía todo lo que tenía el marido. Un día vino un cura misionero a la aldeilla y todo el mundo lo convidó. Y decía el marido:

-¿Tú ves? Nosotros, como somos tan lambruscos, no lo podemos convidar también.

Y dice la mujer:

-Mira, tú me compras dos perdices enteras y las vamos a guisar enteras y así ya no me las como.

Se fue el hombre a por las dos perdices y la mujer las puso a guisar las dos. ¡Qué enteras ni nada! No se pudo resistir y cogió un pedacito.

-Que reviente mi alma si cojo más.

Al ratillo, otro pedacillo.

-Que reviente mi alma si cojo más.

Pues así, una de las dos se quedó en los huesos. Y cuando el marido llegó le dice:

-Vamos a amolar los cuchillos para cuando venga el padre para cortar la carne. Si no, ¿cómo la va a cortar?

Y fue el marido a amolar los cuchillo y mientras llegó el cura. Y le dice ella:

-¡Ay, padre, mi marido ha ido a amolar los cuchillos para cortarle las orejas a usted!

-Adelante me va a cortar a mí las orejas?

Salió corriendo y le dice ella al marido:

-Mira el cura, ha salido corriendo y se lleva las dos perdices –Pero qué va, no se llevaba nada.

Entonces le gritó el marido al cura:

-¡Hombre, siquiera una!

Y el cura corría que se las pelaba.



Resulta interesante la difusión que ha tenido el tema de la mujer glotona en la narrativa popular, desde la versión más difundida de los Grimm (“Gretel, la glotona”) hasta la más cercana y a la vez desconocida de Uwe Topper, titulada “La mujer que se comió las dos gallinas” (*Cuentos populares bereberes*, nº 27). Perdices, gallinas, truchas, pollos y patos han servido de objeto de discordia en este ciclo narrativo que también aparece en el *Sobremesa y alivio de caminantes* (1563) de Juan de Timoneda o en el poco difundido *Espéculo de los legos* (s. XV). Una variante también humorística es “La mujer que no comía con su marido” que se puede encontrar, entre otros, en la colección de Rodríguez Almodóvar (nº 83).

6. El arriero de Morón y la mujer llamada Clara

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Quando llueve, uno siempre quiere que escampe. Pues iba un arriero por el campo y no paraba de llover desde que había salido de su pueblo, de Morón. Y el hombre muy preocupado:

-¡Nada, que no escampa! ¡Nada, que no escampa!

Y pasó por su lado una mujer que se llamaba Clara – aunque el hombre no lo sabía- y le dice para tranquilizarlo:

-¿De dónde viene usted?

-De Morón, pero todo el camino lo he hecho lloviendo.

-Pues parece que por allí ya viene una clara, así que pronto escampará.

Y le contestó el hombre:

-Mire, no hay clara que no sea puta.

La mujer, como se llamaba Clara, pues lo tomó por ella, y le contestó:

-Ni arriero de Morón que no sea cabrón.

□ □ □

Las referencias a lugares del entorno, como hemos visto en el cuento n° 3 y como tendremos ocasión de volver a encontrar, resultan un interesante recurso sobre el que volveremos una y otra vez. No suele agradar a los informantes que les digamos que el texto que nos acaba de relatar también ha sido recogido en lugares tan lejanos como Rusia o Argentina. Parecen encajar esa universalidad como una intromisión en su intimidad. De ahí que un mecanismo para sentir y defender la propiedad de los textos (propiedad no a título particular, sino referida al colectivo que comparte una determinada zona geográfica) sea

este de insertar topónimos de la zona y nombres de personas conocidas. Lo comprobaremos en más ocasiones. Sin embargo, esta vez hemos de decir que no hemos encontrado más versiones publicadas que la que presentamos. ¿Estaremos realmente ante una historia “de aquí”, como defienden una y otra vez los informantes?

7. La mujer y el hombre bravío

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Antes, en el campo, las casas estaban muy distantes unas de otras. Y una mujer le dijo al marido:

-Donde yo voy a lavar siempre veo pasar a un hombre bravío por el río.

El marido le contestó:

-Ten cuidado, que les gustan mucho las mujeres.

-Lo que siento es que me coja y el niño se quede solo en la casa.

Pues dicen que vino una vez el marido y la mujer no estaba. Fue al río a buscarla y se encontró la ropa tirada y entonces pensó: “Ya se la llevó”.

El marido llamó a más gente y fueron a buscarla río arriba. En el río había mucha arena y entonces vieron las pisadas:

-Pues por aquí va.

Y se fueron. Se fueron y llegaron a una piedra muy gorda donde había una cueva, y dice el marido:

-Pues aquí es donde la tiene.

El gorila, el hombre bravío, como tenía tantísima fuerza, había puesto unas piedras delante de la entrada para que no le quitaran a la mujer.

Cuando entraron, estaba todo destrozado. El hombre bravío le había llevado carne cruda a la mujer para que comiera y ella se había acostumbrado a comerla.

Al final se la quitaron y el marido le pegó un tiro al hombre bravío y salvó a su mujer.

Estos hombres bravíos ya no están en la sierra, pero antes había unos cuantos abandonados por el monte. No eran osos porque el oso es una fiera y ellos eran hombres. A mí me lo contó mi padre, Cristóbal Ibáñez.



El interés de la informante por dar credibilidad a su relato la llevó incluso a describirnos con más detalles a aquellos hombres bravíos: parecidos a enormes monos, se desplazaban como los humanos, estaban cubiertos de pelo, eran de costumbres salvajes y vivían ocultos de la civilización... Detalles que nos recordaron las informaciones que hemos recogido en la misma zona sobre los “gentiles”, gigantes que habitaron estas montañas antes de que el viento de levante les obligara a marcharse (sic) o las descripciones que en diversos puntos del planeta hacen los lugareños sobre el “hombre de las nieves”.

A pesar de ese interés por el realismo del relato, no cabe duda de que está en la línea de los cuentos maravillosos de raptos de mujeres que acaban teniendo un hijo sobrenatural (Juan el Oso, Juanillo el de la burra) y que incluiremos en el volumen dedicado a leyendas y cuentos maravillosos.

8. Los tres pretendientes

Ana González

Algeciras

Había una vez una mujer muy beata que tenía tres pretendientes que, además, eran amigos entre ellos. Todos los días los citaba a horas distintas para que ellos no se vieran, pero llegó el momento y los tres pretendientes, uno detrás de otro, le pidieron casarse con ella.

A los tres les contestó que solamente se casaría si le demostraban que eran valientes. Al primero le dijo:

-Si quieres casarte conmigo tienes que ir a la iglesia a las once de la noche, meterte en una tumba y pasar la noche entera allí metido.

-Bueno, si sólo es eso... –contestó el hombre.

Al segundo le pidió que fuera a las once y media y que pasara la noche delante de la tumba con dos velas encendidas. Y al tercero le dijo:

-Sube a las doce al campanario de la iglesia y arrastra unas cadenas muy gruesas desde el campanario hasta la tumba diciendo: “Soy el fantasma de la iglesia y vengo a por el de la tumba y a por el que la alumbrá”.

Cuando los dos primeros escucharon eso, salieron corriendo y el de las cadenas se asustó también. ¡Ocho días estuvieron malos del susto!

Cuando se volvieron a ver, se preguntaron:

-¿Por qué habéis estado tanto tiempo sin asomar a la puerta de la calle?

-No, por nada.

-Es que estaba malo.

Pero después uno de ellos contó la verdad y los otros dos también. Así fue como supieron que la beata se veía con los tres y que se había querido reír de ellos.

Y decidieron darle un escarmiento a la mujer, así que se disfrazaron de Jesucristo, San Juan y San Pedro y se fueron a cenar a casa de la beata.

Se ponen a cenar, a cenar y cuando terminan le dicen:

-Hija, te has portado tan bien con nosotros que hemos pensado beatificarte.

-Ay, no sé si mereceré yo tanto.

-Que sí, mujer, que sí.

Y entre San Juan y San Pedro la cogieron por las costillas y Jesucristo le dio unos cuantos azotes. Así la beatificaron y escarmentó.



La burla dirigida a personas beatas se traduce en este tipo de cuentos en los que el burlador se hace pasar por un personaje sobrenatural (generalmente, el santo de una iglesia), entroncando en este caso con los tradicionales paseos por el mundo de Jesucristo, San Juan y San Pedro, que dieran lugar a tantos relatos maravillosos.

Espinosa hijo recoge en Castilla-León cuatro versiones de este tipo (números 272, 273, 274 y 275) y Sánchez Pérez (nº 50) incluye en su libro una en la que el burlador es un sacristán que pretende intimidar a una beata para poder cerrar antes la iglesia.

9. La mujer y los dos pretendientes

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Era una muchacha que tenía dos pretendientes, pero ella decía que quería a uno más que al otro. Y el otro lo sabía.

Y dicen que un día se vieron los dos pretendientes en una cueva y dice el que no se sentía querido:

-Ahora mismo lo mato porque este me va a quitar a mí la novia.

Estaba lloviendo a cántaros. Y lo mató y no sé dónde lo echaría que no supieron de él. Y la muchacha se casó con el otro.

Y dicen que un día que llovía mucho, mucho, ella vio que su marido estaba muy intranquilo, tanto que no vivía, y le preguntó:

-¿Qué te pasa?

-No me pasa nada.

-Dime, algo te pasa.

Y se lo contó todo:

-Que yo maté a Fulano.

Ella dio parte y en la Guardia Civil le dijeron que tenía que haber pruebas.

-Pues mire, usted se mete debajo de mi cama y yo le busco la conversación a él para que me lo cuente otra vez.

Así que el guardia civil se metió debajo de la cama y ellos empezaron a hablar. Y él lo dijo otra vez.

El guardia civil lo cogió preso y ella le dijo al marido:

-Si sales no vengas a buscarme.

Al final la mujer no fue ni para el otro ni para él. Dicen que entre el cielo y la tierra no hay nada oculto. Y por eso lo cogieron.

Si tú haces una cosa solo y no se la dices a nadie puede ser que no se sepa, pero como se lo digas aunque sea a uno solo sí se sabe. Mi padre decía que un uno es un uno, pero que dos unos no hacen un dos, hacen un once, así que lo que saben dos lo acaban sabiendo un montón.

□ □ □

Cuento relativamente reciente, propio de una sociedad incipiente que pretende luchar contra la injusticia y la impunidad de los malhechores. De hecho, en otra versión que hemos recogido se culpa a otra persona del suceso, pasando veinte años en la cárcel hasta que se descubre la verdad.

García Surrallés lo incluye en su colección de cuentos gaditanos con la variante de que son unos molinillos (los “volavientos”) los que delatan al asesino. En las versiones de Espinosa, este papel de testigos lo desempeñan las moscas y una planta de cardo corredor.

Destaquemos el comentario final de la informante, que tiene mucho que ver con el fenómeno ya referido del crédito prestado a los sucesos que se relatan.

10. Las tres hermanas y el cura

Antonia González Navarro

Algeciras

Eran tres muchachas que fueron a un pueblo a buscar trabajo. Por la carretera se encontraron a un cura:

-Buenas tardes. ¿A dónde van ustedes?

-Vamos a buscar trabajo al pueblo.

-¿Y vais a regresar esta noche?

-No, vamos a dormir en una pensión.

-Pues yo también me voy a quedar en una pensión.

¿Tú cómo te llamas? –le preguntó a una de ellas.

-Huy, padre, yo tengo un nombre muy feo, no se lo digo.

-Hija, dímelo, que todos son nombres de santos.

-Ay, no, que es muy feo.

-Venga, sí, dímelo.

-Bueno. Mire usted, padre, yo me llamo Cagarquero.

-¿Cagarquero?

-Sí, padre.

-Pues mira, es muy bonito –le dijo para disimular, y se dirigió entonces a la otra:

-¿Y tú?

-¿Yo? Mi hermana se lo ha dicho, pero yo no, que tengo un nombre feísimo.

-Ay, pues dímelo, que es nombre de santo.

-Que no, padre.

-Venga, dímelo.

-Bueno, pues yo me llamo Quemecago.

-Muy bonito que es –y miró ahora a la más chica:

-¿Y tú?

-Yo sí que no lo digo.

-¿Por qué?

-Porque mi nombre es muy feo.

-Pues el de tu hermana no es tan feo como decía. Dímelo, anda.

-Yo me llamo Yacagué.

-Pues mira, muy bonito que es.

Siguieron caminando y llegaron al pueblo. Se colocaron todos en la misma pensión, las niñas todas en un cuarto y el cura en otro, y cuando cenaron se acostaron. Y al rato dice el cura:

-Yo voy a llamar a las muchachas, que no tengo sueño y así me quedo un ratito charlando con ellas.

Y empezó a golpear en la puerta gritando:

-¡¡Cagarquero, Cagarquero!!

Las muchachas no contestaban, así que el cura pensó que no estaban y se fue. Al rato fue otra vez y llamó a la otra hermana:

-¡¡Quemecago, Quemecago!!

Y las niñas calladas. Y el cura se fue otra vez a dormir.

La chica se levantó en ese momento:

-¡Ay, qué dolor de barriga tengo! ¡Aaayyy, que hago del cuerpo!

Y la hermana que la escuchó le dice:

-Pues sal ahí fuera y haz donde primero pilles.

En el patio de la pensión estaban durmiendo unos arrieros con sus bestias y tenían por allí todas sus cosas. La chiquilla se levantó y cogió el sombrero y la bota de un arriero y los llenó. Y se volvió a acostar.

El cura se volvió a levantar y llamó otra vez a la puerta de las muchachas, pero dirigiéndose a la chica:

-¡¡Yacagué, Yacagué!!

En ese momento se levantó el arriero y le gritó:

-Me cago en la madre que te parió. Has estado toda la noche con “cagar quiero, que me cago” y ahora que dices que ya has cagado, te lo haces encima de mis cosas.

Cogió el arriero un palo y empezó a pegarle al cura hasta que este cuento se acabó.

□ □ □

Variante puramente castellana del tipo “Nombres extraños” del catálogo Aarne-Thompson. Agúndez, en su libro *Cuentos populares sevillanos*, incluye una versión prácticamente igual a la nuestra y anota las escasas que se han publicado hasta el momento: una en *Cuentos populares andaluces de María Ceballos*, de Rasmussen; otra en *Cuentos populares vallisoletanos*, del propio Agúndez; y una última en *Cuentos anticlericales de tradición oral*, de Lorenzo Vélez. En todas ellas brilla con luz propia el equívoco como recurso argumental y las tendencias lascivas del cura como telón de fondo.

11. San Cristobalito, Cristobalucho

Sin datos

Algeciras

Era una madre que tenía una hija muy poco agraciada a la que quería casar como fuera. Y todos los días se acercaba a la iglesia del pueblo y le pedía al santo:

-¡Ay, San Cristobalito,
carita de rosa,
cásame a mi hija
que la tengo moza!

Esto un día y otro y otro hasta que por fin, antes de que se convirtiera en “mocita vieja”, la hija encontró un novio y se casó. Pero era un hombre que a la madre no le gustaba demasiado; por lo visto no trataba bien ni a su mujer ni a su suegra, así que la madre no esperó más y se fue otra vez a hablarle al santo, como si él hubiera tenido la culpa de todo. Y le dijo:

-¡Cristobalucho,
cara de cuerno,
como tienes la cara
me diste el yerno!
Y así se quedó más tranquila.

□ □ □

La súplica para encontrar marido es un tema recurrente que se relaciona con una de las mayores preocupaciones del mundo rural, la de formar una familia y tener descendencia. En esta ocasión se vuelven los ojos hacia uno de los santos considerados casamenteros (“la moza que a San Cristóbal besare el pie, casará bien”, dice el refrán).

Encontramos aquí el primer ejemplo de lo que en la introducción referíamos: los versos, bien recitados, bien cantados, que sirven para rematar la historia causando mayor expectación entre la audiencia y contribuyendo a su divulgación.

12. Porfía entre suegra y nuera

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Eran una suegra y una nuera que andaban siempre discutiendo sobre el momento del casamiento. La nuera decía:

-¿Sabe usted que su hijo y yo pronto nos vamos a casar?

Y la suegra le contestaba:

-¡Anda ya! Dejadlo para el año que viene.

Y la muchacha le hacía caso. Pero al año siguiente, volvía a decir:

-Este año nos vamos a casar.

Y la suegra le contestaba:

-¿Pero vosotros sabéis lo que es casarse, chiquilla?

Tan harta estaba ya la nuera que un año le dijo:

-Este año nos casamos le guste a usted o no le guste.

La suegra, como siempre, intentó quitarle las ganas:

-¿Pero para qué os vais a casar con lo bien que estáis? ¡Si lo tenéis todo!

Y la nuera, queriendo zanjar la discusión, le contestó:

-Mire, suegra, siga echando años y añás ¡como a usted no le pica ná!

Desde ese momento no discutieron más del asunto. La suegra reconoció que cada edad pide una cosa, así que fue la madrina de la boda de su hijo, como debe ser.



Las porfías entre suegras y nueras, a pesar de ser tema cotidiano de conversación, no han dejado apenas textos ni en la tradición oral ni en la literatura impresa. Espinosa hijo recogió en 1936, en Covarrubias (Burgos), un cuentecillo con el mismo tema pero donde la suegra fallece y la nuera acaba bailando delante de su retrato, segura de que ya no le puede contrariar en nada, mientras canta:

“Estas sí que son suegras,
que no parlan lo que hacen las nueras”.

13. La apuesta

Antonia González Navarro

Algeciras

Había una vez un matrimonio. La mujer era muy guapa y no salía a la calle porque le echaban muchos piropos. Y a ella no le gustaba.

Un día, el marido se fue al casino con los amigos y uno que era muy fanfarrón le dice:

-Pues yo me acuesto con la mujer que encarte.

Y el marido le contestó:

-Pues yo estoy seguro de que con mi mujer no te acuestas.

-Yo me acuesto con tu mujer y con toda la que se me antoja.

-Pues vamos a hacer una apuesta a ver si te acuestas con mi mujer.

-¿Qué nos vamos a poner?

-Nos vamos a poner la vida.

-Vale, la vida.

-Dentro de cinco días nos juntamos aquí y tú me tienes que dar señal de cómo es mi mujer.

-¡Muy bien!

El marido fue a su casa y le dijo a su mujer:

-Mira, me voy de viaje y voy a estar cinco días sin venir.

-Vale –dijo la mujer.

El otro hombre estaba en la puerta de la casa mirando a ver si salía la mujer por los balcones o a la puerta, pero no la veía, cuando pasó una anciana y le dijo:

-¿Qué te pasa que estás mirando por la ventana y por el balcón, hombre?

-Mire, abuela, me he apostado la vida que me acuesto con la mujer de este hombre.

-No te preocupes. Mañana te doy yo noticias del cuerpo de ella.

La abuela llenó un canasto con huevos y un ramo de flores y llamó a la puerta diciendo:

-¿Cómo estás? Yo soy hermana de tu madre y te he traído estos huevos. ¡Cuánto tiempo sin verte!

-Yo no la conozco, pero si usted dice que es hermana de mi madre...

Cenaron y luego se fueron a acostar. La mujer iba a acostar a la anciana aparte, pero esta dijo:

-Ay, yo no me puedo acostar sola, yo contigo.

Y la mujer, por no disgustarla, le hizo caso. Se acostaron y cuando la mujer se quedó dormida la anciana empezó a mirarla para descubrir detalles de su cuerpo. Y, ya por la mañana, dijo:

-Me voy, hija, ya vendré otro día.

-Cuando usted quiera.

La anciana buscó al hombre y le contó lo que había visto:

-Mira, en el pecho derecho tiene un lunar y se ha puesto un camisón celeste con el nombre del marido.

Pasaron los cinco días y el marido volvió. Fue al casino y el otro le contó que se había acostado con su mujer.

-¿Y qué señales me puedes dar?

-Mira, en el pecho derecho tiene un lunar y se pone un camisón celeste con tu nombre.

-Pues es verdad. Yo he perdido.

-Pues tal día te tengo que matar.

Y el marido se fue para su casa. La mujer le preguntó:

-¿Te pongo de comer?

-Déjame, déjame.

-¿Qué te pasa?

-Que te retires de mi vera.

Y se fue. Ella se enteró por una vecina de lo que había pasado, así que fue a comprarse unos zapatos y sólo se puso uno. Y después se fue donde iban a matar al marido. Había mucha gente en el lugar para presenciar la muerte y ella se puso al lado del hombre que había ganado la apuesta y le dijo:

-¡Ay, ladrón!

-¿Qué te pasa? –le preguntó la gente.

-Que este ladrón me ha quitado el zapato.

-A ver, ¿por qué le ha quitado usted el zapato a esta señora?

-Pero si yo no me he arrimado a esta señora nunca, si no la conozco de nada.

-Pero... ¡si usted le ha quitado el zapato!

-¿Yo? Les repito que no la he visto en mi vida.

-Entonces, ¿cómo va diciendo por ahí que usted se ha acostado conmigo?

Y todos los que estaban allí gritaron:

-¡Venga, que lo maten a él!

Soltaron al marido y lo mataron a él.



La asociación de los temas “apuesta” y “mujer calumniada” se encuentra con relativa facilidad en la narrativa europea, tanto en la cadena oral como en la literatura escrita. Autores como Timoneda, Lope de Rueda y Lope de Vega en España y Boccaccio o Shakespeare la desarrollaron en sus obras. Y otros como Calvino, Groome, Jiménez, Curiel, Camarena, Agúndez, Alcocer, Amades o Vasconcellos la recogieron de la tradición oral en diversos países y regiones. Por su parte, Aarne y Thompson la catalogaron con el número 882. Sin embargo, si en la mayoría de ellos el conflicto se soluciona con el ascenso social de la mujer (llegando a convertirse, por ejemplo, en juez y descubriendo al calumniador delante de su marido), en nuestra versión el final se acelera por medio de una sencilla estratagema ideada por la protagonista.

14. Zapatero alquila trasera

Salvador Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Era un matrimonio pobre de zapateros que tenía un cuartito delante que daba para la calle y otro dentro en la parte de atrás. Y dice la mujer:

-Oye, ¿por qué no alquilamos la trasera?

-No tienes mala idea, vamos a alquilarla. Vamos a hacer un cartel, lo pondremos en la puerta y así la gente verá: “Se alquila trasera” y ya vendrá alguno a alquilarla.

Hicieron el cartel y lo pusieron primero en lo alto de la silla y la mujer no se dio cuenta y se sentó en lo alto del cartel y se le quedó pegado al culo. Y andaba acá y allá en la zapatería y llegó uno:

-Señora, ¿es verdad que usted alquila la trasera?

-Sí señor, que la alquilo.

-¿Y por qué no me alquila usted la delantera?

-Porque en la delantera trabaja mi marido.

□ □ □

La única versión publicada que conocemos es la de Agúndez en su libro *Cuentos populares sevillanos*, con el título “Cuarto de alquiler”. Curiosamente, son las dos casi idénticas.

15. La mujer del zapatero y su amante

Salvador Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Esto era un zapatero que tenía una mujer muy buena y había un tío señorito que quería a la mujer. Y le dice ella al señorito un día:

-Pues no puede ser porque está mi marido siempre por aquí.

-Pero yo lo mando a Oviedo y si no a Francia para recogerme un encargo y mientras que esté por ahí nosotros hacemos eso.

Y así lo hicieron. La mujer le dijo al marido:

-Mira, ha venido un señor que te da bastante dinero si vas a recogerle unos materiales al extranjero.

Total, que vino el señorito a la casa y trató con el marido. El marido fue al extranjero, pero cuando cogió el dinero por el camino cogió una pea y se vino para la casa y se acostó a media tarde.

Por la noche llegó el señorito llamando a la puerta: Pom, pom, pom. Y dice la mujer: “Ay, ¿qué hago yo ahora que mi marido está aquí dentro? Verás como entre este.”

Cogió y le pegó una patada a la cuna y salió el niño llorando. La mujer cogió al niño y le cantó:

El padre de este niño
que fue para Francia
le vino el aire en contra
y duerme aquí en casa.
Ea mi rorro, duérmete ya.

Y el tío nada, empeñado: Pom, pom, pom.

-¿Qué hago yo ahora? Pues le voy a cantar otra canción:

El padre de este niño
que fue para Oviedo
le vino el aire en contra
y duerme aquí dentro.
Ea mi rorro, duérmete ya.

Y el tío que nada, con la puerta: Pom, pom, pom. Y entonces le cantó la mujer:

Qué tío más tonto
que no me comprende
que dentro está el padre
del niño que duerme.
Ea mi rorro, duérmete ya.

Entonces el hombre ya la comprendió y se le saltaban las lágrimas. Y cantó él:

Blanca paloma,
ya te he comprendido,
valiente nohecita

nos hemos perdido.
Ea tu rorro, duérmelo ya.

□ □ □

Francisco Castro Salvatierra nos contó en Tahivilla (Tarifa) otra versión más difundida de este relato en la que es el mismísimo rey quien pretende disfrutar de lo ajeno valiéndose de su amistad con el duque de Medinaceli, al que le envía esta misiva con el propio marido:

Duque de Medinaceli,
hombre de tanto poder,
entretenga usted a este hombre
mientras estoy con su mujer.

El cuento acaba cuando el duque, tras retener al marido durante varios días tratándolo “a cuerpo de rey”, lo devuelve a su casa con otra carta no menos burlona.

La versión que hemos elegido llegó a la zona, según nos contó el propio informante, a través de un grupo de titiriteros (sic) que ofrecían actuaciones, allá por los años cuarenta, en diversos lugares de los campos de Tarifa, como ventas y casas particulares. Tanto los niños como los adultos se reunían en el lugar previamente anunciado y disfrutaban con romances, sainetes, canciones, bailes, títeres y cuentos como el reproducido. Al parecer, una joven integrante de la compañía se enamoró de un mozo del lugar, postergando su partida más de lo normal y permitiendo que se repitieran las actuaciones, lo que motivó que algunos lugareños pudieran retener los textos en su memoria hasta el día de hoy.

Pícaros y ladrones

Ciclo estrella de la literatura popular hispánica, los pícaros precisan de la presencia de otros tipos humanos para la ejecución de sus intenciones: tontos, curas y frailes, ricos, compadres y amigos, posaderos, venteros, etc. De ahí que estos relatos estén llenos de estos tipos populares y que, por otra parte, también aparezcan pícaros en otros ciclos.

Incluimos en este ciclo las tres versiones de “La adivinanza del preso” y las dos de “De un naranjo, un santo” publicadas en *Debajo del puente*.

16. El reparto de la caza

Bartolomé Téllez Sánchez

Algeciras

Dicen que eran dos amigos que empezaron a salir juntos de cacería. Con la cosa de que uno era más listo y salía siempre mejor parado en el reparto de las piezas, se pusieron de acuerdo en que, de ahí en adelante, lo iban a repartir todo a medias.

Salieron un domingo después de lo que habían convenido y terminaron cazando una perdiz y un mochuelo. A la hora de repartir, dice el listo:

-Bueno, como hemos cobrado dos piezas, para hacer las cosas bien, como dijimos, una para ti y otra para mí, ¿de acuerdo?

-Claro, eso es lo que dijimos –contestó el otro.

-Pues toma. Para ti el mochuelo y para mí la perdiz.

El hombre se aguantó con lo que le había tocado pensando que otro día sería para él la mejor pieza. Y el

domingo siguiente, cuando salieron otra vez, cogieron lo mismo y dice el listo:

-Bueno, por lo menos no nos vamos a volver de virote. Esta vez vamos a hacer el reparto al revés.

-Menos mal –pensó el otro.

-La perdiz para mí y el mochuelo para ti.

El otro, que no era muy avisado, se quedó pensando y dice:

-Oye, ¿no te parece raro que, lo hagamos como lo hagamos, siempre me toque a mí el de los ojos grandes?

□ □ □

Pocas versiones se conocen de este cuento. Espinosa hijo lo incluye en su colección con el nº 349, con padre e hijo como protagonistas y titulándolo “Para ti el mochuelo”. Por nuestra parte, contamos con otra versión sin apenas variantes recogida en Las Caheruelas (Tarifa) a Rafael Caballero Márquez.

17. Los dos compadres y el cochino

María Jesús Barroso

Algeciras

Dos compadres se encuentran en el campo y uno le dice al otro:

-Mira, compadre, qué cochino más hermoso tengo.

-Sí que lo es.

-Pero no sabes qué problema tan gordo se me presenta si lo mato, porque tengo muchos compromisos y, claro, es grande, pero si tengo que repartirlo entre todo el pueblo no me va a quedar nada.

-Bah, eso no es ningún problema. Mira, compadre, lo que vamos a hacer: tú lo matas esta noche y lo cuelgas de este árbol. Cuando todo el mundo se haya ido a acostar, tú vas, lo descuelgas y lo escondes. Por la mañana les

dices a todos que te lo han robado y así no hay compromiso ninguno. Pero a mí, compadre, me tendrás que dar unos buenos jamones porque la idea ha sido mía.

Esa noche, el dueño del cerdo llevó a cabo el plan: mató al cochino, lo colgó de un árbol y se marchó a su casa para ir haciendo tiempo. Pero en cuanto el dueño se marchó, el compadre salió de unas matas, lo descolgó y lo escondió en su casa. A medianoche regresó el dueño para acabar con el plan y se quedó boquiabierto al no ver allí al animal.

Por la mañana, todo el mundo preguntaba:

-¿Qué tal la matanza?

-¡Ay, muy mal, dejé el cochino en el árbol y alguien me lo robó!

El compadre se le acercó y le dijo bajito:

-Muy bien, compadre, engáñalos a todos pero a mí no, y recuerda que me prometiste dos jamones.

-¡Pero si es verdad, me lo han robado!

-Eso, eso, dilo más fuerte que así todos se lo creerán, pero de lo prometido no te olvides, ¿eh?



Lo que acabamos de leer, sucede en otras versiones al omnipresente cura de los cuentos rurales y a su sacristán. Picaresca de fino paño que ya está presente en el siglo XVI de la mano de Juan de Timoneda, en su *Buen aviso y Portacuentos*.

18. El mentiroso

Cristina Rocha

Algeciras

Una familia, que era muy pobre, sólo tenía un burro viejo y flaco. Un día el marido decidió vender el burro en la feria de ganado y su mujer se reía:

-¿Quién va a querer un burro tan feo, tan flaco y tan viejo?

-Bueno, yo lo voy a intentar.

El hombre le cogió a su mujer unas monedas de oro que ella guardaba y se las dio al burro para que se las tragara. Después se fue al mercado y empezó a pregonar:

-¡Vendo un burro que caga monedas de oro!

Un grupito de personas se acercó a ver lo que pasaba. El burro echó una moneda y enseguida todos empezaron a ofrecerle dinero.

-Yo le doy cien mil pesetas.

-Doscientas mil.

-¡No!

-Quinientas mil.

-¡No!

-Un millón.

-Venga, pero que sepáis que este burro es una mina de oro y que me quedo sin él. Eso sí, el burro es muy delicado y tiene que dormir en una habitación llena de heno.

Al día siguiente, abrieron la habitación y buscaron al burro por todos lados, pero el burro ya no estaba allí. La mujer del que lo había comprado le formó la grande:

-¡A quién se le ocurre comprar un burro tan esquelético y viejo! ¡Pagar un millón de pesetas por este animal! ¡Eso no se le ocurre a nadie!

-No te pongas así, mujer. Voy a ver al que me vendió el burro.

Y el vendedor sabía que el otro volvería tarde o temprano, así que cogió dos conejos, le dio uno a su esposa y le dijo:

-Tú vete fuera y cuando ese señor venga, entras con el conejo.

Llegó el señor y le formó la grande y él, muy tranquilo, le dijo:

-Mira este conejo, lo voy a mandar fuera a buscar a mi señora.

A esto que llega la mujer con el otro conejo en brazos.

-¡Pero, bueno, un conejo que hace recados!

-Sí, a este le pone mi señora una cestita en el cuello con una nota y dinero y le trae la compra. Y también le ayuda a hacer las camas.

-¡Me quedo con él!

Y se pusieron a negociar otra vez:

-Pero, ¿cómo voy a venderle el conejo con la ayuda que tiene mi señora con él?

-Me lo llevo, ¿vale?

-Por otro millón.

Llegó a su casa:

-¡María, María! ¡Mira qué conejo te he comprado! Te va a ayudar. Hace las labores del hogar y va a la compra. ¡Prueba! Ponle una cestita en el cuello con una nota, que compre leche y pan.

Esperaron tres días y el conejo no aparecía. El hombre, desesperado, salió a casa del vendedor. Este estaba preparado esperándolo. Preparó una orza y la llenó de sangre y se la puso a su señora en el pecho. Y entonces apareció el comprador y le contó lo que había pasado. Y el vendedor le dijo:

-Seguro que mi señora, que es muy celosa, le ha quitado el encantamiento. ¡A esa la mato yo!

-No, hombre, no lo haga.

-Es sólo un susto. Cuando quiera la resucito.

Le clavó el cuchillo en la orza y empezó a salir mucha sangre.

-Y todo gracias a este cuchillo.

-¡Dámelo!

-No, hombre, mira lo que hace mi mujer: mueve una mano, mueve la otra, sube una pierna y sube la otra.

-Me lo llevo.

Llega a su casa y, antes de que su mujer le diga algo, le clava el cuchillo.

-¡Levanta una mano! –nada- ¡Levanta la otra! –nada- ¡La he matado de verdad!

Volvió de nuevo en busca del vendedor.

-A este lo mato yo.

Lo cogió y lo metió en un saco para tirarlo a un pozo. Por el camino paró para beber agua y dejó el saco en la puerta de una casa. Y el del saco, el vendedor, se puso a gritar:

-¡Que no, que no quiero casarme con la hija del rey!

Pasaba por allí un pastor y le preguntó:

-Yo sí, ¿qué tengo que hacer?

-¡Métase dentro de este saco!

Salió el otro de beber agua y tiró el saco al pozo con el pastor dentro. Y cuando volvía de tirarlo vio al vendedor con las ovejas.

-¿Qué hace usted aquí?

-Pues nada, que cuando me tiraste, de cada burbuja me salió una oveja.

Y fue el otro y se tiró al pozo creyendo que era verdad.



En casi todas las versiones populares publicadas en España se sigue la misma secuencia: la venta del burro, del conejo sabio y del cuchillo, para acabar liberándose de una muerte segura gracias a esa estratagema del saco que veremos más de una vez en esta colección. En la versión publicada por Rodríguez Almodóvar, titulada “Los dos compadres”, el hombre inicia su escalada de engaños de manera fortuita al esconder las monedas en el burro para protegerlas de un acreedor. Las monedas salen luego por sí solas y el hombre se ve obligado a vender el burro. También se diferencia en que es

una guitarra mágica y no un cuchillo la que hace revivir a la mujer. En otras versiones, los objetos que se venden por mágicos son una flauta, un sombrero, una olla, una cabra, un pájaro o un caballo.

19. Dime una mentira

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Era unos amigos que siempre estaban de broma, de cachondeo. Y dicen que iba uno andando y le dice uno de los bromistas:

-Échame una mentira que me la crea.

Y le contesta el otro:

-Sí, hombre, para mentiras vengo yo, que se me ha muerto mi mujer y venía a avisaros. ¿Me vas a decir que te eche una mentira?

Se levantaron los amigos y echaron a correr, pero cuando llegaron a la casa del otro se encontraron a la mujer sentada cosiendo, tan tranquila. Y la broma se la gastaron a ellos.

□ □ □

Reducido a su mínima expresión, este cuentecillo es un ejemplo de cómo algunos de los informantes consultados suelen prescindir de artificios que desvían la atención del argumento principal, que siempre es de carácter lineal. No introducen descripciones, ni explicaciones, ni inserciones de otras líneas argumentales que puedan desviar la atención (y con lo que se produciría el recurrente trasvase de motivos o episodios). Estos informantes creen, y así lo manifiestan, que cualquier adorno procede casi siempre de la cosecha de un narrador empeñado más de lo normal en agradar a cierto tipo de público.

20. Los huevos fritos y las habas cochas

Ramón Tapia Lobón

Algeciras

Este era un soldado que salió de su casa para ir al servicio militar. Hasta que llegó al sitio donde estaba el cuartel pasó un día y pasó otro y el soldado llevaba tanta hambre que se paró en una venta que encontró por el camino. Y dice:

-Oiga, ¿tendría usted algo de comer? No llevo dinero, pero a la vuelta yo se lo pagaré.

-Sí, hombre, ¿por qué no?

-Pues mire, un par de huevos fritos, con eso tengo bastante.

Le trajo el par de huevos fritos, el muchacho se los comió y después siguió andando porque en esos tiempos no había ni ferrocarril ni nada. Llegó al cuartel, hizo el servicio militar y después de varios años volvió otra vez a su casa. Cuando volvía se acordó: “Ahora le voy a pagar los huevos fritos a ese hombre, que le hará falta”. Y le dice:

-Oiga, que aquí vengo a que me ajuste usted la cuenta para pagarle los huevos fritos.

-Hombre, pues ahora mismo se la voy a ajustar. Mire: con la de tiempo que hace que se los comió, de esos dos huevos habrían nacido dos pollos y esos pollos habrían empollado muchos pollitos y de esos pollitos habrían criado muchos más y...

Total, que le ajustó una cuenta tan grande que no la podía pagar. Y como el otro lo quería llevar a juicio, él se fue a buscar un abogado, a un bachiller:

-Mire, que me han ajustado una cuenta de tanto dinero por dos huevos fritos que me comí que yo no la puedo pagar.

-¿Y lo quieren llevar a usted a juicio?

-Sí, sí.

-Pues iremos a juicio a ver quién gana.

Llega el día del juicio y resulta que el muchacho llegó tarde. Y el juez le dice:

-Oiga usted, el que se comió tantos huevos, ¿cómo es que ha llegado usted tan tarde?

-Pues mire, porque he estado sembrando unas habas cochas y me he entretenido un poco.

-¿Qué me dice? ¿Las habas cochas nacen?

Y dice él:

-Y los huevos fritos, ¿empollan?

El juez se quedó con dos palmos de narices. Y así fue como ganó el juicio, porque de las habas cochas no puede nacer nada pero es que de los huevos fritos tampoco.



La víctima de este cuento, que aquí es un soldado, se convierte en otras versiones en viajero, simple caminante o en marinero (según versión inédita que recogimos en Níjar, Almería). El benefactor, por su parte, casi siempre es un pastor (en la línea de pastores listos de la narrativa popular) o un abogado, aunque a veces se cede este papel a algún personaje conocido, como el enigmático Esopo o al demonio agradecido. El juez puede ser también algún gobernante, como en el cuento de Afanasiev “La niña lista”.

Nos encontramos con un relato que pretende denunciar las injusticias cometidas precisamente por quienes están encargados de hacer cumplir las leyes. Una pequeña historia que es el reflejo de una forma de pensar arraigada en la mentalidad popular y que se ve avivada por la actuación de ciertos personajes sin escrúpulos. Una oportunidad, por otra parte, para que la gente sencilla pueda demostrar que no hace falta ser “leído y escribío” (sic) para afrontar con dignidad, ingenio y éxito cualquier conflicto cotidiano. Todo esto explica la espontánea pervivencia de este cuento hasta la actualidad.

21. Las tres verdades del mundo

Baltasar Acedo

Algeciras

Era una gitana que llegó a Puertollano y se fue para un hombre que llevaba una telera de pan. Estaba lloviendo y la gitana le pidió un poquito de pan pero él le contestó que no. Entonces ella insistió:

-Venga, y le digo a usted las tres verdades del mundo.

Y después de mucho insistir, le dijo la primera verdad:

-¿Verdad que cuanto más tiempo se queda uno debajo de la lluvia más se moja?

-Verdad.

-Pues déme un cachito de pan que yo no tengo con qué mojar.

Y, casi sin darse cuenta, le dio un trozo de la telera que llevaba.

-¿Quiere que le diga la otra verdad? Ya verá como esta es más verdad todavía.

-Venga.

-¿Verdad que el pan duro, duro, vale más que ninguno?

-Eso sí que es verdad, más vale tener un pan duro que no tener ninguno.

-Pues entonces déme usted otro trocito aunque esté duro.

Y le dio otro trozo.

-Y le voy a decir la última verdad.

-Venga.

-¿Verdad que cuanto más pan va pellizcando menos le va quedando?

Al final, la gitana pilló más pan del que el hombre acabó llevándose a su casa.



Este cuentecillo, que nuestro informante ubica en una de las muchas aldeas de la campiña tarifeña, no es otro que el que dio lugar a la expresión “las tres verdades del barquero”. En esta ocasión, sin embargo, a diferencia de las versiones más extendidas y debido a la innavegabilidad del lugar elegido, el barquero se convierte en un vecino que viene de recoger su pan. Pero, es más, el informante, panadero de profesión, elige precisamente una de las zonas con mayor tradición panadera del Estrecho, un lugar donde todavía existen molinos y hornos centenarios produciendo teleras (piezas de dos kilos) del conocido como “pan macho”.

Por otra parte, las verdades “de Perogrullo”, dichas por alguien con grandes dosis de necesidad y astucia, en este caso por una gitana zalamera, también suelen variar de unas versiones a otras. De entre las que hemos recogido destacamos estas:

- El zapato malo, malo, más vale en el pie que no en la mano.
- ¿Verdad que el hambre es el dolor que más duele?
- Si a usted le pasa como a mí, ¿qué puñetas hace usted aquí?

22. Periquillo y los cochinos

Isabel Calvente Márquez

Los Barrios

Este era un muchacho que se llamaba Periquillo y que vivía junto con unos señores que tenían posibles (posiciones). Esta familia tenía dos hijas. Las dos hijas eran muy guapetonas. Entonces, como Periquillo estaba encargado de la piara de cerdos, pues un día le cortó las orejas y los rabitos a los cerdos y los enterró en barro y vendió los cerdos sin los extremos de las orejas y los rabitos. Entonces se fue corriendo:

-¡Mi amo, mi amo!

-¿Qué ha pasado?

-Los cerdos se han quedado atascados en el barro.

-¿Y no puedes sacarlos?

-No, pues no puedo sacarlos.

-Bueno, pues corre a la casa y tráete las dos azadas.

Va Periquillo corriendo a la casa y dice:

-Mi ama, me ha dicho mi amo que me lleve a sus dos hijas.

-¿Cómo va a ser eso, hombre?

-Sí, sí, sí, sí, que me lleve a sus dos hijas.

-¿Qué a ti te ha dicho mi marido que te lleves tú a las dos niñas? Yo no me lo puedo creer.

-Sí, ¿se lo pregunto?

-Pregúntaselo.

-¡Mi amo, mi amo! —a lo lejos—, ¿las dos?

-Que sí, hombre, que las dos.

-¿Lo ve, mi ama, que me ha dicho las dos?

-Bueno, niñas, pues arreglaros, lavaros, peinaros y os vais con Periquillo.

Se fue Periquillo con las niñas por ahí de juega y se lo pasó pipa.

Y cuando llega de nuevo a la casa y trae a las dos niñas de vuelta, el padre estaba hecho una furia y le dice a la madre:

-¿Cómo puedes dejar tú que las niñas se vayan con Periquillo, si está hecho un loco?

-Pero si tú me has dicho a mí que sí.

-¿Yo te he dicho que dejaba que se llevara a las niñas?

-Pero si él te preguntó y tú dijiste las dos.

-Las dos azadas, hombre, para sacar los cochinos, no las dos niñas.

Y le dice a Periquillo:

-¿Tú por qué te has llevado a las niñas?

-Porque como ustedes no me dejan que las mire y que hable con ellas y a mí me gustan...

-Pues entonces ahora te vas a enterar.

Lo mete en un saco, lo ata a una bestia y se lo lleva y dice:

-Y ahora te voy a tirar por el Tajo de Ronda.

En esto que va por el camino diciendo:

-Que yo no me quiero casar con la hija del rey.

Y paran en una posada, en una venta, y allí un tontajo le pregunta:

-Bueno, ¿y tú por qué no te quieres casar con la hija del rey?

-Hombre, porque eso tiene mucha responsabilidad, yo no conozco a la niña, que me han dicho que es muy guapa, pero yo no la conozco, yo no me quiero casar, yo soy muy joven, no me quiero casar con la hija del rey.

Y le pregunta otra vez

-Bueno, ¿y por qué no te quieres casar con la hija del rey? ¿es que es gorda?

-No, no, no, qué va, si yo es que no la conozco, pero me han dicho que es una belleza, que es muy guapa. Pero es que yo no me quiero casar con la hija del rey.

-Bueno y... y... ¿por qué?

-¿Tú te quieres casar con la hija del rey?

-¡Hombre!

-¿Tú quieres ser rico?

-¡Hombre!

-Mira, pues vamos a hacer una cosa: tú te metes dentro del saco. Tú me sacas, tú te metes dentro y tú te casas con la hija del rey.

Bueno, pues así lo hicieron. Y el tontajo dijo:

-Como yo no quiero ser pastor, tú te quedas con las cabras y yo me caso con la hija del rey.

Continuó el viaje y lo tiraron al Tajo de Ronda y ya no se supo nada más del tontajo.

Periquillo volvió al pueblo con una manada de cabras y dijeron:

-Mira Periquillo. Pero bueno, Periquillo, ¿a ti no te tiró tu amo por el Tajo de Ronda?

-Sí, sí.

-Entonces, ¿cómo que apareces tú con esta manada de cabras?

-Pues es muy fácil. Por cada saltito un chivito, por cada saltazo un machazo.

Bueno, pues otros tontos que había allí en el pueblo:

-¡Ay! Pues nosotros nos vamos a ir y nos vamos a tirar por el Tajo de Ronda, pero tú nos tienes que decir por dónde es.

-Sí, yo voy y os acompaño.

Cogen la vereda adelante y dice Periquillo:

-Mira, por aquí es por donde me tiró mi amo. Por aquí es por donde tenéis que saltar.

Y va el primero y dice:

-¡Aaaah!

¡Pom!

Y dicen los que están arriba:

-Mira, no sube.

-Es que está ahí abajo recogiendo la cabra porque ésta tiene que ser una buena cabra ya que ha dado un buen salto. Bueno, tírate tú ahora, baja y recoge las tuyas que éste seguro que cuando no sube es que está recogiendo un montón de cabras.

Se tira el segundo y grita:

-¡Aaaah!

¡Pom! Abajo.

Y dice el tercero:

-Pues yo me voy a tirar también porque cuando esta gente no sube es que tienen un montón de cabras ahí abajo.

Va el tonto y hace ¡pum! ¡plaf! Y se tira y se mata.

Y viene otra vez Periquillo de nuevo al pueblo. Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.



El Periquillo protagonista de este cuento no es otro que el famosísimo Periquillo Malas, Periquillo Lashacemalas o Perico Malastrampas de la tradición oral o el Pedro de Urdemalas de Cervantes. Sus andanzas son tan famosas en España como en Hispanoamérica (creemos que más allá que aquí), donde se han catalogado multitud de variantes repartidas por países. Como ocurre con otros personajes tipo, lo que se suele encontrar en la cadena oral son episodios yuxtapuestos que se le asignan al protagonista y que aparecen y desaparecen a expensas de los intereses y gustos del propio narrador. De entre todas esas escenas, quizás las más utilizadas son las que aparecen aquí: los rabos de los cerdos enterrados en el barro y el rapto de las hijas del amo. Y, como guinda final, un episodio que veremos en otros textos.

23. El hombre que quiso ver al rey

Francisco Palacio

La Línea de la Concepción

Era un hombre que vivía en un pueblo y que se gastó todo lo que tenía para ir a ver al rey. Cuando llegó a la corte se sorprendió al ver que el rey era un hombre igual que él y pensó lo tonto que había sido al gastarse todo su dinero.

Para colmo de males, le empezó a doler una muela y le entró hambre, y cuando se echó la mano al bolsillo vio que sólo tenía cuatro reales. Si pagaba al sacamuelas seguiría teniendo hambre y si se compraba algo para comer le seguiría doliendo la muela. Y se le hacía la boca agua viendo los pasteles de una pastelería.

Así lo vieron dos cortesanos que se acercaron para reírse de él y le dijeron que si era capaz de comerse él solo una bandeja llena de dulces. El hombre dijo que sí y que si no era capaz que se dejaba que le sacaran una muela. Los cortesanos le compraron la bandeja de dulces y él empezó a comérselos, pero cuando quedaba uno solo paró y dijo que no podía más.

Los otros dos lo llevaron riéndose al sacamuelas y él aprovechó para señalar la que le dolía, así que consiguió que se la sacaran.

Al final, los dos cortesanos se reían de él diciendo:

-Pobre cateto, te has dejado sacar una muela por una apuesta de comer pasteles.

-Más tontos son ustedes, que me han pagado los pasteles cuando tenía hambre y el sacamuelas cuando me hacía falta.



Nos encontramos ante uno de los muchos ejemplos del trasvase continuo entre la literatura escrita y oral y como tal lo incluimos. La trama de este cuento, de origen oral, fue incluida por Juan de Timoneda en su *Sobremesa y alivio de caminantes*. Desaparecido casi por completo de la tradición oral, la fijación del texto en dicho libro y en otros posteriores ha hecho posible que haya llegado hasta nuestros días y que se haya instalado de nuevo en el repertorio popular.

24. Periquillo el de los palotes

Teresa Blas Jiménez

Algeciras

Periquillo el de los Palotes era un muchacho que vivía en un pueblo donde había muchas viñas.

Todas las noches, cuando oscurecía y salía la luna, Periquillo salía del pueblo y se dirigía a las viñas. Entraba por la cerca de las fincas y se pasaba toda la noche comiendo uvas sin parar.

Por la mañana, los dueños de las viñas se las encontraban peladas de uvas y todos los palos o rabilos de las uvas a los pies de los árboles. Y así un día tras otro. Y en una viña tras otra.

Los dueños de las viñas se reunieron y decidieron dar un escarmiento a Periquillo. Idearon mil y una formas de darle su merecido, pero se les ocurrió que la mejor sería una que le enseñara que debía respetar lo que no era suyo.

Una noche, antes de que saliera la luna, los dueños de las viñas pusieron un pegamento especial en todos los árboles del campo. Fue un trabajo muy duro, pero cuando Periquillo fue a comer uvas esa noche, se quedó pegado a la primera vid que tocó. Cuando intentaba despegarse un brazo se le pegaba una pierna y cuando conseguía despegarse ésta, tenía que apoyarse con los brazos y se le quedaban pegados otra vez.

De esta forma, a la mañana siguiente se lo encontraron pegado a un montón de ramas y llorando, muerto de frío y pidiendo por favor que lo soltaran.

Claro que lo soltaron, pero le leyeron la cartilla y Periquillo ya no volvió a robar.



Este personaje, de nombre tan extendido como polivalente, es pariente a partes iguales de Periquillo Malas y de Juan y Medio. Mitad pícaro, mitad héroe, Periquillo el de los palotes ha protagonizado numerosas aventuras de las que en esta ocasión nos llega únicamente la forma en que la gente del pueblo, cansada de su voracidad, lo captura. Han desaparecido motivos como la construcción de un muñeco de pez al que

Periquillo se enfrenta y la serie de hazañas que lleva a cabo después de que sus padres, no pudiéndolo mantener, lo echaran de casa. Para completar nuestra versión con dichos elementos, pueden consultarse los números 37 de Sánchez Pérez y 67 de Rodríguez Almodóvar. Camarena y Chevalier, por su parte, incluyen en el *Catálogo tipológico del cuento folklórico español* un cuento maravilloso del mismo título que no es el nuestro, sino una versión castellana del “enano saltarín”.

25. La apuesta de los sueños

Francisco Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Se juntaron un día tres amigos y quedaron en que el que llegara más lejos en un sueño se podría comer el único huevo que tenían. Y, cuando despertaron, cada uno explicó lo que había soñado:

-Yo he estado en Alemania.

-Pues yo he ido adonde hierran a las moscas.

-¿Y tú, dónde fuiste?

-Yo, como os fuisteis tan lejos, me quedé aquí guardando el huevo frito y no tuve más remedio que comérmelo.

□

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Eran tres, el padre, la madre y el hijo, pero sólo tenían un huevo. Dice el hijo:

-¿Para quién va a ser el huevo?

Y contesta la madre:

-Mira, nos vamos a acostar los tres y el que haya ido más lejos en sus ensueños, para ese es el huevo.

Pues se acostaron los tres, pero, claro, no durmió ninguno. Y a la mañana siguiente empiezan a contar:

-¿Tú qué has ensoñado?

-He ensoñado que he ido allá donde aran con las pulgas.

-¿Y tú?

-Yo he ido más lejos, donde hierran las moscas.

Y quedaba uno y dice:

-Yo, como vi que os fuisteis tan lejos, pues me levanté y me comí el huevo.



Ojalá hubiéramos podido incluir, como en este caso, las diferentes versiones recogidas de cada uno de los cuentos. Razones de espacio no nos lo han permitido. En esta ocasión, dada la brevedad de los textos, sí lo hacemos, comprobando cómo un mismo esquema argumental da lugar a distintos tratamientos: así, por una parte, tenemos un relato clásico de pícaros y, por otra, una anécdota familiar.

Estamos ante un texto extendidísimo geográficamente (de tanta tradición en Europa como en el mundo árabe), muy conocido en la actualidad y de una antigüedad probada, siendo atribuido al mismísimo Esopo y apareciendo, por ejemplo, en el *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso (siglo XII) y en muchas otras colecciones de cuentos medievales, aunque suele ser un trozo de pan y no un huevo el objeto de discordia (en la versión marroquí de Gil Grimau se disputan un plato de pollo que sirve, además, para reflejar la rivalidad entre judíos, árabes y cristianos). También aparece catalogado en el índice de Arne-Thompson como “El pan del sueño” (nº 1626).

26. El tuerto de los espárragos

José Sánchez Sánchez

Algeciras

El tuerto de los espárragos era un tío muy fino y se había enterado de que había una banda de ladrones y él

quiso meterse en esa banda de ladrones. Se fue allí y el jefe le dijo que, para entrar en la banda, tenía que hacerle una prueba de su eficacia como ladrón. Y él le dice:

-Bueno, hágame usted la prueba como usted quiera.

Y el jefe le dice:

-Como aquí tenemos que comer todos los días, voy a mandar a uno de mis hombres a que traiga una oveja. Usted se la tiene que robar y traerla aquí sin que él se dé cuenta.

Total, el jefe mandó al otro a por una oveja, llegó a una manada que había detrás de un cerro, cogió la oveja y se la echó a cuestras. Cuando venía de vuelta, vio que en lo alto del cerro había una bota que había dejado allí el Tuerto de los Espárragos, y dice:

-¡Hombre, qué bota más nueva! Se le habrá caído a alguno ¡Qué lástima que no estuviera la otra!

Bueno, la dejó allí y, al bajar la cuesta, el tuerto le había puesto la otra bota. El ladrón soltó la oveja un momento para no llevar mucho peso y subió a por la otra bota. Pero, al volver abajo, el ladrón vio que la oveja no estaba.

El tuerto le llevó la oveja al jefe y le dijo:

-Aquí tienes lo que me habías pedido.

Pero el jefe contestó:

-Mira que ese va a ir a por otra oveja, ese no vuelve sin oveja, así que ve a quitarle la otra.

El tuerto fue y le quitó la otra oveja con el mismo engaño de las botas. Y el jefe le volvió a decir:

-Pues ese no se viene sin oveja, así que ve otra vez a ver si le puedes quitar la tercera.

El tuerto fue y se escondió detrás de unas matas, en el mismo sitio donde le quitó las dos ovejas, y se puso a gritar:

-Beee, beee, beee.

El ladrón, que ya iba con otra oveja encima, se volvió:

-¡Ahí, ahí están las ovejas que se me escaparon!

Con las mismas, suelta la tercera y va en busca de las otras dos. Y, mientras, el tuerto la coge, se la lleva y le dice al jefe:

-Bueno, está bien, te puedes quedar con nosotros.

El otro, harto de perder ovejas, fue a decirle al jefe de la banda que no había podido traer ninguna.

El Tuerto de los Espárragos, al ver las riquezas que guardaban allí los ladrones, pensó:

-A esta gente le robo yo, que soy más pobre que las ratas.

Y, en un descuido, se valió para quitarles todas las riquezas que tenían y salió corriendo.

Con los tesoros se construyó una casa rodeada por unos muros muy altos, porque sabía que iban a ir en busca de él, pero dejó fuera unas cochineras diciendo:

-Total, las cochineras valen poco, no importa dejarlas fuera.

Efectivamente, al poco tiempo los ladrones fueron a buscarlo.

-Lo vamos a destrozar –decían.

Pero, en vista de que no podían entrar con los muros tan altos, se contentaron con llevarse el único cochino que había en la cochinera.

-¡Qué vamos a hacer! Por lo menos, tendremos para comer esta noche.

Se lo echaron auestas y se volvieron. Por el camino, cuando se cansaba uno de llevar el cochino, se lo pasaba a otro y luego a otro. Pero el Tuerto de los Espárragos no quiso perder tampoco a ese animal y se camufló entre los ladrones, hasta que le tocó a él llevar el cochino, se dio media vuelta y, como era de noche, nadie lo vio y el cochino se perdió.

Los ladrones se dieron cuenta de que con el Tuerto de los Espárragos no había nada que hacer y lo dejaron tranquilo ya para siempre.

Y aquí termina este cuento.



Consultando versiones similares, el tuerto de los espárragos resulta ser un hombre pobre que se ve obligado a ejercer la picaresca para salir de la miseria. En sus andanzas consigue superar en astucia e ingenio a todo tipo de ladrones y tunantes y, como los bandoleros, se siente protegido frente a la justicia y tomado como modelo de conducta entre sus vecinos, de ahí que protagonice diversas historias.

Las pruebas que los ladrones le imponen no hacen sino aumentar su patrimonio y la estupidez de aquellos. En otras versiones, la prueba de robar la oveja se complementa con estas: robar un caballo, hacerse con una sábana de una cama ocupada o gozar con mujer ajena en su propio lecho y con la presencia del marido (v. Agúndez).

27. Los nombres de las cosas

Ramón Tapia Lobón

Algeciras

Era un muchacho que fue a buscar trabajo a un cortijo y al llegar se encontró con un encargado que disfrutaba gastando inocentadas a los aprendices.

El encargado le dijo al muchacho que las cosas de aquel cortijo no se llamaban de la misma manera que en otras partes:

-Mira, aquí los sombreros se llaman chirlosmirlos y los zapatos, zarabitates. ¿Y ves ese que corre por ahí?

-Sí, un gato.

-No, aquí eso se llama el ave que caza las ratas.

El mayoral lo llevó por el cortijo para que lo conociera y, al llegar a un salón muy grande, le señaló la chimenea:

-Mira, el fuego aquí se llama experiencia y el agua es la advertencia.

El muchacho fue tomando nota de todo aquello, no fuera a perder el trabajo por olvidarse de algún nombre.

-¿Y dónde voy a trabajar yo?

-Mira, ahí tienes el pajar, que aquí lo llamamos el bitote. Tú te encargarás de llevarles la paja a las bestias.

-¿Y dónde se come?

Lo llevó a la cocina y allí tenían unos chorizos colgados.

-Mira, esos helicotes los hacemos aquí con Dios y todos los santos –y le señaló donde estaban los cochinos.

Después de unos cuantos días escuchando tantas palabras nuevas, el muchacho se cansó y fue a coger unos chorizos para irse del cortijo con algo de comer. Justo en ese momento, el gato pasó por su lado y él lo apartó, cayendo el pobre animal en la chimenea y chamuscándose el rabo. El gato salió pitando y se refregó con el pajar, que empezó a arder.

El muchacho se fue para donde dormía el encargado y antes de irse le gritó:

-Ponte ya los chirlosmirlos y los zarabitates, que el ave que caza las ratas está llena de experiencia. Si no le echas advertencia se te va a quemar el bitote. Quédate con Dios y todos los santos que me llevo los helicotes.

□ □ □

Relato en el que nos podemos encontrar diferentes palabras inventadas designando objetos de la vida cotidiana, pero todas ellas variantes de un mismo término. Así, en las versiones que hemos recogido, los zapatos pueden ser garabitates, garabitatis o zarabitatis; el gorro y los calcetines,

chirlosmirlos o chirrosmirros; el gato, el caramonica que caza los ratos o el ave que palpa las ratas; el fuego puede ser la experiencia o la flaqueza; el agua, la paciencia, la clarencia o la advertencia; el pajar o el pozo, el bitote, bitoti, bistote o biscoqui; y los alimentos y bebidas de la despensa, los helicotes, los alicloques o los remojagañotes. En otras colecciones se introducen términos como la chiribitaina, las excelencias, los cacigurriatos, los zampagurriatos o el albitraco. Todo un abanico de jitanjáforas populares que podemos encontrar en otras colecciones gaditanas (cuento n^o 27 de Larrea, n^o 104 de García Surrallés o el aparecido en Diario de Cádiz del 22-12-1991, recogido por del Río Cabrera y Pérez Bautista).

28. Juanillo el aceitero

Antonio Gil Ríos

San Pablo de Buceite (Jimena)

Era uno de Estepona que de apodo lo llamaban “el Juanillo”. Su familia se dedicaba a traer aceite desde los molinos hasta el pueblo y por eso les decían “los aceiteros”. Pues bien, a Juanillo el aceitero le dio por dedicarse a comprar gallinas para después venderlas, es decir, que era recovero.

Un día le compró una gallina a una mujer y se la llevó a su casa. Al rato de llegar se le murió. Entonces no tuvo más remedio que ir a la casa donde la había comprado para decirle lo que había pasado y a devolverla para que le diera el dinero, porque le había costado nada más y nada menos que un duro. La mujer le contestó:

-Mira, si se te ha muerto la gallina, yo no sé nada, así que no te puedo devolver el dinero.

Pasó el tiempo y llegaron los carnavales. Juanillo era un chirigotero bueno y no tuvo otra idea que sacarle una copla a la mujer que le vendió la gallina. Todavía me acuerdo que decía así:

Juanillo el aceitero,
como ya todos sabemos,
se dedica a la recova.
En la calle Caravaca
había comprado una polla,
no pasó ni media hora
cuando observó con sorpresa
que la polla al muchacho
se le había quedado muerta.
Se dirigió a la casa
donde la polla compró
para que le dieran un duro
que era lo que le costó,
pero entonces aquella mujer
le contestó con franqueza:
“yo me quedo con el duro
y tú con la polla tiesa”.

□ □ □

La anécdota que da lugar a este relato nos fue presentada como real, cosa que no ponemos en duda. Estamos ante un caso de creación reciente de una historia a partir de un suceso local que, debido a las costumbres lúdicas de los vecinos (en este caso, una copla de carnaval), puede llegar a expandirse fuera de la localidad. La creación, adaptación y ampliación de relatos de transmisión oral sigue, pues, aún vigente.

29. El ubriqueño

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Dicen que un hombre que era de Ubrique, un ubriqueño, tenía cincuenta duros guardados en una pared y una vez que fue a verlos se encontró con que se los

habían quitado. Y pensó en los hombres que estaban trabajando en su casa: “¿Qué haría yo para descubrir al que me los ha quitado?”

Y un día que estaban los hombres trabajando les cantó:

Tengo cincuenta duriños
en un boquetiño
y otros cincuenta
que voy a meter
son cien duriños.

El que los había robado pensó: “Cincuenta y otros cincuenta son cien”.

Y fue al agujero y metió los cincuenta que había cogido para que el ubriqueño no sospechara nada. Cuando el ubriqueño fue a mirar al agujero, lo que hizo no fue meter otros cincuenta sino coger los que había para que no se los volvieran a quitar.

¡Sería fino!

□ □ □

Resulta curioso que, a pesar de localizar el origen del protagonista en un municipio gaditano, se incluyan palabras de terminación gallega en este cuento. La razón podría estar en su procedencia castellana, donde siempre gustaron de contar historias de gallegos y donde, de hecho, se han recogido varias versiones similares a la nuestra protagonizadas por personajes del dicha región.

No son pocos los que ven en esta anécdota un claro origen oriental, precisamente por haber formado parte de colecciones de cuentos medievales que bebían de dichas fuentes, como el *Libro de las Maravillas* de Ramón Llull. En siglos posteriores fue utilizada para ilustrar refranes como “El que todo lo quiere, todo lo pierde” y aún recientemente se han recogido versiones que acaban con dicha sentencia.

30. ¡¡Sopla!!

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Había un hombre que estaba comiendo en casa de otro y, al echarse la primera cucharada a la boca, se quemó la lengua. El hombre no podía aguantarse pero quería disimular delante del otro, así que miró para arriba y dijo:

-¡Qué bien enmaderadita que está esta casa!

Pero el dueño se dio cuenta enseguida de lo que pasaba y contestó con retintín:

-¡¡Sopla!!... se llamaba el que la enmaderó.

□ □ □

Encontramos en *Cuentos populares de Castilla y León* un suceso similar en el que los personajes también disimulan para conseguir lo que se proponen. Se trata de tres sarnosos que, para poder rascarse, simulan que miran una grulla en el cielo para rascarse el cogote, mueven la cabeza preguntando por ella para rozarse la barba y señalan a todos lados para aliviarse en las axilas. La misma estrategia utilizan tres hermanas de un cuento que hemos recogido en la provincia de Málaga para enseñar a los vecinos del pueblo las joyas y los zapatos que les han regalado.

31. El santo apolillado

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Una vez decían que había una iglesia donde iban a decir misa y, mira por donde, el santo se había apolillado. Y el cura:

-¡Ay! ¿Cómo decimos la misa si el santo está apolillado, cómo la decimos?

Y le dice un chiquillo:

-Pues mire, ahí más abajo hay un hombre que es igualito que el santo. A lo mejor le puede servir. Lo pone en el sitio del santo y le dice que se esté quieto y se dice la misa.

-Pues mira, poco bien, eso mismito vamos a hacer.

Después de hablar con el hombre, lo pusieron allí y quitaron el San Francisco que se había apolillado por los moritos. Y la gente, mientras escuchaba la misa, diciendo:

-Mira, el San Francisco se ha meneado.

-¿Cómo se va a menear, chiquillo? Estate callado.

-¡Que el San Francisco se ha meneado!

Y ya el hombre no se podía aguantar, que se caía, y empezó a moverse para colocarse bien. Y la gente, asustada, gritó:

-¡Ay, que el San Francisco va ahí!

Y el hombre ya no se pudo aguantar más y dijo:

No soy San Francisco ni carajo,
que soy un zapatero de más abajo.

La que liaron. El hombre se tuvo que ir del pueblo y todo.

□ □ □

Se utiliza en este sucedido el recurso, incluido en relatos muy diversos, de hacerse pasar por un personaje venerado. Sacristanes, ladrones, burladores o mandados (como en este caso) son los tipos que suelen ejercer ese papel con intenciones muy diversas: dar un escarmiento, robar a los feligreses, evitar el robo del aceite de las lamparillas, gastar una broma confundiendo a algún beato o procurar el aumento de la fe en la parroquia.

32. El preso que recuperó la libertad

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Había un hombre preso y, cuando llegó la Semana Santa, pasó la procesión por delante de la puerta de la cárcel. Y, ya ves, el que está preso lo que quiere es salir. Y enseguida pensó:

-Voy a cantar una saeta.

Y se plantó en la puerta cantando:

Virgen de la Soledad
dales a los ciegos la vista
y al preso la libertad.

Los curas y los obispos que iban en la procesión escucharon la copla y, como era la primera vez que un preso le cantaba a la Virgen, le dijeron:

-Pues ya está usted en libertad.

¡Se pondría contento! Y eso lo hacen en algunos sitios desde entonces.

□ □ □

Primera vez que encontramos este cuentecillo que intenta explicar el origen de una costumbre, la de indultar a un preso en determinada ciudad con motivo de la Semana Santa. No hemos hallado, por ahora, referencias escritas del mismo.

33. La corona del santo

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Algunos santos tienen unas coronas de oro muy buenas. Pues una vez uno fue y le robó la corona a un santo, pero lo descubrieron. Y dice:

-No, yo no he robado la corona.

-¿Y eso cómo se puede comprobar?

-Preguntádselo al cura. Yo me puse delante del santo y le dije: “Por Dios, dame algo, por Dios, dame algo”. Puse las manos y el santo hizo así y me dio la corona. Como me la dio, pues yo la cogí. Si no, preguntadle al cura.

Y los curas no pueden decir que es mentira lo que hace un santo, así que cuando fueron a preguntarle:

-¿Podrá ser verdad que el santo le diera la corona?

-Sí, sí, eso es exacto.

No pudieron pillarle la mentira al ladrón y no le pasó nada.

□ □ □

Sucedido que en otra versión hemos encontrado atribuido a Juan Ramón García Pardal, el bizco Pardal, popular personaje ecijano de principios del siglo XX que acompañaba al torero Joselito el Gallo y del que hablaremos en el próximo volumen de cuentecillos de costumbres. Tanto a él como a otros personajes similares (cada pueblo debió tener el suyo aunque algunos, como el bizco Pardal, superaron las fronteras locales) se les atribuyen todo tipo de salidas humorísticas y hechos notables, lo que no deja de contribuir, como hemos apuntado en otros comentarios, a la identificación del pueblo con los relatos en cuestión.

34. El pastor y el cura

Salvador Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Era un pastor que estaba con las ovejas y pasó un cura y le pidió un poquito de agua. Y dice:

-No, no le puedo dar agua porque esta agua es para mí.

Y dice el cura:

-Niño, ¿tú no sabes el mandamiento que dice “dar de beber al sediento”?

-Sí, sí, padre, lo sé. ¿Y usted sabe el otro que dice “enseñar al que no sabe”?

-Sí, hijo, también lo sé yo.

-Pues coja usted hacia delante y allá detrás de la loma, al final, allá está la fuente.

□ □ □

Nos recuerda este encuentro al del niño con el fraile o con los guardias civiles. Tiene su misma intención (la de no amedrentarse ante los poderes establecidos) y se desarrolla con poquísima acción y abundancia de diálogos, igual que aquellos.

35. El sastre y su aprendiz

Andrés Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Antes salían los sastres por el campo a cortar y a hacer los trajes y siempre, igual que los barberos tenían sus ayudantes, que eran chiquillos, los sastres también tenían los suyos. Unos ayudantes o aprendices que cuando se ponían a cortar cortaban más con la boca que con las tijeras.

Pues había un sastre que nunca dejaba a su aprendiz que comiera lo que le ponían en las casas.

Y le dice un día el aprendiz a la dueña de la casa donde habían ido a trabajar:

-Cuando usted vea que el maestro está cortando, tenga cuidado porque le puede dar un ataque de alferecía.

La mujer preparó un rato más tarde un pepito de leche migá y le dijo al sastre:

-Llame usted al niño.

-No, al niño no le gusta la leche cocida.

Y se lo tomó todo él solo. Al rato, mientras el sastre estaba cortando, le dice la mujer:

-Siéntese usted, no vaya usted a caerse.

-¡Pero si a mí no me pasa nada!

-Sí, a usted le entra la alferecía.

-¿Quién le ha dicho a usted eso?

-El niño.

-Niño, ven acá. ¿A ti quién te ha dicho que me entra la alferecía?

-El mismo que le ha dicho a usted que a mí no me gusta la leche cocía.

Y de esta manera el muchacho hizo ver a su maestro lo que pasaba.

□ □ □

La utilización de un comentario anterior para el propio aprovechamiento es un recurso muy utilizado en los chistes y chascarrillos, sobre todo en aquellos que utilizan las mentiras y las exageraciones para competencias entre habitantes de diferentes pueblos (“Había un inglés, un italiano y un español...”). Espinosa hijo incluye en su colección uno de este tipo con el título “La mentira más grande”.

36. Los tres estudiantes

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Tres estudiantes fueron a un pueblo y se dieron cuenta de que ninguno de los tres llevaba dinero. Y dicen:

-Pues tenemos que comer, beber y dormir.

-Venga. Uno buscará el vino, otro el pan y el otro la fonda.

-¿Y cómo voy yo a por el vino? –dijo uno.

Se encontró dos garrafitas vacías y las cogió. Y se fue al bar y se sentó diciendo:

-Cuando pueda, llene usted estas garrafitas de vino.

Y en un descuido que el camarero se fue para dentro, cogió las garrafas y se fue corriendo.

El otro, el que tenía que encontrar el pan, se fue a la panadería y le dice a la panadera:

-Que me manda el de la fonda para que le lleve algunos kilos más de pan, que les ha venido corto el de hoy.

Y la panadera se lo dio.

El último llegó a la fonda y dice:

-¿Le pagamos ahora o por la mañana?

-Por la mañana.

A la mañana siguiente, allí tenían un mozo y le dice:

-Sube y cóbrale.

Cuando subió se encontró a los tres estudiantes discutiendo:

-Lo voy a pagar yo.

-¿Dónde lo vas a pagar tú? Lo voy a pagar yo.

Y el mozo:

-Hombre, no pelearse.

-¿Usted sabe lo que vamos a hacer? Lo vamos a sentar a usted aquí, le amarramos un pañuelo en los ojos y nosotros nos sentamos los tres juntos aquí. Entonces usted se acerca y al que usted toque, ese paga.

-Eso, pues muy bien.

En ese momento se escaparon los tres. Al bajar le dieron incluso la mano al dueño, pero al ver que el mozo tardaba tanto en bajar, subió y se encontró al otro que todavía estaba con el pañuelo en los ojos buscando a los

estudiantes. Entonces, el mozo dio con el dueño y creyendo que era uno de los otros tres, le dijo:

-Tú pagas.

-Sí, ya sé que esto lo voy a pagar yo.

□ □ □

Viejos tipos y motivos recurrentes de la literatura popular integran este cuento: unos estudiantes, en número de tres (curiosamente, la numeración fija es uno de los elementos que los cuentos maravillosos no perdieron en su transformación en costumbristas), una posada o un mesón, distintos personajes con oficios muy populares (posadero, panadera, vinatero) y una trama que consiste en conseguir comida de forma gratuita a costa del despiste de unos y de la picaresca propia. Todo ello da lugar a cuentos que han sido recogidos en buen número en la zona de influencia hispánica, así como a obras literarias que han aprovechado esta combinación de elementos, como *El caballero de Illescas* de Lope de Vega.

37. El capitán y su asistente

Antonia González Navarro

Algeciras

Esto era un capitán que tenía un asistente muy gracioso y a todas partes lo llevaba porque se reía mucho con él.

Y un día iban los dos, el capitán delante y el asistente detrás. El capitán se tiró un peo y dice:

-Si me traes el peo te doy un mes de permiso.

Y contesta el otro:

-¡Bueno!

Pero el muchacho pensaba: “¿Cómo le llevo yo a este el peo?” Y venga a pensar. Y a los tres o cuatro días, va y dice:

-Mi capitán, ¿me da usted su permiso?

-Pasa, pasa.

-Ya le traigo el peo.

-Adelante me traes el peo?

-Sí.

-A ver, pues venga.

Y hace: “Puum”.

Otro día le dice el capitán:

-Mira, asistente, coges y le llevas al comandante esta cajita con este regalo.

Le puso una esquelita que decía: “Ahí lleva usted tres brevas de las primeras que ha echado mi higuera”.

El asistente se va con su cajita y por el camino la abre y ve las tres brevas tan buenas y dice:

-Yo me voy a comer una.

Al rato dice:

-Anda, con lo buenas que están las brevas... ¡Yo me voy a comer otra!

Y se la comió. Y llegó donde el comandante.

-Comandante, de parte del capitán que tome usted.

El comandante abrió la caja y vio aquella breva tan buena y leyó la esquila, y dice:

-Pero, bueno, si dice que hay tres brevas, ¿cómo que sólo hay una?

-Pues una.

-Pero, ¿cómo una, si dice tres?

-Pues tres.

-Es que no se explica usted. Dice tres y viene una. ¿Cómo se ha podido usted comer esas brevas?

-No, yo no me las he comido.

-¿Cómo que no? Dígame, ¿cómo se las ha podido comer usted?

-Así.

Y cogió la breva que quedaba y se la comió.

Otro día dice el capitán a unos amigos:

-Mirad, tengo un asistente muy gracioso. Hoy nos lo vamos a llevar a un bar y nos vamos a reír con él.

Eran dos amigos, el capitán y él. Llegan al bar y en el bar daban comidas. Y dice:

-Pon cuatro cubiertos, pero en el de aquel muchacho no pongas comida.

A cada uno de los otros le puso una perdiz. Todos hablaban pero no se comían la perdiz. Y él mirando que en su plato no había nada. Y ya no pudo aguantar más y dice: “¿Qué, qué?”. Y sale corriendo para la calle gritando: “¡Ay, ay!”.

Y sale el capitán y el otro y el otro:

-¿Qué te ha pasado?

-Que ha venido un tío y me ha llamado. ¿Usted no lo ha sentido?

-Sí que lo hemos sentido.

-Pues me ha dado un palo y me ha dejado doblado. ¡Ay, que me duele!

Lo cogieron por los brazos, lo llevaron a la mesa y lo sentaron en otra silla que no era la suya.

-¡Ay, qué palo más grande me han dado! Como que si lo cogiera...

Cogió el tenedor.

-Mire usted, si lo cogiera le haría así, ¡toma, toma!...

Y fue cortando la perdiz y se la comió.

Y dice el capitán a los amigos:

-¿Véis, no os dije que era muy gracioso?

Otro día se va con el capitán de cacería y se lió a llover mucho y no podían seguir con tanta agua como caía. Vieron una casita y se acercaron. Allí vivían dos viejecitos, un viejo y una vieja, que le dijeron que se quedaran allí esa noche.

La vieja puso un colchón en el suelo y se acostaron. Los viejos estaban comiendo gachas y les sobró una poquita.

Ellos, aunque tenían mucha hambre, les dijeron que no tenían ganas. Pero estaban esmayaitos.

La casa era una sola habitación y en un rincón tenían la cama los viejos y en otro les pusieron a ellos el colchón. El viejo y la vieja se acostaron, ellos también, y vieron que en la pared tenían un pedazo de jamón colgado. Y dice el asistente:

-Capitán, capitán, yo tengo mucha hambre. Me voy a levantar y me voy a comer las gachas que les han sobrado. Y a usted, si quiere, le traigo el pedazo de jamón.

-Bueno.

Se levantó el muchacho y cogió el pedazo de jamón y las gachas. Como la casa estaba a oscuras y no sabía por dónde iba, se fue para la cama de los viejos y chocó con ellos. A la mujer, por moverla, pues se le fue un pedo y al soldado no se le ocurre otra cosa que decir:

-No hace falta que sople, mujer, que ya están frías.



Típico cuento de pícaros que se limita a la acumulación de escenas en torno a un personaje. En esta ocasión, nos encontramos con los episodios de las gachas y los ancianos y el de las brevas, documentado en otras colecciones populares y adaptaciones literarias (Luis de Pinedo, Lope de Vega, Fernán Caballero). La escena de la ventosidad, sin embargo, no está tan documentada.

En San Pablo (aldea de Jimena de la Frontera) recogimos a Miguel Órpez esta versión que sólo recoge el episodio de las brevas:

“Le dice el marqués a su criado:

-Llévale estos tres higos al obispo.

Y coge la burra y cuando va a de camino dice:

-¡Ay, qué higos más hermosos! Yo me voy a comer uno.

Se come un higo y cuando va a llegar dice:

-¡Ay, qué higo más hermoso! Y yo con tanta hambre. ¡Me voy a comer otro!

Cuando llega, le da la nota al obispo y dice:

-Señor obispo, que el marqués me da esto.

-Pero, bueno, en la nota dice que me manda tres higos y aquí no viene nada más que uno.

-Es que me lo he comido.

Y dice el obispo enfadado:

-¡No reventaras!

-¡Como no sea con este!

Y se comió también el tercero.”

38. Las cuentas del soldado

Amparo Parra

Facinas (Tarifa)

Los militares de grado superior tenían siempre un soldado a sus órdenes, como un asistente. Y resultó que la mujer del militar no sabía muy bien de cuentas, o sea, que era una ignorante, la pobre. Y el soldado, en cambio, era un listillo.

Un día lo mandó a comprar una rosca de pan y cuando llegó con la rosca le dijo:

-Señora, dos de la rosca y de la rosca dos son cuatro, cuatro por ocho treinta y dos y dos de la rosca treinta y cuatro.

Y así fue como, de dos pesetas que valía la rosca, acabó sacándole treinta y cuatro.

□ □ □

En la misma línea picaresca del cuento anterior encontramos este otro que nos recuerda el encuentro del rey con el pastor “de las cinco ovejas” que publicamos en *Debajo del puente*.

39. El soldado y las morcillas

Andrés Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Un soldado volvía para su casa esmayaito perdió y pasó por una casa. Total, le dijeron que se quedara allí y cuando se acostó vio unos palos llenos de morcillas colgando. ¡Ojú!

En cuantito se quedaron dormidos los de la casa, él cogió el macuto y se puso a hacer como si desfilara mientras iba cogiendo las morcillas:

-Un, dos, un, dos...

Y cuando cogió el morcón dijo:

-Tú, so melón, a la fila.

Hasta que llenó el saco.

□ □ □

Como variante, diremos que otra informante, Candelaria Ibáñez, incluye esta frase cada vez que los soldados cogen un morcón: “Dirindango, dango, ponte en fila”. Como dato curioso, a la mayoría de los informantes que nos lo contaron les costó darlo por bueno por considerarlo demasiado conocido.

40. Los soldados y el tocino

Ramón Tapia Lobón

Algeciras

Estos eran dos soldados que estuvieron en la guerra mucho tiempo y, cuando volvieron de la guerra, pues traían un hambre que no veas. Como iban andando, porque antiguamente no había tren ni nada, pasan por una chocita y dicen:

-Ahí vamos a ver si nos dan algo para quedarnos esta noche.

Y llegan y había una viejecita sola y le dicen:

-¡Ay! ¿Podríamos quedarnos aquí esta noche porque traemos ya mucho recorrido y llevamos ya cuatro meses andando?

-Pues mira, quedarse aquí. Lo que es que de comer sólo tengo una sopita de ajo. Es lo único que puedo hacerles.

-Bueno, nosotros comemos de lo que sea, porque tenemos tanta hambre que lo que sea comemos nosotros.

La viejecita se puso a picar el pan y, como no tenía cuchillo, lo picó con un diente largo que tenía. Los soldados decían:

-Hay que ver, que se tenga uno que comer eso.

-Pues yo no como, que me da mucho asco.

-Pues yo sí.

Ahora se acostaron y el otro no podía dormir del hambre que tenía. Se lió a dar vueltas para arriba y para abajo y ahora se encuentra un trocito de tocino y se lo comió enseguida.

Por la mañana, se levanta la vieja y dice:

-Hay que ver, yo que tenía el tocino para curarme las almorranas y se lo habrán comido las ratas.

Te puedes imaginar lo que le entró al soldado que esa noche se había comido el tocino.

□ □ □

Relacionado con los cuentos números 39 y 42, en este prima lo escatológico como recurso para arrancar la carcajada de los presentes. Existen distintas versiones orales ya publicadas en las que se mantienen los mismos motivos del tocino y las almorranas, aunque también se suelen utilizar otros elementos no menos repulsivos.

41. Los soldados y las gachas

Salvador Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Esta era una vieja que estaba comiendo gachas y en esto llegaron dos soldados y la vieja les puso de comer. Era una vieja de estas roñosas, de aquellas antiguas, y les puso muy poquitas y los soldados no se hartaron.

Lo que sobró lo guardó en la despensa de la cocina y a medianoche se levantó uno de ellos y se puso a comer hasta que se hartó. Y dice: “Bueno, yo voy a llevarle a mi compañero unas pocas para que él coma también”.

Cogió el soldado unas pocas de gachas y se las llevó al compañero, pero se equivocó de habitación y en vez de llevárselas al compañero se las llevó a la vieja. Y le levantó la manta por detrás justo cuando a ella se le iba una ventosidad: “psssssssss”.

Y el soldado le dice:

-No soples, no soples, si están frías, están frías. No las he calentado siquiera.

□ □ □

Variante resumida del cuento nº 52 en la que cambian los protagonistas, que son soldados y no hermanos, y el lugar donde se desarrolla la acción. La escena escatológica suele aparecer en muchas de las versiones ya publicadas.

42. Un soldado con sed

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Era una vieja que tenía una cantarilla y un soldado llegó y le dijo que si podía beber un poquito de agua, que

venía sediento. El soldado miró a la vieja y empezó a mirar la cantarilla. No sabía por dónde beber porque le daba asco de la mujer, pero al final encontró una mellita muy chica en el borde y bebió por ahí, pensando que ella nunca bebería por ese sitio estropeado.

Cuando terminó de beber, le dijo la vieja:

-¡Ay, qué gracia tiene! Ha tenido usted el mismo gusto mío: por ahí bebo yo siempre también.

□ □ □

De nuevo el encuentro entre soldados y ancianas da lugar a este tipo de cuentecillos en los que se mezcla lo escatológico, el humor y la repulsión. Agúndez recoge uno similar en el que el soldado bebe por el mismo pitorro del botijo que la mujer y nos informa de otras dos versiones: la de Vasconcellos (prácticamente igual que el nuestro) y la de Feijóo (donde bebe por el lado opuesto al asa).

Señalemos que soldados y estudiantes comparten el papel de pícaros en muchos de estos relatos, apareciendo indistintamente según las versiones y la localización geográfica (en la zona que nos ocupa predominan los cuentos de soldados frente a los de estudiantes).

43. El pastor y el mes de marzo

Luz Ibáñez Atanasio

Algeciras

Cuentan que una vez el mes de marzo le pidió un borrego a un pastor y él le dijo que se lo daba si mantenía el buen tiempo para poder llevar su rebaño a pastar. Pero cuando llegaba el final de mes, el pastor, viendo que ya no quedaban más que tres días, le dijo que había cambiado de opinión, que no se lo daba. Marzo se enfadó y le contestó:

-Pues, ¿sabes lo que te digo? Que con tres días que me quedan y tres que le pida a mi compadre abril te tengo que poner a parir.

Se puso entonces a llover y se le fueron ahogando todas las ovejas al pastor hasta que sólo le quedó un borrego. El hombre cogió al borrego y lo metió debajo de un caldero dejándole fuera el rabo sin darse cuenta. Entonces vino el granizo y se lo cortó.



Ruiz Fernández incluye otra versión de este cuentecillo en su publicación sobre el Campo de Gibraltar. La personificación del mes de marzo lo convierte en un relato semimaravilloso emparentado con los relatos de tipo etiológico.

44. Los dos hermanos y el señorito

Remedios Cabello Fernández y Ana Navarro Cabello Tarifa

Eran dos hermanos, uno más listo y otro más torpón. El más torpón se colocó de mozo para traer agua, pero el señorito le dijo que le cortaría el espinazo si no hacía bien el trabajo.

Como era tonto no cumplía bien los recados y el señorito lo mató y le quitó el espinazo. Entonces, el hermano más listo se quiso vengar y se colocó por él y pensó que si el señorito le mandaba algo lo haría al revés.

-Tráeme palos derechos del campo.

Y él se fue al olivar y lo destrozó para traer palos derechos. Llegó a la casa y dice:

-Mi amo, baje usted para ver la carga de leña que traigo.

El amo dice:

-¡Vaya unos palos más derechos! ¿De dónde los has traído?

-Del olivar que tiene usted.

-Pues has hecho bien porque ya ese olivar no hacía falta.

Decía eso para que no viera que estaba disgustado. La mujer del amo, por detrás, decía:

-¡Ay, que este hombre nos arruina, que este no es como el otro!

Otro día:

-Tráeme una carga de palos todos ladeados.

Entonces se fue a las viñas del amo.

-Mi amo, baje usted y mire qué palos más ladeados.

-¿Dónde los has conseguido?

-Me enteré de que usted tenía unas viñas y fui.

-Pues has hecho bien porque esas viñas ya no daban uvas ni nada.

La mujer, por detrás.

-¡Este hombre nos va a arruinar! ¿Qué hacemos?

-Vamos a mandárselo al compadre gigante.

El gigante lo mandó a que sacara agua del pozo y como él no era tan grande, no podía. Empezó a hacer soga y el gigante le dice:

-¿Qué haces? Eso se hace así.

Y el mismo gigante sacó el agua. Y dijo el muchacho: “Eso era lo que yo quería.”

El gigante compró una piara de cochinos que le había encargado el amo y el muchacho se la llevó. Por el camino se encontró con un hombre que le dijo:

-Le compro los cochinos.

-Venga, se los voy a poner baratos, pero les tengo que cortar el rabo.

Y eran tan baratos que el hombre consintió que se los cortara. Cuando casi había llegado a la casa, vio una

alberca con un charcal muy grande al lado y sembró allí todos los rabos y llamó al amo.

-¡Mi amo, mi amo, venga usted, que se me han atascado los cochinos!

Y cada vez que tiraba se caía para atrás. Y la mujer llorando.

El amo se disgustó con él para echarlo y entonces el mozo no tuvo más remedio que matar al amo. Y dijo la mujer:

-Pues que no haya un mes de enero que no cante el gallo en mi gallinero.

Y la mujer se casó con el mozo. Y se acabó este cuento con pan y pimienta.

□ □ □

Este cuento, a caballo entre los de tontos, pícaros y pobres y ricos, contiene motivos ya conocidos del ciclo de Periquillo Malas. La escena final viene a confirmar la ausencia de moralismo en los relatos más antiguos y menos influidos por la literatura escrita, por lo que podemos considerar esta como una versión poco contaminada en su periplo por la cadena oral.

Pobres y ricos

En este ciclo nos podemos encontrar oficios como los zapateros, gañanes y picapedreros, frente a los pastores que abundan en otros grupos sobre pícaros y hombres listos. Estas coincidencias no hacen más que reflejar la conexión tan estrecha que estos relatos tuvieron con la vida cotidiana, personalizando historias universales en los oficios y personas del entorno más inmediato.

45. El campero en la fonda

Matilde Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Esto era un campero que se fue a una fonda a comer y se sentó en la mesa de un señorito. Claro, el campero no sabía pinchar las aceitunas y quería pincharlas, y venga, venga... saltó una, saltó otra, hasta que dio al final un pinchazo muy fuerte y cayó al plato del señorito. Y el señorito la coge:

-Señor, esto es así: Pum!

Y la pinchó de una vez. Y dice el campero:

-Claro, si yo ya la tenía cazá.

Luego le trajeron un pollo. Medio pollo para cada uno. Y el pobre campero, como no sabía comerse el pollo, pues lo cogió con las dos manos y se lió a jalar. Y le dice a la mujer del señorito:

-Señora, apártese usted a un lado que como se me escape el pollo le voy a dar a usted un pollazo que voy a joder.

Pero el señorito no se dio cuenta de lo que le había dicho.

Ahora pidió el señorito un betunero para limpiarse los zapatos y el campero, como no sabía lo que era, dice:

-Tráeme otro a mí también.

Y le dice el señorito:

-Señor, con uno tenemos para los dos.

Y él:

-Usted se come el suyo que yo me comeré el mío.

Pero esto no quedó así. El campero, cuando llegó la noche, pidió una fonda y el pobre, como nunca había visto una luz eléctrica, pues cuando llegó la hora de acostarse se lió a soplidos y no pudo apagar la luz. Ya estaba el pobre cansado y llamó a la de la fonda:

-Señora, ¿esto cómo se apaga?

-Mire usted, señor, se apaga así.

Y le dio una vueltecita a la luz y la apagó. Y dice el campero:

-En mi vida he visto yo apagar una luz a pellizcos.

Cuando a medianoche al pobre se le antojó dar de cuerpo, no sabía dónde estaba el water y se lió a dar vueltas, a dar vueltas, y nada, ya es que se cagaba. Y dice: “¿Dónde me cago yo? Yo me voy a cagar en este calcetín”. Y lo hizo. “¿Y ahora qué hago con él?”

Y se lió a darle vueltas y vueltas y esparció la mierda por el techo. Y por la mañana le dice el dueño de la fonda:

-Señor, si usted me dice cómo ha podido poner el culo para arriba no le cobro la fonda.

□ □ □

Cuentecillo de típico ambiente andaluz en el que de nuevo se yuxtaponen las situaciones para conseguir la finalidad propuesta, en este caso aumentar el desequilibrio entre pobres y ricos. Tales diferencias nos remiten al ciclo de tontos, del que el “campero” puede ser un ejemplo.

46. Pico que pico

Francisco Castro Salvatierra

Tahivilla (Tarifa)

Era un hombre que tenía muchos hijos y vivía de su trabajo en una cantera picando la piedra. El matrimonio estaba tan apurado que el hombre siempre iba canturreando:

-Pico que pico, pico que pico,
el que nace pa pobre nunca será rico.

Todos los días, camino a la cantera y de la cantera a su casa e incluso trabajando, siempre estaba con la misma cancioncilla entre manos.

Tenían unos compadres que, por pura caridad, les habían bautizado a varios de sus niños. Eran gentes que estaban bien de dinero y siempre que podían les ayudaban algo, pero tenía que ser con mucho tacto por no herir a la familia en su amor propio.

Un día estaban comentando los compadres:

-Hay que ver, el compadre, tan buena persona y tan formal que es, tan correcto, y el pobre no levanta cabeza, siempre está igual, no gana para nada en esa cantera. Y lo peor es que, como no sabe hacer otra cosa, no sé cómo podemos ayudarle.

Pensando, pensando, idearon:

-Pues, ¿sabes lo que vamos a hacer? Que en el próximo amasijo que hagamos le vamos a preparar una torta y le vamos a meter unas monedas de oro, que de algo le servirán; así puede que se remedien un poco.

Prepararon la torta, que consistía en una telera de pan que, una vez cortada y amasada, se arreglaba aparte con mucho aceite o con manteca de cerdo y miel; luego se le hacían unos dibujitos por encima, se le espolvoreaba azúcar, se metía en el horno y aquello era algo exquisito.

Pues bien, hicieron su torta, le metieron sus monedas y cuando estuvo en condiciones la llevaron a casa del compadre. Cuando el hombre regresó del trabajo, la mujer estaba loca de contenta:

-Mira, mira la torta que nos han traído los compadres.

Efectivamente, la torta tenía una pinta que no veas. Y le dice la mujer:

-¿Sabes que hoy he tenido que llevar al chico otra vez al médico?

-¿Sí?

-Es que tiene diarreas y el médico dice que ha comido algo que le ha caído mal, pero, vamos, que no tiene mucha importancia.

-¿Y qué te ha llevado?

-No, no me ha cobrado nada, como siempre. Parece mentira, las veces que ha atendido a los niños y nunca nos ha cobrado ni una chica. Y nosotros somos tan pobres que nunca hemos podido hacerle un regalo para demostrarle nuestro agradecimiento.

-¿Sabes lo que podríamos hacer? Regalarle la torta.

-¿Y vamos a regalar la torta con lo que hubieran disfrutado los niños con lo rica que debe estar?

-Es verdad, pero cuándo nos va a llegar otra ocasión de tener una cosa tan exquisita y tan presentable para podérsela regalar a este señor?

Total, que decidieron regalarle la torta y la llevó la mujer muy contenta al médico. Lo que no sabemos es si la torta se partió en la mesa en familia o si la partió la criada en la cocina, con lo que las monedas irían al bolsillo de su delantal. Lo que sí es seguro es que al compadre no le llegaron.

Pasaron días y comentaron los compadres otra vez:

-¡Hay que ver el compadre! Le metimos una buena ración de monedas en la torta y no le hemos visto que se le haya notado por ninguna parte, ni ella se ha comprado

una hilacha de nada ni él tampoco, ni calzado para los niños. Esto es increíble. Sabe Dios las trampas que tendrían estos pobres.

Empezaron a pensar cómo podrían socorrerles y se les ocurrió hacer una cajita de madera, llenarla de monedas y ponerla en un puentecillo que salvaba el arroyo en el camino a la cantera.

Aquel día, cuando el pobre se levantó, pensó: “¡Hay que ver, Dios mío de mi alma, la de veces que he hecho este camino! Llevo treinta y tantos años haciendo este camino de mi casa a la cantera y de la cantera a mi casa. Parece mentira, pero yo creo que soy capaz de hacerlo con los ojos cerrados. ¡Digo, como que lo voy a intentar!”

Con las mismas, el hombre se echó su porrilla al hombro y salió caminando con los ojos cerrados, y así fue capaz de llegar a la cantera. Y él dijo tan contento: “Sabía yo que lo conseguía. Si es que esto me lo sé yo de memoria, vamos”.

Y lo mismo hizo al regreso. No sabemos si la caja fue encontrada por el compadre rico o si la cogió alguno de los pocos que pasaban por allí. Lo cierto es que tampoco llegó al pobre hombre.

Viendo los compadres adinerados que no había manera de que este hombre consiguiera un respiro económico, decidieron dejarlo por imposible diciendo:

-Tiene mucha razón el compadre cuando dice: “Pico que pico, el que nace pa pobre nunca llega a rico”.

Y con esto termina este cuento con pan y pimienta y rabanillos tuertos.

□ □ □

Cuento del que hemos recogido otras versiones con hermanos como protagonistas y que aparece, aunque de forma más reducida, en la antología marroquí de Gil Grimau e Ibn

Azzuz con el título “El desdichado”. Espinosa, padre e hijo, lo recogen también en sus colecciones, el primero de ellos en la propia Andalucía, aunque con un mayor protagonismo del episodio que ofrecemos en el siguiente texto.

47. El zapatero y el banquero

Ana Amaya Gil

Algeciras

Era un zapatero pobre que vivía al lado de un banquero rico. El zapatero siempre estaba cantando en su taller y el banquero se admiraba del buen humor que tenía su vecino, teniendo menos dinero que él. Por eso un día fue a verlo y le dijo:

-Te voy a regalar estas cien monedas porque eres la persona más alegre que conozco y la que me alegra la vida con tus canciones.

El zapatero nunca había visto tanto dinero junto, así que se pasó el día pensando dónde podía esconderlo. Cuando consiguió encontrar un buen agujero, se fue a hacer su trabajo, pero no cantó como antes porque tenía que estar atento por si escuchaba entrar a los ladrones en su casa para robarle.

A los tres días ya estaba harto de preocuparse y fue a casa del banquero y le dijo:

-Vecino, tome usted las cien monedas, que prefiero vivir cantando que no preocupado por lo que me pueda pasar.

Y volvió a su taller, pobre como siempre, pero tan contento que enseguida se puso a cantar.

□ □ □

Este cuento, que con su tono moralista se aleja de la tendencia lúdica y burlesca imperante, lo encontramos también

en la recopilación de Sánchez Pérez con el lapidario título de “Zapatero, a tus zapatos” y forma parte de obras literarias que aprovechan y adaptan el argumento con fines didácticos.

48. Los gañanes

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Antes, la gente del campo tenía gañanes, que eran hombres que se dedicaban a trabajar las tierras del cortijo.

Los gañanes se quedaban a dormir en el pajar. Y cuando se ponía malo el arroz con leche, pues decían: “Esto para los gañanes”. Que estaba duro el pan: “Esto para los gañanes”. Y así, todo lo que se ponía malo se lo daban a los gañanes.

Y los dueños de un cortijo tenían una hija que no sabía lo que eran los gañanes. Y dice:

-Pues yo quiero saber lo que son los gañanes, que todo lo que se pone malo se lo llevan a ellos.

Y el padre le contestó:

-No te preocupes, hija, que yo te lo voy a enseñar.

Y la llevó para que se asomara a una ventana desde la que se veían los hombres en el pajar. Entonces la muchacha se indignó y dice:

-¡Son hombres!

-¿Y a ti qué te parecía?

-Es que como todo lo que se pone malo se lo dan a los gañanes...

-¿Y?

-Que no me parece bien. De ahora en adelante no les vamos a dar las cosas que se estropean, que son personas como nosotros.

Y desde entonces, los gañanes, por lo menos en ese cortijo, comieron de lo que se preparaba cada día y no les daban las cosas estropeadas.



Esta anécdota es un ejemplo de alguno de los cambios que se han ido produciendo en la sociedad rural a partir de la toma de conciencia de las nuevas generaciones. Nuestra informante abandona el tono humorístico de casi todos sus relatos y se detiene a analizar, a través de un pequeño suceso, lo que para ella siempre fue una injusticia. No sabemos si el peso de las costumbres dejó esta idea en un simple romanticismo juvenil traducido en cuentecillo (y no más) o si sirvió para fraguar algún cambio en su entorno. Lo cierto es que la situación social del mundo rural no es ni mucho menos la que era y este relato, que procede de un pasado no muy lejano, viene a denunciar una de esas prácticas inhumanas, ya abandonadas.

Variantes del mismo tema hemos encontrado en el cuento nº 348 de Espinosa hijo (“La cabeza asada”) y en el nº 66 del *Sobremesa...* de Timoneda (“Por qué se dijo: Aún no me han dado la carne, ¿ya pedís los huesos?”). A diferencia de la nuestra, más crítica y desprovista de artificios literarios, las dos versiones señaladas recurren al ingenio de los protagonistas para sacar a la luz la mencionada situación social.

49. El compadre pobre que se hizo rico

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Eran dos compadres que siempre iban juntos a todos lados, pero estaban tan mal de dinero que un día dijeron:

-Nosotros nos vamos a separar. Tú vete para un lado y yo iré para otro, a ver si tenemos suerte.

Y se separaron. Pero uno consiguió juntar dinero y el otro se enteró.

-Huy, me voy con mi compadre, que ha juntado.

Y cuando lo vio el otro llegar, pensó: “¡Ojú, ya estoy listo, este se ha enterado de que he juntado dinero y quiere vivir a mi costa!”. Así que le dio de cenar, lo atendió muy bien y le dijo:

-Mira, tú te vas a quedar a dormir en este cuarto.

Lo metió en un cuarto que no tenía ventanas ni nada y le dio unos cuantos paquetes de tabaco.

-¿Para qué me das tabaco? ¿Tú crees que yo voy a fumar de noche?

-Pero, ¿tú sabes cómo son las noches aquí?

Y lo metió en el cuarto que estaba oscuro, oscuro, oscuro, y allí lo tuvo metido tres días, sin claridad por ningún lado. Y cuando le abrió le dice:

-Ahora, cuando comas, te vuelves a meter en la habitación, que ya se va a hacer de noche.

Y el otro:

-¿Aquí las noches son siempre iguales?

-Siempre iguales.

-Pues adiós.

Y es que lo tuvo allí metido tres días para eso, para que se fuera. Y dicen que cogió para abajo y se encontró con un hombre y le preguntó:

-Oiga, mire, vengo buscando trabajo. ¿Cómo son las noches aquí?

-¿Aquí? Igual que todas.

-Pues entonces me voy, no quiero trabajo.

Y el hombre se quedó pensando: “¿Qué le habrá pasado, que le digo ‘igual que todas’ y se va?”.

¡Iría hartos! Es que, claro, pasó tres noches seguidas y le hicieron creer que había pasado una solamente.

□ □ □

La ocurrencia del compadre rico sustituye diversas crueldades encontradas en otras versiones ideadas con el

mismo fin. La reacción del pobre, desequilibrado ante la pérdida de la noción del tiempo, aumenta el tono humorístico del relato y contribuye a que haya sido considerado por Espinosa hijo como perteneciente al ciclo de tontos (ver en su colección castellanoleonesa el nº 368, “El gallego tonto”).

50. Juan Talante

Sebastiana Corrales

Algeciras

Este era un leñador que se llamaba Juan, pero todo el mundo lo conocía por Juan Talante.

No era ni pobre ni rico, pero estaba en una mala racha y en su casa pasaban más hambre que el que se perdió en la isla.

Llegó el mes de noviembre y todo el mundo se preparó para la matanza, pero ese año Juan Talante no tuvo ni para matar ni para comer, y nadie le dio nada. Al año siguiente lo mismo, y al otro, y al otro igual.

Con el tiempo, se le fueron poniendo las cosas derechas a Juan Talante (ya se sabe las vueltas que da la vida) y por Santa Catalina mató a su cochina.

El hombre se puso más contento que unas pascuas, cogió a la cochina, la preparó y la subió en lo alto del burro, y así la fue paseando por todo el pueblo llamando a las puertas de las casas:

-Buenos días.

-Buenos días.

-¿Usted le dio presentes a Juan Talante? –preguntaba él.

Y la gente, como nunca le dieron nada, contestaban:

-No, yo no.

Y Juan arreaba al borrico y decía:

-Pues... arre borrico p'alante.

Llegaba a otra puerta. Igual:

-Buenos días.

-Buenos días.

-¿Usted le dio presentes a Juan Talante?

-No.

- Pues... arre borrico p'alante.

Y así otra y otra vez.

Cuando Juan Talante terminó de visitar a todos los que no le dieron de comer cuando él no tenía, se fue para su casa y entre su mujer, sus hijos y él se comieron la cochina.

Y así se acaba este cuento y como me lo contaron te lo cuento.

□ □ □

Este cuentecillo ha sido recogido también en Sevilla (Agúndez) y comentado en algunos de los numerosos libros que en el pasado se publicaban sobre refranes. En la versión de Correas, el protagonista se llama Escalante y en la de Rodríguez Marín el tío Tirillas, mientras que en la sevillana es Carlante. Y uno de los refranes asociados al sucedido es este: "A quien no mata puerco no le dan morcilla".

Tontos y despistados

Como dice Rodríguez Almodóvar, dos clases de tontos nos encontramos entre los cuentos populares: “los tontos sin remedio y los tontos que resultan listos”. Los primeros son víctimas de su propia estupidez de principio a fin de cada cuento, mientras que los otros acaban casándose con princesas o burlándose de los poderosos, entrando a formar parte, entonces, de la categoría picaresca. A las versiones que incluimos, añadamos también el cuento “Lo que reluce, lo que me cuelga y la papadulce” que ya publicamos en *Debajo del puente*.

51. Los tres hermanos vagos

Ignacio Morales Trujillo

Betijuelo (Tarifa)

Estos eran tres hermanos a los que un día les faltaron el padre y la madre. El capital que tenían, que eran tres vacas nada más, no sabían cómo partirlo de ninguna forma. Fueron al juez y les dijo:

-Para arreglar esto hay que ir a ver a la reina regente que está en el Monte Catipeo, donde se cagan y se chupan los deos. Allí habláis con la reina Papeletina, que cuando caga pone el culo por medicina y, al final, al rey Papeletón, que cuando caga la boca pon.

Fueron al rey a que le dijera lo que iban a hacer con las vacas. Y el rey les dijo:

-El que me cuente la flojera más grande se quedará con las tres vacas.

El primero empezó a contarle:

-Yo iba caminando un día con una calor que me ahogaba y llegué a una fuente muy fresquita con un chorro que se salía, pero por no agacharme me fui sin beber.

-Eso es grande.

El segundo empezó a contarle lo suyo:

-Iba yo por una senda con mucha arboleda y había una higuera con tantas brevas que llegaban hasta el suelo. Yo estaba muerto de hambre y me tendí debajo de una de las higueras... Tenía una breva justito encima rozándome la cara, pero por no abrir la boca no me la comí.

Y ya le tocó al chico:

-Yo... yo... yo...

-Acaba ya.

-Este, de flojo que es, no puede ni hablar.

-Pues tú te lo llevas.

Y el hermano más chico se llevó las tres vacas de la herencia.



Versión sui generis del clásico cuento de los tres hermanos que se enfrentan con diversas pruebas para ganarse la vida. En esta ocasión, la heroicidad que podríamos encontrar en un cuento maravilloso con el mismo esquema inicial está totalmente eclipsada por el carácter de la prueba impuesta. Y la única referencia al mundo de la nobleza, como vemos, está plagada de expresiones escatológicas que lo ridiculizan en grado superlativo. Nos encontramos, por tanto, ante un texto totalmente desmitificador, propio de ambientes que pretenden romper con los cuentos maravillosos creando esperpentos de los mismos.

Gil Grimau y Ibn Azzuz incluyen, en su colección de cuentos marroquíes, un cuentecillo con el mismo planteamiento inicial aunque resuelto de distinta manera, titulado “Concurso de pereza”.

52. El tonto de la puerta

Andrés Morales

Puerto de Bolonia (Tarifa)

Estos eran dos hermanos. El uno se creía listo y al otro lo tenían por tonto. El listo se echó novia y no sabía cómo farolear de lo que él tenía delante de sus suegros. Decidió llevarse a su hermano y le dijo:

-Tú te vas a venir conmigo esta noche y yo voy a llegar tarde a lo de mi novia. Cuando ella me pregunte “¿Por qué has llegado tan tarde?” y yo le diga “porque he estado arreglando las cabrillas”, tú dirás: “Las cabrillas no, la maná de cabras”. Si digo “arreglando la yegua”, tú dices “la yegua no, la yeguada”.

Se fueron los dos con la idea de llegar tarde para que les saliera el plan. Por el camino, el listo le seguía advirtiéndole a su hermano:

-Cuando te pongan de comer, no te vayas a lucir. Tú comes lo normalito, no te vayas a hartar de comer. Cuando yo te pise el pie, tú dejas de comer.

Llegan a lo de la novia.

-¿Por qué has llegado tan tarde?

-Es que he estado arreglando las cabrillas.

-Las cabrillas no, la maná de cabras.

-He estado también dándole hierbecilla a la yegua.

-A la yegua no, a la yeguada.

Llegó la hora de cenar y los invitaron a los dos. Se sentaron y cuando iban a comerse la primera cucharada, pasó un gato y le pisó un pie al tonto.

-Venga, come.

Pero el tonto no comía, creyendo que era su hermano el que le había pisado el pie.

Llegó la noche y también los invitaron a dormir. Le preguntó el listo a su hermano:

-¿Por qué no has comido?

-Porque tú me pisaste el pie.

-Anda ya, eso sería el gato. Vete a la cocina y te comes unas poleás que hay en la cocina.

Como no había cuchara ni nada, empezó a comérselas con las manos. Escuchó un ruido y, como no pudo lavarse las manos, le dice su hermano: "Mételas en el cántaro". Las metió y ahora no podía sacarlas.

-Hermano, mira lo que me ha pasado.

-Bueno, rómpelo ahí en la esquina.

Pero la mala suerte quiso que la abuela de la novia estuviera allí haciendo sus necesidades -porque antes no había water y se hacía todo en el campo-. Le dio un cantarazo a la vieja y la mató.

Los dos se asustaron.

-Mira lo que has hecho, has matado a la abuela de mi novia. Agarra la puerta y vámonos.

El tonto cogió la puerta a hombros y siguió a su hermano. Al rato:

-¿Dónde vas con la puerta, chiquillo?

-¿Tú no me dijiste que la cogiera?

-No, hombre, te dije que la cerraras. Bueno, vamos a descansar.

Se acuestan debajo de un chaparro y ven venir a una banda de ladrones. Cogen la puerta y se suben al árbol. Mira por dónde, los ladrones vinieron a descansar al mismo árbol. Pero al tonto le entraron ganas de mear y lo hizo en la puerta, justo cuando los ladrones iban a brindar por lo que habían robado. Les cayó todo en las copas y dicen los ladrones:

-Mira qué bueno es Dios. Nos da hasta cerveza.

A la mijilla:

-Hermano, que me hago del cuerpo.

-Pero chiquillo...Bueno, con mucho cuidadito voy a poner la puerta así para que...

Se cae lo que hace encima de los ladrones y dicen:

-Mira qué bueno es Dios. Nos trae hasta la comida.

Al ratillo:

-Hermano, que la puerta se cae.

¿Qué hacemos con la puerta?

-Que se cae.

-Chiquillo, pues ya no lo podemos remediar, que se caiga. Vamos a dejar que se caiga con cuidadito.

Se cae la puerta y al tiempo que se cae la puerta, mira un ladrón para arriba y le corta la lengua. Y dicen los hermanos:

-¡Tres por aquí y cuatro por allí, cogedlos por ahí!

Y los ladrones, como eran ladrones, salieron corriendo y el de la lengua: “Bululululu” y los ladrones corriendo. Y se quedaron con lo que los ladrones habían robado. Pero no salían de una cuando se metían en otra.

□ □ □

Ya hemos visto las dos últimas partes de este cuento en el texto nº 1 de la colección. Los dos episodios que lo preceden, la visita a casa de la novia acompañado del hermano tonto y el cúmulo de equívocos nocturnos movidos por el hambre, forman parte también de la larga tradición de la narrativa popular europea, pudiendo encontrarse escenas similares en libros como *El Decameron* o *Los cuentos de Canterbury*.

53. Agua para los segadores

Francisco Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Esto cuentan que le pasó a mi abuelo, Diego Sánchez. Tenía hombres segando en el campo y él iba a por agua a la fuente para que estos hombres bebieran.

Un día, cuando iba a la fuente, se encontró con un amigo y se puso a charlar con él. En ese momento, sin

que se diera cuenta, se le volvió la bestia. Acabó de hablar y siguió adelante para donde estaba colocada la burra, creyendo que ya iba cargada con el agua.

Cuando llegó, los trabajadores echaron mano de los cántaros y se los encontraron vacíos. Les hizo tanta gracia que se corrió la voz y la gente lo contaba como un cuentecillo.



No dudamos de que se trate de un suceso real. Lo incluimos precisamente porque, al no haber hallado ninguna versión publicada en otras colecciones, podemos encontrarnos ante el punto de partida de un cuentecillo o sucedido rural. Variables como la capacidad del narrador para interesar a los oyentes, su insistencia en la narración o la existencia de oportunidades de difusión serán los ingredientes que faltan para que lo relatado simplemente quede en la familia Pérez Sánchez o trascienda en el espacio y el tiempo a través de la transmisión oral. Ante relatos como este (y otros que aparecerán en un próximo volumen) no podemos menos que volver a preguntarnos por el origen de los cuentecillos que recogemos y si aún se siguen fraguando nuevos materiales.

54. Los tres hermanos o Cuento del Tajo de Ronda

Andrés Morales

Puerto de Bolonia (Tarifa)

Eran tres hermanos y, de los tres hermanos, uno era tonto y los otros dos, para ellos, eran listos. ¿Qué pasó? Que un día al tonto, que tenía a su madre con él, se le murió la madre y él no tenía dinero para enterrarla. Y decía: “¿Cómo entierro yo a mi madre?”.

Se enteró de que había misa en la iglesia y pensó: “Ahora mismo me voy a echar yo a mi madre a cuestras y voy a ir a la iglesia a ver cómo me las apaño”.

Esperó que se llenara la iglesia, entró el tonto con la madre a cuestras y la puso detrás de la puerta, en pie, muerta.

Dijo el cura su misa y, con las mismas, salió la gente de la iglesia. El tonto se quedó rezagadillo y, cuando va el cura a cerrar la puerta, ¡uh!, la vieja pegó un viejazo y se cayó al suelo.

-Hombre, ¿qué ha hecho usted con mi madre? ¡Que me ha matado a mi madre!

-Cállate, hombre, cállate, que esto se arregla ahora mismo. Mira: yo te doy un saco de dinero y la enterramos aquí en la iglesia. Y aquí no ha pasado nada.

Y eso hicieron, la enterraron en la iglesia. El tonto se fue con las monedas para su casa y, al llegar a la casa, dice:

-Hermanos, hermanos, mirad lo que me ha pasado: ha muerto mamá, la he enterrado y encima me han dado unas pocas monedas de oro.

-¡Quillo! ¿Eso cómo puede ser?

-Sí, pues sí, en la iglesia la he enterrado y me han dado unas pocas monedas de oro.

Los hermanos listos empezaron a idear cómo se las iban ellos a apañar para coger dinero. Y dijeron:

-¿Sabes lo que vamos a hacer? Que vamos a matar a las dos mujeres.

-Eso va a estar hecho ya.

Se fueron a la plaza y llenaron los serones de cada burro de pescaíto chico, del más chico que había, y dijeron:

-¡María, este pescao tiene que estar arreglao a mediodía y si no está arreglao os matamos!

Las pobres mujeres no sabían qué hacer.

-¿Esto cómo lo vamos a arreglar nosotras?

-Nada, que lo tenéis que arreglar.

Se ponen las pobres llorando a arreglar el pescado, pero ellas sabían que de ninguna manera podían arreglar el pescado.

Cuando llegó el mediodía, vienen los tíos hechos una fiera:

-María, ¿habéis arreglado el pescao?.

-No.

Y, con las mismas, matan a las dos mujeres. Se van para la iglesia con las dos mujeres a cuestras y, cuando los ve el cura y los vieron las autoridades, lo que hicieron fue cogellos y meterlos en la cárcel a los dos.

Mientras estuvieron en la cárcel, ideaban a ver qué iban a hacer para quitarle el dinero al tonto de su hermano, y pensaron tirarlo por el Tajo de Ronda.

Cumplieron su tiempo y salieron los dos de la cárcel.

-Hermano, te vamos a tirar por el Tajo de Ronda.

-¿Por el Tajo de Ronda?

-Sí.

Lo cogieron, lo metieron en un saco y lo cincharon en un burro. Echaron al burro por delante en el camino y los dos iban por detrás un poco retirados. Mira por dónde, el tonto sintió los cencerros de unas cabras y empezó a decir esta retahíla para que el cabrero lo sintiera:

-Que no, que me quieren casar con la hija del rey y yo, con la hija del rey, no me quiero casar, que no me da la gana.

Acude el cabrero al saco y dice:

-Chiquillo, ¿qué estás diciendo?

-Eso, que me quieren casar con la hija del rey y a mí no me da la gana de casarme con la hija del rey.

-Chiquillo, pues bájate que me meto yo ahora mismo.

Entre los dos se las apañaron para cambiarse el uno por el otro sin que los otros dos se dieran cuenta.

Una vez fuera, el tonto se quitó de en medio con las cabras para que los otros no lo vieran.

Y siguieron sus hermanos camino adelante creyendo que su hermano tonto iba dentro del saco. Llegaron al Tajo de Ronda, tiraron el saco y volvieron muy contentos creyendo que habían tirado al tonto por el Tajo. Por el camino, ven desde lejos a un cabrero y dice uno:

-Hermano, ¿no parece aquél el tonto?

-¿Cómo va a ser eso, si al tonto lo hemos tirado por el Tajo de Ronda?

-Que sí, que se parece. Tira p'arriba pa verlo mejor.

-Pues sí que es el tonto.

-Hermano, ¿pero qué haces aquí? ¿No te habíamos tirado por el Tajo de Ronda?

-Sí, y si más alto me hubierais tirado, más cabras habría sacado.

-¡Me cago en la mar! Lo tiramos por el Tajo de Ronda y aparece con la piara de cabras aquí. ¿Vamos a tirarnos nosotros dos?

Empezaron a echarse esas cuentas y se van para el Tajo de Ronda y dice uno:

-Tú te vas a tirar antes; si hay cabras, dices “hay” y, si no hay, pues no digas nada y yo ya no me tiro.

Se tira el primero y grita al chocarse:

-¡Aaayyy!

Y se tiró el otro creyendo que había cabras.



Otro informante, Francisco Castro Salvatierra, nos cuenta una versión más corta pero donde incluye estos versos del hermano que se ha salvado del despeñamiento (similares a los que Espinosa hijo incluye en su colección):

De cada salto y de cada brinco
una cabra y un cabrito.

55. Las hermanas que no hablaban bien

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Vivían dos viejas en la misma casa, dos viejas muy viejas que siempre se estaban peleando. Y vieron un relámpago en el cielo y le dice una a la otra:

-¡Jesús, qué *relampampucio!*

Y le contesta la otra:

-Mira la vieja ochentona, que no sabe decir *relámagos* claro.

Y así estaban siempre.

□

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Era una mujer que salió a comprar mientras dejaba el puchero puesto y les dijo a sus hijas:

-Mirad, hijas, si viene gente no le habléis.

Porque eran gangosas y no sabían hablar muy bien. Y dice que vino gente a la casa y el puchero se puso a hervir y a salirse de la olla. Y dice una:

-Que se salen las *hirvanderas*.

Y la otra:

-*Pos* quítale la *tapandera*.

Y ya sólo quedaba una, pero también hablo:

-Se saliera o no se saliera, ¿no dijo madre que no *hablarieran?*

Y así fue como hablaron las tres.

□

Sin datos

La Línea de la Concepción

Era una señora que tenía tres hijas y ninguna hablaba bien. Un día la madre salió a comprar y les dijo:

-No le abráis la puerta a ningún desconocido.

-Tranquila, mamá, que no pasa nada.

Se fue y, como había por allí unos cuantos chavales que la vieron, dijeron:

-¿Por qué no vamos a aquella casa que hay unas cuantas muchachas que nunca salen?

Y llamaron los muchachos a la puerta. Abrió una muchacha y le dice él:

-¿Me quieres dar un vasito de agua?

Y en vez de un vaso la niña le dio una taza. Y el muchacho, por darle conversación, la dejó caer y se rompió. Y dice la muchacha:

-Hala, ya se rompió la *tarraza*.

Y dice la otra:

-Si *se rompera* o no *se rompera*, ¿mamá no dijo que no *habara*?

Y la tercera contestó:

-*Po* por eso me *tallo* yo.

Y hablaron las tres delante de los muchachos, así que ellos salieron de allí que se las pelaban.



Tres versiones de un cuentecillo que utiliza la dificultad para la expresión oral como elemento identificativo. Si en la primera versión la acción transcurre en privado y no tiene mayor trascendencia social, en las otras dos encontramos dos matices: hablar mal desprestigia ante los vecinos y hablar mal impide encontrar pareja. Dos asuntos considerados de gran importancia en la vida social.

Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta Española*, lo relaciona con el refrán “Señor, bien puedo hablar, que ya me han conocido”, que viene a tener el mismo significado que “por la boca muere el pez”.

56. El padre, el hijo y el burro

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Iban un padre y un hijo por un camino llevando un burro con una cuerda. La gente, cuando lo vio pasar, dice:

-Mira qué tontos, llevan un burro y van los dos bajados.

El padre se montó en el burro y el hijo siguió andando, pero uno que se cruzó les dice:

-¡Qué vergüenza! El padre encima del burro y el pobre niño tiene que ir andando.

Así que el padre se bajó y el niño se montó en el burro. Pasaron por un pueblo y dice la gente:

-¿Será posible? El padre, con lo mayor que está, andando, y el hijo, que está en lo mejor de la vida, montado.

El padre dijo:

-Bueno, voy a contentar a esta gente.

Y se montaron los dos. Pero al ratito alguien hacheó también:

-Pobre bestia, dos hombres como dos quintales encima del animal. ¡Lo van a matar!

Y el padre ya no supo qué hacer para contentar a todo el mundo, así que siguió adelante de la manera que le dio la gana. Porque nada le parecía bien a la gente.

□ □ □

Este cuentecillo, que ha llegado hasta nuestros días ayudado por su publicación en libros de carácter didáctico, aparece en la tradición oral hispánica, europea y árabe con cierta frecuencia. En el siglo XVII, Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera lo publica con el título de “El valor del qué dirán”, aunque ya había aparecido en libros como *El conde Lucanor*.

Por su parte, Gil Grimau también lo rescata de la tradición oral marroquí con idéntico esquema al nuestro.

57. El leñador y los buñuelos

Sin datos

Castellar de la Frontera

Érase una vez un leñador que vivía con su mujer en el campo. Un día fue a cortar leña y viniendo de vuelta se encontró con una bolsita con mucho dinero. Al llegar a su casa se lo contó a su mujer y le dijo que tenía intención de entregarlo a la mañana siguiente. Su mujer no estaba de acuerdo y discutió con él toda la tarde hasta que llegó la noche y se acostaron rendidos.

De madrugada, la mujer se levantó y se puso a hacer buñuelos y cuando terminó los colgó en la higuera que tenían en la puerta de la casa. Al levantarse el leñador, su mujer le dijo:

-Mira, esta noche han llovido buñuelos, nuestra higuera está llena de ellos.

Pasaron los días y el leñador no consiguió encontrar al dueño de la bolsita, pero una tarde se encontró con unos amigos y les contó lo que le había pasado. Uno de ellos le dijo:

-Ese dinero es mío, que se me perdió hace unos cuantos días.

Y se pusieron los dos camino de la casa del leñador para devolver la bolsa a su dueño y, al llegar, la mujer le dijo que allí no había traído él ninguna bolsita con dinero. El leñador, entonces, le dijo a su mujer:

-Sí, mujer, fue la misma noche en que llovieron los buñuelos y amaneció la higuera llena.

La mujer se volvió para el amigo y le dijo:

-¿Te das cuenta de que este hombre está loco? ¿Estás escuchando lo que dice?

Al final, el amigo regresó a su casa sin la bolsita y sin el dinero y dio al leñador por loco.

□ □ □

Prácticamente todas las versiones que se conocen de este cuento se centran en dos motivos: el marido tonto y la lluvia de buñuelos. Sin embargo, Espinosa hijo incluye una en sus *Cuentos populares de Castilla y León* (nº 308) en la que es la mujer la que da parte a la justicia del hallazgo y el marido el que tiene preparada la coartada, en esta ocasión haciendo creer a su cónyuge que ha cazado “un conejo en el agua y una perdiz en un árbol”.

58. Los tres segadores

Juan Quero González

Facinas (Tarifa)

Te voy a contar la historia de tres segadores guareños que un día pasaron por aquí.

Habían ganado algunas perrillas y decidieron volverse a su casa. Por el camino tropezaron con un moral tan cargadito de moras maduras que no tuvieron más remedio que pararse a comer. Se hartaron de moras y, como les entró sed, también bebieron mucha agua de una fuente.

En esto que vieron llegar a unos bandidos que venían de robar y decidieron subirse en lo alto de un chaparro y no decir ni “mu”. Los bandidos se pararon justo a la sombra del árbol a repartirse el botín mientras los otros no paraban de cuchichear. Hasta que los descubrieron. Entonces, temiendo que los denunciaran a la justicia, los

bandidos mataron a uno y empezó a salirle una sangre muy negra.

-Hay que ver la sangre tan negra que tenía éste.

-No, es que ha comido moras –dijo otro de los segadores.

Y diciendo esto lo mataron también. Y, entre risas, comentaron los ladrones

-Qué tontos han sido. Si se hubieran quedado callados, nos habríamos creído que son mudos y los habríamos dejado ir.

Y el tercero de los segadores, que estaba todavía subido en el árbol escondido entre las ramas, les gritó desde lo alto:

-Yo por eso no he dicho nada.

Y también lo mataron.



A pesar del origen mencionado de los protagonistas, no estamos ante un relato local sino ante una versión, adaptada al entorno, de un viejo cuento conocido, como tantas veces estamos viendo a lo largo de la colección. En las versiones recogidas por Espinosa en Castilla-León, los segadores son gallegos “que estaban segando aquí en las Castillas” o “que habían venido a segar a España”, encontrándonos de nuevo con la inclusión de detalles cercanos con objeto de hacer la historia más verosímil y atractiva para los oyentes.

Los guareños, oriundos del pueblo malagueño de Guaro, representan en este cuento las migraciones temporales que se producían entre pueblos de provincias limítrofes hasta no hace muchos años, en nuestra zona bien para atender la siega del trigo en la Campiña de Tarifa o la vendimia de la zona de Jerez, o bien para llevar a cabo el descorche de los alcornoques y el desbroce de matorral en el monte. Hoy día, muchas de esas labores (no estas dos últimas) han quedado exclusivamente para las máquinas y esos intercambios laborales ya no se producen por estos motivos.

59. El sordo y los guardias civiles

Matilde Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Era un sordo que estaba haciendo un canasto y vio venir a la pareja de la Guardia Civil. Y dice: “Ahora me van a preguntar que qué es lo que estoy haciendo y yo les voy a decir que canastos. Y me van a decir que si tengo mujer y yo les voy a decir que tres hijas más. Y me van a preguntar que dónde vivo y yo les voy a decir que allí detrás de aquella caña”.

Llega la pareja de la Guardia Civil y le pregunta:

-¡Dios guarde a usted!

-Canastos.

-¡Y un carajo, hombre!

-Pa mi mujer.

-¿Su mujer de usted es puta?

-Sí, y tres hijas más.

-¿A usted nunca le han dado por culo?

-Sí, allí detrás de aquella caña.

□ □ □

Vemos cómo las respuestas preparadas dan lugar a conversaciones disparatadas o que adquieren un sentido inesperado. Es lo que en lenguaje coloquial se conoce, precisamente, como conversaciones de sordos. Se trata de un tema tratado también en la tradición oriental, aunque no como anécdota humorística sino como metáfora de la incapacidad humana para entender determinadas señales de la naturaleza. En la tradición hispánica, más proclive al humor que a la profunda reflexión, hemos encontrado dos versiones como la nuestra (números 383 y 384 de Espinosa hijo) y algunas otras protagonizadas por sordos pero en las que los malentendidos tienen otro matiz, existiendo incluso un *Entremés de los sordos* que data del siglo XVII.

60. De cada fanega, un cuartillo

Sin datos

Algeciras

Había una vez un niño que se llamaba Juanito, y todo el mundo se reía de él porque nunca se acordaba de nada. Le llamaban Juanito el desmemoriado.

Un día, un vecino del pueblo le dijo:

-Juanito, ve al molino y le dices al molinero que de cada fanega de trigo que te muele yo le daré un cuartillo de la harina que salga.

-¡Huy! Eso es muy difícil, yo no me voy a acordar de tanto, que tengo muy mala memoria.

-pues entonces acuérdate de lo que te voy a decir: de cada fanega, un cuartillo.

Juanito se fue muy contento y, para que no se le olvidara, iba diciendo por el camino: “De cada fanega, un cuartillo; de cada fanega un cuartillo”.

Al rato se encontró con un hombre que estaba sembrando que, al escucharlo, se fue para él y le pegó.

-¿Por qué me pegas? –preguntó Juanito.

-Porque vas diciendo que de cada fanega que siembre sólo recoja un cuartillo de trigo.

-¡Pero si eso me lo ha dicho el vecino!

-No, lo que tú tienes que decir es que salga mucho.

Y Juanito se fue diciendo: “Que salga mucho, que salga mucho”.

Al rato se topó con un señor que llevaba aceite, y este también le pegó.

-¿Por qué me pegas? –preguntó Juanito.

-Porque vas diciendo que salga mucho aceite de la bota.

-¡Es que me lo ha dicho el sembrador!

-Tú lo que tienes que decir es que no salga ninguno.

Al final llegó al molino y al entrar iba diciendo: “Que no salga ninguno, que no salga ninguno”.

-Pero, ¿qué dices? –le gritó el molinero.

-¡Ay, no, que salga mucho!

-¿Cómo?

-De cada fanega, un cuartillo. Eso es lo que me dijo el vecino.

Y como llevó el mensaje al molinero, todos dejaron de llamarle Juanito el desmemoriado.



El molino es uno de esos lugares donde se solían ubicar un buen número de situaciones dignas de contar, desde infidelidades hasta apariciones fantasmales, pasando por encuentros con pícaros y tontos. Lo cierto es que se trataba de un centro de relación social de primer orden, ya desaparecido.

Aprovechamos este cuentecillo para señalar que si los pícaros suelen llamarse Pedros o Periquillos, los tontos reciben inequívocamente el nombre de Juan, hecho confirmado por la letra de esta coplilla:

 Todos los Juanes son tontos,
 lo digo porque lo sé,
 si alguno me está escuchando
 lo estoy diciendo por él.

61. La chiva que no lo era

José Sánchez Sánchez
Ramón Tapia Lobón

Algeciras
Algeciras

Era uno que, como no entendía de nada, pues no tenía trabajo y se fue a un cortijo a ver si encontraba algo. Porque, ya se sabe, molino parao no gana maquila.

-Pues mire, necesitamos a un hombre que saque las cabras todos los días y las meta por la tarde en el corral.

-¿Y eso no será muy complicado?

-Eso no es nada. Mire, todo este terreno es del cortijo. Ahí enfrente pueden estar todo el día las cabras y, por la noche, que no se le quede ninguna atrás porque pueden venir los bichos y comerse alguna.

-No, no se preocupe usted. Parece que es un trabajo a mi medida.

Se fue por la mañana a dar vueltas a las cabras y por la tarde vino a meterlas en el corral. Pero había una chiva que empezaba a correr y él detrás de ella. Y que la chiva no entraba por nada del mundo. Y venga vueltas y más vueltas. ¡La pechá de trabajar que se pegó para meter a la chiva en el corral!

Cuando consiguió meterla con las demás, llega el dueño y le pregunta:

-Hombre, ¿qué le pasa que viene destrozado?

-Calle usted, que esa chiva ha armado la grande para meterse en el corral.

El dueño miró y le dice:

-Pero, hombre, si eso no es una chiva, que es una liebre.



La confusión de un animal con otro da lugar a episodios humorísticos como este o como el reflejado por Espinosa hijo (“Los siete asturianos”), donde un sapo enorme es confundido con un lobo y un zorro hasta que llega el entendido de turno y acaba con las suposiciones:

“-¡Sois unos bestias! ¡No conocer este bicho! Pues, hombre, ellos mismos lo dicen: pates cortas, hocicu romu. Pues, ¡la cigogne, hombre, la cigogne!”.

Agúndez también lo recoge en Sevilla y Aarne-Thompson lo catalogan con el número 1316 (“conejo confundido con vaca”).

62. El gitano escamado

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Una señorita de dinero le dijo un día a su criada:

-Anda, ve a la plaza y cómprame un gitano.

Un gitano es un pescado, pero ella no lo sabía, así que llamó a un hombre y le dijo:

-Ha dicho mi señorita que se venga usted conmigo.

“¿Qué querrá que le haga?” pensó el gitano.

Y ya llegaron a la casa.

-Siéntese que le voy a decir a la señorita que ya está usted aquí.

Y le dice a la señorita:

-¡Ya está aquí el gitano, señorita!

Y la mujer:

-Pues cógelo, desuéllolo y córtale la cabeza. Y después lo escamas.

-Me ha dicho mi señorita que lo desuelle, le corte la cabeza y lo escame.

Y el gitano contestó:

-¡Escamao ya venía yo!

Y salió pitando de allí.

□ □ □

El equívoco provocado por la polisemia de determinadas palabras es utilizado como recurso de primera mano en multitud de chascarrillos. Agúndez recoge un cuento similar en el que la palabra utilizada para la confusión es guitarra (nombre de instrumento y de pescado a la vez).

63. El arriero y la leña

Francisco Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Había un arriero que tenía fama de bruto y, acercándose los fríos, se subió al monte a recoger leña. Después de echar varias cargas en el burro vio que todavía le quedaban y decía:

-Esta leña me la tengo yo que llevar. Voy a hacer otro haz, me la echo yo a cuestras y así, de esa manera, no la lleva el burro encima.

Y allá que iba. Se echó a la espalda el haz de leña y, por el camino, se montó en el burro. Y se encuentra con uno que le dice:

-¿Dónde vas con tanta leña y subido en el burro?

-Es para que él no lleve tanto peso.

De algo le tenía que venir la fama.

□ □ □

Esta es la única versión que conocemos de este cuentecillo que nos fue narrado, de nuevo, como hecho verídico. Los arrieros han dado lugar a un cierto número de relatos, leyendas y romances, sobre todo en el sur de España, donde todavía ejercen su oficio transportando todo tipo de materiales por las sinuosas veredas de los montes: leña, corcho, piezas cobradas en cacerías, etc.

64. Los robos en la iglesia

Francisco Rivero

La Línea de la Concepción

Dicen que estuvieron un tiempo robando cosas de una iglesia y el cura estaba desesperadito por no saber

quién estaba haciendo aquello. Un día le vino el tonto del pueblo y le dijo:

-Padre, yo sé quiénes son los que están robando en la iglesia.

-¿Estás seguro, hijo?

-Que sí, padre.

-Pues dímelo.

-Es que no se lo puedo decir aquí, tiene que ser en la iglesia cuando esté todo el mundo delante.

Bueno, pues el cura le dijo que el domingo siguiente, después de la misa, él se subiría al púlpito y diría quiénes eran los ladrones. Todo fuera por saber la verdad.

Llegó el domingo y, al acabar la misa, el cura le dijo al tonto del pueblo que subiera. El tonto no hablaba y el cura le dijo:

-Venga, ya puedes decir lo que tú sabes.

Y el tonto:

-No, porque no me lo ha pedido la gente, me lo tiene que pedir la gente.

Venga. La gente se lo pidió y el tonto callado.

-¿Qué pasa ahora?

-Que me lo tienen que pedir cantando.

Y la gente se puso a cantar. Pero el tonto, nada, seguía callado.

-¿Qué pasa ahora?

-Me lo tienen que pedir de rodillas.

¡Hala, todo el mundo de rodillas!

Así estuvo el tonto más de media hora, que si de rodillas, que si cantando, que si riendo, que si llorando, hasta que al final el cura se enfadó con él y le dice:

-¡O me lo dices ahora mismo o nos vamos y te quedas solo!

Entonces el tonto confesó lo que sabía:

-La iglesia la han robado..., la iglesia la han robado... los laidones.

Y se quedó tan pancho.

□ □ □

Este es otro de esos cuentos que la gente suele referir como hecho cierto y ocurrido en su pueblo, a pesar de contar con una cierta tradición universal. En cierta ocasión, preguntando a una señora en Málaga por los cuentos que le habían narrado en su infancia, nos respondió que en su familia sólo se contaban hechos sucedidos a gente de su pueblo. Tras insistirle para que refiriera alguno, comenzó con el relato del robo de la iglesia, poniendo nombre al templo (era el de su pueblo, claro) y al tonto protagonista. Algo parecido le ocurrió con este mismo cuento a J. Carlos Dávalos cuando recogía su colección argentina *Cuentistas rioplatenses de hoy* (1939), según referencia de Espinosa hijo. En la provincia de Cádiz contamos con otra versión muy parecida a la nuestra, la de Larrea, titulada “El tonto que se hacía el sabio”.

65. El tonto, la vaca y el becerro

Pedro Sánchez

Algeciras

Era un tonto que se vio acorralado por una vaca y la vaca lo cogió y lo revolcó. Al otro día pasó por allí y se encontró con un becerrito chico. Como vio que la vaca no estaba, dice: “Ahora voy a entrar y le voy a dar una paliza al becerrito”.

Entró, lo amarró y le pegó, pero antes de irse le dice:

-Ahora vé y se lo cuentas a tu madre. Y le dices que he sido yo el que te ha pegado.

Y se quedó tan contento.

□ □ □

La primera vez que nos contaron este cuentecillo insistían en que realmente le había ocurrido a la persona que nos referían. El informante nos daba pelos y señales del protagonista: que vivía en su pueblo, que él lo conocía, que era hecho sabido por todos los vecinos... La posterior recogida del mismo relato en otras poblaciones (Tarifa, Jimena, Algeciras) y su presencia en una reciente colección de cuentos (Agúndez, *Cuentos populares sevillanos*) puso las cosas en su sitio.

66. El camión de papas

Miguel Hoyo García

Tarifa

Esto era un pueblo al que llegó un camión lleno de papas. El conductor fue a buscar gente para poder descargar los sacos, pero no encontró a nadie que le ayudara. Pero un domingo un vecino le dijo al camionero:

-Aquí el único que te lo puede descargar es el tonto del pueblo.

Y fue a buscarlo. Lo vio y le dijo:

-¿Me quiere ayudar a descargar el camión?

-Sí, pero antes me tiene que dar de comer –le dijo el tonto al camionero.

-Sí, hombre, todo lo que quiera.

Y se lo llevó a comer al bar. Y le preguntó el camionero al tonto:

-¿Qué quieres de comer?

-De primero quiero papas guisadas.

Y se las comió.

-¿Y de segundo?

-Papas fritas.

Y se las comió.

-¿Y de tercero?

-Unas patatas cocidas.

Y se las comió.

-¿Y de postre?

-Un puré de papas.

Cuando tuvo la barriga llena le dijo el camionero:

-Bueno, vamos a ir a descargar el camión de papas.

-¿De papas? Yo ya estoy harto de papas. ¿Más papas me quiere dar con lo harto que estoy?

El camionero se quedó pasmado y tuvo que descargarlo él solo.



Combinación de los tipos “tontos” y “pícaros” donde los presuntos idiotas resultan ser más listos que quienes les rodean.

De nuevo nos encontramos con un predominio del diálogo sobre las descripciones y la acción, dotando al relato de mayor agilidad, justamente lo necesario para que pueda ser referido sin requerir ninguna preparación previa en el público, como suele ocurrir con los actuales chistes.

67. La ballena del Manzanares, en el río de la Miel

Antonio Pérez Infante

Algeciras

Todo el que haya vivido en la banda del río [en Algeciras] sabe lo que te voy a contar:

Frente a la antigua estación de RENFE había un almacén de corcho que se llamaba La Corchera Española. Pues bien, cuando había temporal, que eran muchos días, se desprendían de La Corchera Española unas planchas enormes de corcho molido que bajaban por el río y se chocaban una y otra vez contra los pilares de la vía del tren, justo a la altura del puente nuevo, junto al Garaje Hispano. Más de uno decía que esas planchas tan grandes eran ballenas que habían sido arrastradas por el temporal

río arriba. Justo lo mismo que pasó hace muchos años en el río Manzanares, que la gente confundió una piel llena de vino con una ballena, y todo porque el que la dejó ir río abajo gritó a unos que iban en una barca: “Cuidado, que va llena” para que se apartaran de su camino. La voz corrió más que el pellejo y la gente ya se reunía en la orilla del río esperando ver pasar a la dichosa ballena.

Esta vez la ballena apareció en el río de la Miel, ya ves, pero en vez de ser un pellejo de vino era una plancha de corcho.



Sea como ballena o como barbo descomunal (ver en Sánchez Pérez “El barbo de Utebo”), lo cierto es que este es uno de esos relatos que Chevalier denomina *pullas* y que sirven de burla entre los habitantes de poblaciones vecinas. Curiosamente, no se da en nuestra versión esta rivalidad geográfica (aunque sí el no menos extendido gusto por la propagación de chismes) y el relato cumple simplemente la función de dar credibilidad, con otro hecho conocido, a una situación vivida por el informante. Algunos estudiosos del tema nos cuentan cómo, debido a la popularidad de este episodio durante los inicios del siglo XVII, a los madrileños se les apodó durante un buen tiempo “ballenatos” y, más tarde, a los naturales de Alhóndiga (Guadalajara) “balleneros”. Otros autores (Agúndez, p. 358), a tenor de los documentos existentes, sitúan el origen de este cuento en la literatura culta y no en la popular.

68. El primer coche que llegó al pueblo

José Sánchez Sánchez

Algeciras

Era un pueblo donde no habían visto un coche en su vida y un día, por el camino por donde pasaban las

carretas, entró uno. ¡Alguna vez tenía que llegar el primero! Llegó tocando la bocina, esa bocina ronca que tenían los coches antiguos.

Cuando la gente vio aquel bicho haciendo un ruido tan raro salió corriendo. Grandes y chicos corrían que no te veas. Entonces el alcalde, viendo la alarma que aquello había traído al pueblo y no sabiendo qué hacer con aquel cacharro que no había visto en su vida, pues no tuvo otra idea que dar una orden en la que llamaba a todos los vecinos diciendo:

TODO EL QUE TENGA
UNA HERRAMIENTA CORTANTE,
PINCHANTE O TIROTEANTE
QUE SALGA A LAS AFUERAS DEL PUEBLO
QUE HAY UN BICHO MUY RARO
CON LOS OJOS MUY GRANDES DICIENDO:
“PACÚ, PACÚ”.

Así consiguió reunir a un buen puñado de gente y consiguieron echar del pueblo al primer coche que se atrevió a entrar sin avisar.

□ □ □

Relato que puede ser considerado también como pulla, por su carácter de burla a un colectivo concreto. No nos comunicó nuestro informante a los habitantes de qué localidad iba dirigida la gracia ni tampoco lo hemos localizado en ninguna otra colección de cuentos. El bando final del alcalde es el elemento que más llama la atención de los oyentes, según pudimos comprobar cuando nos lo contó, creando las mismas expectativas que las rimas que rematan otros cuentos ya comentados.

Niños protagonistas

En este ciclo podemos encontrar diversos tratamientos del mismo tema, y en función de esas perspectivas hemos agrupado los textos. Abundan, por un lado, los niños listos y pícaros (aquí protagonizados por personajes masculinos), y por otro los que se encuentran solos en situaciones de peligro (serie donde abunda la participación femenina). Cuatro cuentecillos con el hambre como motivo principal (nuestros informantes nos decían que eran cuentos de la “época de las hambres” que ellos habían vivido, o sea, de los años posteriores a la guerra civil española) y tres relatos de diverso corte completan esta serie. También son protagonistas los niños de los cuentos números 4, 5, 6 (los tres con el tema del niño listo), 40 y 41 (la niña en peligro) del anterior libro de esta colección.

Mucho se ha escrito sobre la función social y psicológica de estos relatos: la preparación de los niños y niñas para vencer sus miedos y afrontar los diversos retos de la vida, entre ellos el del propio crecimiento o acceso a la edad adulta. Una preparación que se plantea en estos cuentos partiendo de los peligros universales que amenazan a la infancia (abandono familiar, pérdida o separación del entorno más próximo, encuentro con desconocidos, explotación laboral...), que se acentúa remarcando el pequeño tamaño de los protagonistas (además de los Garbancito, Cagachitas y Mariquilla, siempre nos encontraremos al menor de los hermanos superando la carencia o problema principal de la historia) y que se resuelve poniendo a funcionar las propias características de estos personajes, cargados de arrojo, valentía, descaro o, en ausencia de estos, con gran

capacidad de sufrimiento, lo que no dejaba de ser un recurso efectivo para luchar contra la adversidad.

69. El hombre que huía de marzo

Candelaria Ibáñez Atanasio
Luz Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)
Algeciras

Fue un año que vino marzo muy malo. Y dicen que iba un hombre cerca del río con su caballo que decía: “Me voy a ir a un sitio donde no exista el mes de marzo”. Y vio a una mujer que se acercaba con un niño:

-¿Va usted a cruzar el río? –le dice.

-Sí –contesta la mujer.

-Si quiere le paso el niño al otro lado.

Y le llevó el niño en el caballo. Cuando iba por medio del río le dice la madre al hijo:

-¡Agárrate, Marcito! -porque el niño se llamaba así.

Y el hombre dice entonces:

-¿Marcito? ¡Si yo vengo huyendo de marzo, qué hago yo con un marzo encima! ¡Venga, hombre!

Y tiró al niño al agua. ¡Sería...! El hombre venía huyendo del mal tiempo de marzo y se ponía malo sólo de escucharlo.

□ □ □

Se supone que el niño de este sucedido, protagonista muy a su pesar, debía ser de muy corta edad, aunque la informante no se detiene en ese detalle. Le interesa más en su relato el estado de nerviosismo del jinete y la situación que lo provoca, quedando en un segundo plano el hecho dramático de dejar caer al niño al río. Vemos así cómo se aleja del didactismo o de

la intención moralizante y se centra en lo puramente anecdótico.

70. El niño y los guardias civiles

Matilde Márquez Peinado

Las Caheruelas (Tarifa)

Era un niño que estaba en lo alto de una higuera y le preguntan los de la Guardia Civil:

-Niño, ¿esta vereda para dónde va?

-¿Esta? Ni viene ni va.

-Niño, ¿tú tienes vergüenza?

-Yo sí.

-¿Dónde la tienes?

-En lo alto de una higuera.

Los guardias civiles se pusieron a mirar por las ramas. Y le dicen:

-Niño, no la vemos.

-Porque ustedes tampoco la conocen.

□ □ □

Encontramos aquí un pequeño ejemplo de niño listo o de pícaro en ciernes. Nótese que su picaresca no es empleada para llevar a cabo acciones más o menos delictivas (como en el caso de los adultos), sino como arma arrojadiza hacia las personas a las que considera una amenaza, en este caso guardias civiles y en el siguiente un fraile (o sea, dos representantes de distintos poderes).

Ni que decir tiene que en este tipo de relatos siempre sale victorioso el pequeño ante la estupidez de los mayores, situación que cambia radicalmente cuando quien se topa con la ley es el adulto típico de estos relatos, el gitano (algunos de cuyos ejemplos están presentes en los chascarrillos y chistes que circulan actualmente).

71. El niño y el fraile

Francisco Rivero

La Línea de la Concepción

Era un niño que estaba jugando en la entrada de su pueblo cuando se acercó un fraile y le preguntó:

-Niño, ¿sabes a dónde va este camino?

-Los caminos no van a ningún sitio, es la gente la que se mueve.

-¡Qué simpático! ¿Y se puede saber cómo te llamas?

-¿Yo? ¡Para qué me voy a llamar si estoy aquí! A mí me llama mi madre o mi padre, pero yo no me llamo nunca.

-Bueno, pues ¿cómo te llaman?

-Depende de si están lejos o si están cerca. Cuando están lejos me llaman a voces y cuando están cerca me hablan flojito.

El fraile estaba harto de lo que el niño le contestaba, pero le volvió a preguntar:

-Por cierto, ¿cómo es que no estás con tu madre, qué está haciendo ella ahora?

-Pues mi madre precisamente ahora estará amasando el pan que nos comimos la semana pasada.

-Hombre, ¿cómo puede ser eso si el pan ya os lo habéis comido?

-Pues porque el pan que nos comimos era prestado y mi madre está en la panadería trabajando para pagarlo.

-¿Y tú tienes hermanos?

-Sí, una hermana.

-¿Y dónde está ahora?

-Pues me parece que está llorando los gustos del año pasado.

-¿Cómo puede ser que ahora llore los gustos del año pasado?

-Porque está pariendo.

El fraile se fue y dejó al niño por imposible porque a todo lo que le preguntaba le respondía de la misma forma.



Versión similar a la anterior y a las tres que publicamos en *Debajo del puente*. En esta ocasión, el niño responde a nuevas preguntas en la más pura línea de la literatura picaresca. Un relato similar encontramos en la colección de Sánchez Pérez (nº 21).

72. El cura, el niño y los tordos

María Torremocha

La Línea de la Concepción

De un pueblo a otro para decir misa iban un cura, el niño que le servía de monaguillo y un burro. El cura iba montado en el burro y el niño tiraba de los dos.

Un día les cayeron cerca unos tordos que habían abatido unos cazadores y el cura, cuidando de que nadie lo viera, se metió los tordos debajo de la sotana y le dijo al niño:

-Mira, niño, de esto ni pío.

El cura se subió en el burro y también invitó al niño a subirse. Y por el camino le iba diciendo:

-Ojú, niño, qué lote nos vamos a dar. Es decir, yo, porque tú no los vas a probar.

Y otra vez:

-Ojú, niño, qué lote nos vamos a dar. Es decir, yo, porque tú no los vas a probar.

Y así fue por todo el camino. Y, claro, el chiquillo iba ya harto de escucharlo cuando se toparon con los cazadores que les preguntaron si habían visto caer los tordos. El niño les dijo por señas que el cura los llevaba

escondidos y a los cazadores les faltó tiempo para coger al cura y dale una paliza.

Cuando el hombre se pudo levantar, se volvió a montar en el burro y emprendió la marcha. Ahora el niño el que iba hablando:

-Ojú, padre, qué paliza nos dan dado. Es decir, a usted, porque a mí no me han tocado.

Y así fue todo el camino y el cura se tuvo que aguantar.

□ □ □

Se vuelve a repetir el recurso empleado en el cuento nº 35 (“El sastre y su aprendiz”): la frase que sirvió a uno como burla hacia el otro es utilizada por este cuando la situación cambia; una anécdota ilustrativa de la expresión “el burlador burlado”.

73. El abuelo

Isabel Jiménez Lirio

Los Barrios

En una casa vivía una familia compuesta por los padres y dos hijos. Un día, la abuela materna falleció y el abuelo se vino a vivir con ellos. Pasaron los días y el abuelo se sentía cada vez más solo porque no lo trataban como si fuera uno más: a la hora de comer, todos comían en el salón y al abuelo lo ponían en una mesa pequeña en la cocina. Y así fue como el nieto, que tenía ocho años, empezó a darse cuenta de que su abuelo comía solo.

Desde entonces, el niño se levantaba todas las noches cuando todos estaban acostados. Su padre sentía golpes cuando su hijo se levantaba, así que una noche se levantó para ver qué estaba pasando. Vio que su hijo fabricaba una mesa pequeña de madera y le preguntó:

-Hijo, ¿qué estás haciendo?

-Papá, te estoy haciendo una mesita para que, cuando tú seas mayor como el abuelo, puedas comer solo en la cocina también.

Al día siguiente, a la hora de comer, todos se sentaron juntos, incluso el abuelo, y desde entonces fueron más felices.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



Este relato, muy extendido en el mundo árabe (ver, por ejemplo, dos tratamientos diferentes del mismo tema en los números 65 y 66 de *Que por la rosa roja corrió mi sangre*), también se encuentra instalado con cierta consistencia entre la gente de esta comarca que se asoma como un balcón natural al continente africano. Entre las versiones que hemos recogido, no siempre nos encontramos con el mismo objeto (unas veces es un plato de madera, otras una vieja manta), pero la historia sí es la misma en todos los casos, un cuento de tendencia moralista que pretende llamar la atención sobre la falta de consideración familiar hacia los ancianos. También lo recogieron los hermanos Grimm, y Harguindey-Barrio ofrecen una versión gallega en su *Antología do conto popular galego* (Ed. Galaxia, 1994), titulada “O sogro vello e a nora”.

74. El niño y el sabio

Francisco Rivero

La Línea de la Concepción

Antiguamente hubo un sabio al que todo el mundo iba a pedirle consejos y de todo. Un día, una madre le dijo a su hijo:

-Ve al sabio y le pides ascuita para encender lumbre.

Entonces fue el chiquillo y el sabio le dijo:

-¿No traes un cacharrito para echar el ascuita?

-No, mire usted, póngame usted en la mano un poquito de ceniza fría y encima me pone el ascuita.

El sabio se quedó pensando y dijo:

El sabio viviendo
y el sabio muriendo
¿y de quién vino a aprender?
De un niño pequeño.

□ □ □

Curiosa anécdota que nos pone en contacto con situaciones antiquísimas no presentes en este tipo de cuentos realistas. El mismo informante, nada más comenzar su relato, nos advierte que lo que va a narrar ocurrió “antiguamente”, preparándonos para escuchar algo que va a chocar con la cultura actual. La sentencia final, de fuerte carácter didáctico, el tema tratado y el tono del relato nos obligan a contemplar una posible procedencia culta o, al menos, ajena a la tradición oral andaluza.

75. Periquillo y los burros

Alonso Collado

Algeciras

Había una vez cuatro hermanos. Un día, el mayor fue a pedir trabajo a una granja cerca de su casa. El dueño le dio trabajo cuidando unos burros que tenía y le dijo:

-Te vas a encargar de llevar los animales al campo, pero si cuando vuelvas le enseño el cubo con la paja y rebuznan es que no están satisfechos. Entonces te azotaré y estarás despedido.

Por la mañana, el muchacho salió al campo con los burros, que estuvieron comiendo todo el día. Cuando volvió a la cuadra, el dueño les enseñó la comida y los animales empezaron a rebuznar, así que azotó y despidió al muchacho.

Al día siguiente fue el segundo de los hermanos y le ocurrió lo mismo que al primero. Al siguiente el tercero y lo mismo. Entonces, el más chico, que se llamaba Periquillo, pensó que tendría que hacer algo para no perder el trabajo. Cuando llevó los burros al campo para comer cogió un cubo con paja y se lo puso delante a los animales, pero cuando rebuznaron cogió un palo y les dio una paliza. Volvió a coger la comida y se la puso otra vez delante; los animales volvieron a rebuznar y él cogió de nuevo el palo y les volvió a pegar. Así una y otra vez hasta que llegó la hora de volver a la granja.

Cuando volvió para encerrarlos, salió el dueño con la comida, como de costumbre. Entonces los burros, al verla, empezaron a saltar y a dar coces, como diciendo que no querían. Así fue como Periquillo se quedó con el trabajo.



He aquí un ejemplo de cómo la narrativa de tradición oral contribuyó a combatir la explotación laboral de los menores, recomendando serenidad frente a la violencia, ingenio ante las injusticias. Posiblemente, los niños que escucharan relatos como este gozarían imaginando mil y una formas de burlar a sus posibles verdugos y se preparaban de esta manera para no sucumbir ante este tipo de situaciones. Su carga didáctica, la pedagogía natural del folclore de la que nos habla Rodríguez Almodóvar está aquí en plena acción.

76. El hombre que buscaba tres caballos

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Se encontró un hombre con un chiquillo por un camino y le dijo:

-¿Has visto un caballo por aquí?

-¿Un caballo tordo?

-Sí que es tordo.

-Pues no, no lo he visto.

-Entonces, si no lo has visto, ¿cómo me preguntas si es tordo?

-Porque al pasar por el alfarje he visto muchos pelos tordos entre la tierra y me he dicho: “Aquí, no hace mucho, se ha revolcado un caballo tordo”.

-¿Y no habrás visto a mi otro caballo?

-No sé, ¿acaso es uno tuerto?

-Sí.

-Pues no, no lo he visto.

-¿Y por qué preguntas entonces si es tuerto?

-Porque he pasado por un sitio donde había mucha hierba y sólo estaba comida la de un lado, señal de que ha sido un caballo tuerto el que ha dado cuenta de ella.

-Bueno, ¿pero habrás visto otro caballo que se me ha perdido?

-¿No tendría la cola larga?

-Sí.

-Pues tampoco lo he visto.

-¿Y por qué preguntas entonces si tiene la cola larga?

-Porque he pasado por una vereda donde había mucho rocío y por muchos sitios faltaba el rocío como si hubiera pasado rozando un caballo con la cola larga.

El hombre se fue y no siguió preguntando porque el muchacho lo sabía todo pero no le ayudaba en nada.

□ □ □

Aportamos aquí un texto raro en la tradición oral castellana. Camarena y Chevalier, en el ya mencionado *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*, lo clasifican con el número 655A (“Deducciones sabias acerca de la mula perdida”), pero reconocen no tener noticia de ninguna versión

en nuestro idioma (sólo encuentran tres versiones del área del catalán y dos en portugués). Harguindey y Barrio incluyen también una versión gallega en su *Antoloxía do conto popular galego*.

77. Mariquilla “Tu roete”

Sebastián Sánchez Martos

Algeciras

Dicen que Mariquilla nació muy menuda por lo justas que eran las cosas en aquellos tiempos. Tan justas eran que la gente compartía las algarrobas con los cochinos y estos siempre salían ganando.

Los niños crecían –bueno, los hijos de algunos crecían una miaja más-, pero Mariquilla no; la comida era la misma para todo el mundo, pero ella no crecía. Tan menuda se quedó Mariquilla que cuando hacía frío se enroscaba en el rodete de su abuela y allí se calentaba mejor que con las ascuas de picón. De ahí que le pusieran "Mariquilla Tu roete".

A Mariquilla lo que le gustaba era ir con su abuelo al campo, allá por el valle del Río Grande, más lejos que la "pará er tren", que como tren no había por eso estaba tan lejos.

Le gustaba ver el riego de los naranjos, poner a secar los higos en el suelo de piedra y dormir la siesta debajo de una higuera de ramas perchas y grandes. Cuando dormía, su abuelo la protegía de los hurones.

Después... a regar otra vez, pero con cuidado de no caer en la acequia, que para ella era como un río enorme lleno de zapateros.

Cuando llegaba la hora de volver al pueblo, el abuelo le preguntaba: “¿Dónde está Mariquilla?”, aunque sabía que estaba respingando por la parra y escondida entre los racimos.

El camino de vuelta subía como las culebras, dejando a cada lado los gritos de las chicharras enfadadas con la calor. Con esta musiquilla, Mariquilla saltaba de un lado a otro de la mula –que se llamaba Castellana- desde las quijás hasta la cola. Y cuando se cansaba se quedaba reliá en la cola hasta que el balanceo la dormía.

Como no había escuela, esto es lo que Mariquilla hacía todos los días mientras no bajara el viento de Sierra Blanquilla.

Un día, subiendo por los repechos, Mariquilla jugaba a lo de siempre, empezando por las quijás y terminando por la cola. Pero, estando saltando la mula el Arroyo de las Murtas, la niña se cayó y en un agujero se quedó. El abuelo pensó que dormía en el rabo, pero un fraile que pasaba por allí vio algo que estaba enroscado en un boquete, lo cogió y se lo comió. Era Mariquilla.

Desde entonces, la gente del pueblo canta:

Mariquilla Tu roete
se cayó por un boquete
vino un fraile y se la comió
creyendo que era un rosquete.



Este cuento, recuerdo entrañable de la infancia de nuestro informante, nos fue presentado como uno de los principales motivos para pasar largas temporadas veraniegas en el pueblo junto al abuelo materno, Manuel Martos Domínguez. Las descripciones que preceden a la acción forman parte del paisaje por el que ambos iban paseando mientras, día tras día, el abuelo le contaba esta y otras historias. El recurso empleado por algunos narradores espontáneos de incluir elementos del entorno más inmediato, en el tiempo y en el espacio, lejos de degradar la historia, la pueden enriquecer y actualizar, manteniendo aún más, si cabe, el interés de la audiencia.

No conocemos ninguna otra versión de este relato. En Tolox (Málaga), pueblo cercano al de origen del cuento

transcrito, recogimos la misma cancioncilla del final, pero no aplicada a una historia sino como acompañamiento del juego del columpio, más conocido en esa zona como “meceera”.

78. Garbancito

Encarnación Palomares Peña

Algeciras

Había una vez un matrimonio de viejecitos muy pobres que no tenían hijos. Un día, mientras la mujer preparaba un puchero, sintió que la llamaban desde el montón de garbanzos. Era un niño muy chico, tan chico como un garbancito. La mujer le puso de nombre eso, Garbancito, y se quedó con él como si fuera su hijo.

Garbancito era un niño muy valiente y muy generoso. Siempre estaba dispuesto a ayudar a sus padres. Un día, a la madre le hizo falta un poquito de azafrán para la comida y él se ofreció para ir a la tienda. Cogió un centimito y por el camino, para que nadie lo pisara (porque casi no se veía en el suelo), iba cantando:

Pachín, pachín, pachín,
a Garbancito no piséis.
Pachín, pachín, pachín,
mucho cuidado con lo que hacéis.

El tendero le dio la bolsita de azafrán y Garbancito se volvió a su casa muy contento con la bolsa a cuestas y cantando la misma canción:

Pachín, pachín, pachín,
a Garbancito no piséis.
Pachín, pachín, pachín,
mucho cuidado con lo que hacéis.

Al llegar a su casa, su madre le dijo:

-Mira, Garbancito, ya que veo que te estás haciendo tan mayor, hoy vas a llevarle el almuerzo a tu padre, que está trabajando en el huerto.

Garbancito, tan dispuesto como siempre, cogió la cesta y se fue para el huerto. Por el camino iba cantando:

Pachín, pachín, pachín,
a Garbancito no piséis.
Pachín, pachín, pachín,
mucho cuidado con lo que hacéis.

Pero al llegar al huerto empezó a llover y Garbancito tuvo que meterse debajo de una lechuga para no mojarse. Allí se quedó un buen rato esperando a que escampara. Pero en esto llegó el buey con el que trabajaba su padre y se zampó la lechuga y a Garbancito que iba dentro.

Su padre empezó a preocuparse porque no le llegaba el almuerzo y fue a avisar a su mujer. Cuando se dieron cuenta de que Garbancito había desaparecido, empezaron a buscarlo por todas partes gritando:

-¡Garbancito! ¿Dónde estás?

Y Garbancito, desde la barriga del buey, contestaba:

-¡En la barriga del buey, donde no llueve ni me veis!

La voz se escuchaba como muy lejana.

-¡Garbancito! ¿Dónde estás?

-¡En la barriga del buey, donde no llueve ni me veis!

Los padres se fueron acercando cada vez más adonde estaba su hijo hasta que al final lo encontraron.

-¿Qué hacemos, marido?

-Pues nada, habrá que darle algo al animal para que salga Garbancito lo más antes posible.

Cogieron unas hierbas del campo y se la dieron al buey. Al rato, Garbancito salió por su culo lleno de paja, de lechuga y de caca.

Los padres lo lavaron, los peinaron y lo achucharon (no mucho, claro, porque era muy chiquitillo) y desde entonces vivieron felices y comieron perdices.



Garbancito, también conocido en otras versiones como Periquillo Cañamón, Comino, Piejillo y Cabecita de Ajo, fue el héroe infantil de andar por casa durante cierto tiempo en nuestro país. Su astucia incluso ha vencido a su carácter rústico y lo mantiene dentro de los cuentos preferidos por los niños de hoy (siempre que se les haya contado desde muy pequeños). Es, pues, un texto que no tiene secretos para casi nadie.

De entre las más de cincuenta versiones que hemos recogido (creemos que no debe haber casa sin su particular Garbancito), encontramos ligerísimas variantes como la alternancia col-lechuga como lugar de escondite del personaje o la presencia-ausencia de la compra del azafrán, que algunas veces incluso se integra en la cancioncilla del cuento: “Larán, larán, larán, a Garbancito no piséis que va por azafrán”. También varía sensiblemente la respuesta-pareado que Garbancito da desde el interior del animal para que sus padres lo localicen: “En la barriga del buey que se mueve, donde ni nieva ni llueve”, “En la barriga del buey, donde no llueve ni ventea”.

En este cuento se plantea el problema que suponía para muchas parejas del mundo rural la falta de descendencia y, por consiguiente, la desatención de las propiedades familiares o de los mismos cónyuges al llegar a la vejez. Tal carencia es resuelta por una intervención sobrenatural y, por tanto, da lugar a la aparición de un héroe, pero un héroe que, fiel a una tradición rural tardía, se encuentra a caballo entre la mitología y la vulnerabilidad.

Nuestra versión ha perdido (y creemos que es una circunstancia generalizada a tenor de las colecciones consultadas) la segunda secuencia de la historia, que se puede consultar en la reconstrucción que hace Rodríguez Almodóvar en *Cuentos al amor de la lumbre*; sin embargo, hemos tenido la suerte de encontrar dicho episodio por separado y vivido por otro personaje de características similares a Garbancito. Se trata del siguiente cuento que reproducimos, titulado Cagachitas.

79. Cagachitas

Francisco Castro Salvatierra

Tahivilla (Tarifa)

Era un leñador que vivía con su mujer y su hijo y que se dedicaba a ir al monte a cortar cada día una carga de leña para venderla en el pueblo. Iba su hijo con él y le ayudaba a cargar el burro.

No ganaba mucho dinero. Le pagaban tan poco por la leña que lo único que podía comprar eran unos kilos de harina para elaborar su propio pan y también para hacer gachas, porque comían muchas gachas. Al niño le gustaban tanto –porque no había comido apenas otra cosa en su vida– que su madre, cariñosamente, le decía “Cagachitas”.

Un día, estando en el monte, el niño se perdió de su padre y por más que se buscaron no lograron encontrarse. El padre, cuando vio que ya iba a cerrar la noche, pensó que a lo mejor el niño se había a la casa y se marchó para allá. El niño no estaba allí y su madre se puso muy triste.

Aquella noche allí no se acostó nadie, estuvieron toda la noche con la luz encendida y en la candela pusieron una cazuela con una porción de gachas para que estuvieran calentitas cuando el niño regresara.

¿Qué le ocurrió mientras tanto a Cagachitas? Pues vamos a ver: Cagachitas, cuando se hizo de noche, al no saber qué hacer ni para dónde tirar, se subió en una piedra y desde allí divisó a lo lejos una luz. Y pensó: “Me voy a dirigir allí. Puede que incluso sea mi casa, pero si no lo fuera puede que la familia que viva allí tal vez me ayude”. Y se encaminó hacia la luz.

Estuvo andando, andando, andando, porque estaba muy lejos, hasta que llegó a aquella luz, que no era una casa, sino una hoguera, una candela que habían encendido tres hombres que estaban sentados a su

alrededor. Estaban debajo de un árbol muy grueso y tenían un mulo atado a una rama. Cagachitas se acercó todo lo que pudo entre las sombras hasta que se subió al árbol. Desde allí pudo ver perfectamente que se trataba de tres ladrones que estaban repartiéndose el dinero que habían robado. Tenían dos sacos y el que hacía de jefe sacaba unas monedas y decía:

-Esta pa ti, esta pa ti y dos pa mí. Esta pa ti, esta pa ti y dos pa mí.

Cagachitas sintió deseos de tener aquel dinero pensando: “Hay que ver, mi padre y yo todo el día trabajando y mi madre en mi casa, la pobrecita, nunca tiene una perra gorda para nada, y no podemos ni alimentarnos bien, ni vestir... Y estas gentes, que son unos ladrones y unos canallas, mira todo el dinero que han conseguido. ¿Cómo podría yo quitarle a estas gentes el dinero? Pero, claro, ¿cómo voy a poder hacerlo si ellos son tres hombres y yo sólo soy un gorgojo?”.

Pero como el jefe no paraba de decir: “Esta pa ti, esta pa ti y dos pa mí”, a Cagachitas se le ocurrió decir, imitando una voz de ultratumba:

-¿Y pa míiiiiiiii no hay nadaaaaaa?

Los ladrones se llevaron tal cerote que salieron corriendo y abandonaron el dinero, el mulo, la lumbre y todo. Se retiraron monte abajo a doscientos y pico de metros y allí empezaron a deliberar; pero como la noche estaba tan serena, Cagachitas se estaba enterando de todo lo que decían. Había dos que tenían más miedo y decían que allí tenía que haber un fantasma o un alma en pena, algo raro, porque ellos habían andado muchos kilómetros para retirarse de donde vivía la gente. Entonces, ¿cómo era posible que hubiera aparecido aquella voz tan rara que no era una voz humana? En fin, que había dos que decían que ellos no iban hasta que no saliera el sol y el otro, en cambio, parecía que tenía menos miedo y dijo:

-Yo me voy a acercar a ver qué es lo que hay allí.

El hombre se acercó con muchas precauciones, ocultándose detrás de los arbustos, mirando..., pero como Cagachitas se había enterado de todo, cogió dos tizones de la lumbre, se retiró a un lado más oscuro y allí estuvo esperando a que el hombre estuviera más cerca. Entonces se puso a brincar y a mover en círculo los tizones, como haciendo malabarismos, y empezó a decir con la misma voz de antes:

-¡Acéeeercate, acéeeercate a jugar con los espíritus y verás cómo te va a costar la vida!

El ladrón cogió tal pánico que se fue con los otros dos y dijo:

-Yo tampoco voy más. Cuando sea de día, entonces veremos lo que hay allí. Como los fantasmas no se interesan por el dinero, nadie se va a llevar nada.

Cagachitas pensó: “Esta es la mía”. Echó en el saco las monedas que estaban en el suelo, los volvió a atar, los cargó en el mulo y lo más de prisa que pudo se subió y se marchó. Empezó a andar a rumbo perdido, sin saber dónde iba y vio otra vez una luz; era una lucecilla más débil, pero era una luz. Y pensó igual: “Me voy a dirigir allí porque es posible que sea mi casa, pero si no lo es, alguien vivirá allí y me podrá ayudar”.

Ya era por la madrugada, casi se señalaban en el horizonte, por el este, las primeras luces del alba. Y él empezó a reconocer el terreno: “Esta piedra, este árbol... ¡Hay que ver, aquí es donde yo vivo, esta es mi casa!” efectivamente, llegó y era la puerta de su casa, estaba abierta y la luz encendida, y su madre lloraba diciendo:

-Pobrecito mi niño, ¿dónde estará mi Cagachitas, qué le habrá ocurrido al pobrecito? Sabe Dios si alguna alimaña se lo habrá comido.

En fin, la pobre madre hecha un mar de lágrimas y él ya no pudo resistir más y le dijo desde la puerta:

-¡Mamá, no se preocupe, no llore, que estoy aquí, que no me ha pasado nada!

Entró en la casa como una tromba, su madre le dio muchísimos besos y abrazos y se pusieron los tres locos de contentos. Su madre, inmediatamente, apartó la cazuela de la candela y la puso en la mesa:

-Anda, hijo mío, come.

-No, espere, que antes de comer tengo que enseñarles una sorpresa que les traigo.

Salieron los tres, les enseñó el mulo y se sorprendieron al ver aquel mulo cargado con dos sacos a tercios. Y, claro, Cagachitas se daba cuenta de que ellos no imaginaban el verdadero alcance de aquella sorpresa.

-Acérquense al mulo y toquen los sacos.

Se acercaron y vieron que eran monedas. La sorpresa fue mucho mayor. Descargaron los sacos, Cagachitas les explicó todo lo que le había ocurrido, ocultaron los sacos lo mejor que pudieron, le quitaron la albarda al mulo y lo dejaron que se marchara. Al día siguiente, el padre fue al pueblo a llevar la carga de leña que no había podido llevar la noche anterior, compró una casita en el pueblo, abandonaron la choza triste y mísera que tenían en el bosque y con aquel dinero vivieron felices toda su vida y no tuvieron que coger más leña ni pasar más malos ratos.

Y con esto termina este cuento, con pan y pimienta y rabanillos tuertos.



Llamaremos aquí la atención sobre la escena del niño encaramado al árbol que consigue hacerse con el botín de unos ladrones. Ya hemos visto esta secuencia en algunos textos de la colección en los que el desenlace se producía de manera fortuita (al tratarse de cuentos de tontos). Esta vez, la valentía del protagonista es la que provoca la huída de los ladrones.

Con esta escena ocurre algo similar a la del hombre metido en un saco al que llevan para arrojarlo por un precipicio: se presentan como episodios comodines que se utilizan, el uno, cada vez que se quiera despojar a unos ladrones del producto de un robo; el otro, cuando sea necesario salvarse de un ajusticiamiento. Son recursos empleados por los narradores orales para dar forma, completar o aumentar a su gusto los relatos de su repertorio.

80. Manzanita

María Gallardo

Los Barrios

En una granja vivía una niña con sus padres. Ella, para ayudarles, vendía en la ciudad los quesos que hacían. Siempre iba detrás de su burrito y, como había tanto trayecto del campo a la ciudad, cantaba:

Soy Manzanita
y vendo quesos
a quien me compre
le doy un beso.
Niña bonita
dicen que soy
todos me gritan
por donde voy:
¡Ay, Manzanita,
dame un quesito
de esos tan blancos
y redonditos!
¡Ay, Manzanita,
dame un quesito
de esos tan blancos
y redonditos!
Arre, burrito,
burrito arre,

anda de prisa
que llegas tarde.
Arre, burrito,
y te daré
unos churritos
con el café.

Un día, como iba cantando, no se dio cuenta de que en el camino había un agujero. El burro metió una pata en el agujero y todos los quesos empezaron a rodar.

La niña se puso a llorar porque si sus padres se enteraban le regañarían por ir distraída, así que empezó a coger todos los quesos y a meterlos en los serones. Pero ocurrió que el queso más grande empezó a rodar y a rodar de una montaña a otra y a otra hasta que se encontró con el arco iris. Se subió al arco iris y siguió rodando hasta el cielo donde se quedó pegado.

Desde entonces tenemos luna.



Existen en la tradición hispánica pocos textos etiológicos, es decir, que nos hablen del origen de las cosas. Pero si hay algunos ejemplos, estos se decantan, como en nuestra versión, por explicar el nacimiento de la luna, elemento fascinador como pocos.

Sánchez Pérez incluye en su colección el cuento “El viejecito de la luna”, que relaciona las manchas lunares con el castigo que sufre un anciano por malgastar cierto dinero que le regalan. En la misma línea existe otra versión citada por Seve Calleja en su libro *Basajaun, el señor del bosque (Cuentos populares vascos)*, en la que un campesino es llevado a la luna por trabajar en día festivo (y desde entonces se pueden ver esas manchas con forma humana).

Por nuestra parte, de las cinco versiones que hemos recogido de este cuento, es esta la más completa al incluir la cancioncilla.

81. Te quiero más que la sal

Sin datos

Algeciras

Había una vez un rey que tenía tres hijas y quiso averiguar cuál de las tres lo quería más. Un día le preguntó a la mayor:

-Hija mía, ¿tú cuánto me quieres?

-Ay, padre, yo más que al aceite.

Y el rey quedó satisfecho con la respuesta. Luego se dirigió a la segunda y le preguntó lo mismo y la hija le contestó:

-Yo te quiero más que al mismo pan.

El rey quedó contento también con esta respuesta y cuando fue a preguntarle a la hija pequeña, ella le contestó:

-Yo te quiero más que a la sal.

Esta respuesta no le gustó nada al rey, que se ofendió y envió a su hija pequeña fuera de sus tierras. Pero el cocinero lo había estado escuchando todo y, como vio que aquello era una injusticia muy grande, escondió todo la sal que había en el palacio, así que a partir de entonces todas las comidas se sirvieron sosas.

Cuando el rey las probaba, decía que no le gustaban y poco a poco fue perdiendo el apetito y cayó enfermo. Ningún médico podía ayudarle, pero un día se presentó su hija en palacio y, cuando la vio, cayó en la cuenta de que se había equivocado expulsándola de allí, así que la abrazó y le pidió perdón. Desde entonces, todos vivieron felices y comieron mucho pan con aceite y sal.

□ □ □

El escenario, los personajes y el número tres son los escasos restos que quedan en esta versión de lo que parece que

fue un cuento maravilloso sobre el tema de la muchacha despreciada. Así lo encontramos en otras colecciones como las de Espinosa, padre e hijo (varias versiones), Rodríguez Almodóvar (“Como la vianda quiere la sal”) o Sánchez Pérez (“La princesa Zamarra”). Hemos preferido incluirla tal como la recogimos como muestra del estado en que se encuentran ya algunos relatos ancestrales (piezas claves para la construcción de determinados valores culturales), que han quedado aletargados en la memoria de los más mayores sin recibir el aire fresco de su transmisión.

82. La niña del peral (El hombre del saco)

Isabel Calvente Márquez

Los Barrios

Érase una vez una niña que estaba inválida. Un día estaba sentada en un peral mientras sus hermanos jugaban por allí alrededor. A uno de ellos se le ocurrió gastarle una broma y la subieron a una rama alta del peral y allí la dejaron llorando. La chiquilla se quedó sola y ellos se olvidaron de ella.

Pasaba por allí un hombre con un zurrón a cuestas y cuando vio que la niña estaba impedida la metió dentro del saco. El hombre se echó el saco a cuestas y se dedicó a ir de pueblo en pueblo diciendo:

-Señoras, señores, lo nunca visto por los alrededores, el saquito cantarín. ¡Canta, zurroncito, canta, si no te hincó la lanza!

Y entonces la niña cantaba:

En un zurrón voy metida,
en un zurrón moriré
por mor de mis hermanos
que en el peral me dejaron.

La gente le daba monedas a aquel hombre por escuchar a la niña cantar. Y un buen día llegó a una posada, soltó el zurrón en el suelo y se fue a comer y a beber. La posadera se preguntó:

-¿Qué llevara este hombre en el zurrón?

Lo abrió y vio a la niña que estaba toda herida y maltratada, la cogió, le curó las heridas, le dio de comer y la acostó. Entonces, para que el viejo no echara en falta a la niña, le metió cinco gatos que había en la posada y que nunca la dejaban tranquila, atando el zurrón para que no se salieran.

Y regresó el hombre preguntando:

-Posadera, ¿dónde está mi zurrón?

-Ahí está –respondió la mujer.

El hombre cogió su zurrón y se marchó. Llegó a un pueblo y empezó a preparar su actuación.

-¡Canta o si no te hincaré la lanza!

En vez de cantar, el saco empezó a maullar. El hombre se tuvo que ir avergonzado del pueblo preguntándose qué habría en el saco. Cuando lo abrió, los gatos le saltaron a la cara arañándosela toda.

Y la niña volvió con sus padres, que andaban buscándola desde que la había raptado el tío del saco.



Este cuento es uno de los más extendidos de la tradición hispánica (está presente prácticamente en todas las colecciones publicadas). Las más de treinta versiones que hemos recogido junto al Estrecho de Gibraltar guardan entre sí un fiel parecido: una niña olvida un objeto junto a una fuente o un pozo (un anillo, unos zapatos, una pulserita o una gargantilla) y, cuando va a recuperarlo, el hombre del saco la secuestra y la lleva de pueblo en pueblo convirtiéndola en su fuente de ingresos. No queriendo abundar en motivos tan conocidos, hemos elegido para la ocasión, de entre todas las recogidas, la versión que

presentaba el elemento más peculiar (y de la que sólo hemos recogido dos versiones, esta de Los Barrios y otra en Málaga): la niña no olvida nada junto a la fuente o el pozo sino que está impedida y por eso se convierte en presa fácil para el hombre del saco.

La cancioncilla con que la niña da pistas sobre su situación viene a ser similar en todas las versiones, variando únicamente la referencia al objeto perdido; este es el modelo más extendido:

En un zurrón voy metida,
 en un zurrón moriré,
 por culpa de un anillito
 que en la fuente me dejé.

Asimismo, la frase empleada por el raptor para estimular el canto de la pequeña presenta pequeñísimas variantes. Estas son las que tenemos recogidas por las provincias de Cádiz y Málaga:

- Zurroncito, si no cantas te doy con la palanca.
- Canta, zurroncito, canta, si no te clavo la lanza.
- Canta, saco, o te doy un sopapo.
- Canta, zurrón, o te meto con el bastón.
- Canta, zurrón, o te pego con mi molondrón.
- Zurroncito, canta, mira que te doy con la tranca.
- Zurrón, canta, mira que te doy con la lanza en la panza.
- Canta, que te doy con la palanca y al llegar al arenal te

daré quesito y pan.

Sin menospreciar otros elementos, no cabe duda que el tema y la moraleja de esta historia han contribuido decisivamente a su difusión y mantenimiento en la cadena oral. Personajes como el hombre del saco o el sacamantecas han sido muy populares desde hace siglos hasta ayer mismo, contándose con referencias escritas, por ejemplo, en el *Vocabulario de refranes* de Gonzalo Correas de 1627, donde apunta:

“Canta, zurrón, canta; si no, darte he una puñada. El cuento que fingen es que un romero traía un gran zurrón, y decía que le hacía cantar, por sacar mucho con la invención; y era que llevaba dentro un muchacho que cantaba en diciéndole esto” (refrán nº 4.473).

83. El niño y los burros

Francisco Villada Rambla

La Línea de la Concepción

Érase una vez un padre de campo que un día mandó a su hijo con nueve borricos a la feria de ganado del pueblo.

Antes de salir le advirtió que tuviera cuidado con los ladrones. El niño se montó en uno de los borricos y se marchó. Iba muy contento cantando por el camino, pero antes de llegar al pueblo hizo una parada y contó los burros, y vio que le faltaba uno. Volvió a contar y otra vez le pasó lo mismo. el niño no se podía explicar cómo los ladrones le habían robado sin que se diera cuenta.

Al rato pasó por allí una pareja de la Guardia Civil y lo encontraron llorando. Y el guardia le preguntó:

-¿Qué te pasa, muchacho?

-Mire usted, señor guardia, que yo traía a la feria del pueblo nueve borricos para venderlos y me falta uno. Y no sé ni cómo me los han robado.

El guardia contó los burros y le dijo:

-A ti nadie te ha robado nada. Tienes ocho borricos sueltos y uno montado, donde tú vas. Esos son los nueve borricos que traías a la feria.

El niño le dio las gracias y bajó al pueblo muy contento.

□ □ □

Aunque lo hemos incluido en este ciclo dedicado a niños, se trata más bien de un cuentecillo de tontos y como tal aparece recogido en numerosas colecciones. En el pasado dio lugar a diversos refranes: “Llevar seis asnos y contar con cinco”, “Uno, dos, tres, y mi burro no aparece”, “Buscaba el necio su asno y lo llevaba debajo” o “En su burra iba caballero y echábala de menos”, siendo también citado en la segunda parte

del Quijote: "... he caído en el descuido del que, yendo sobre el asno, le buscaba".

84. Las rebanadas de pan-1

Francisco Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera.

Hacía tantos días que los chiquillos no comían nada que un día que el padre pudo recoger un pan todos se volvieron locos, pero para tener para todos tuvo que cortar las rebanadas muy finitas. Entonces va el más chico y le dice:

-Papá, mira, que esta rebanada es muy finita.

-Hijo, es que hay que mirar por el día de mañana.

El niño se puso a mirar por la rebanada y le contestó al padre con un poquito de guasa:

-Es verdad, por aquí veo hasta el día en que me voy a casar.

□ □ □

Tanto este como los tres cuentecillos siguientes fueron recogidos en un distendido encuentro con cinco informantes de la localidad de Jimena. Tras haber hecho un pequeño repaso por los diversos temas narrativos de la tradición oral, intentando refrescar su memoria, los asistentes recalaron con especial interés en estos cuentecillos que tantos recuerdos familiares les traían, ya que se trataba de personas que habían pasado su niñez y su adolescencia en la guerra civil española (y en su posguerra), la llamada por ellos mismos "época de las hambres".

Como vemos, y en la ya mencionada línea de identificación narrador-relato, los recuerdos infantiles de los informantes llevan a que sean niños los protagonistas de estos cuentecillos.

85. Las rebanadas de pan-2

Jacinto Coronil Sarria

Jimena de la Frontera

Cortaban el pan tan finito para que hubiera para todos. Y un niño se puso la rebanada delante de la cara y le dijo a su padre:

-Papá, ¡que te veo y no quisiera verte!

□ □ □

Otra vez la transparencia de las rebanadas de pan es utilizada en una escena donde el humor y el dramatismo se reparten protagonismo. En este caso, dando por resultado un cuento mínimo en toda regla que, como tal, provoca mayor número de reflexiones que palabras contiene el relato.

86. Un huevo frito para siete

Pedro Gómez Moreno

Jimena de la Frontera

Llegó otro día el padre y les dijo:

-Hoy nos vamos a comer un huevo frito.

Pone el huevo frito encima de la mesa y ellos eran siete y el huevo uno solo.

-Vamos a comérmolo al estilo de Semana Santa, con el ritmo del tambor.

Cogió una sopita en la mano cada uno y cada vez que el padre decía “pom”, un niño mojaba en el huevo. Y cuando llegó el turno del padre, en vez de hacer “pom”, se escucha el redoble:

-Porromporromporrompompón.

Y comió el padre más que ninguno.



Similar al cuentecillo en el que cada miembro de la familia debía mojar un palillo en la yema del huevo y los padres reprochaban a uno de los niños que mojara dos veces (en Agúndez). En el nuestro no hay réplica alguna al ser el padre quien hace la trampa, pero ambos pertenecen al mismo ciclo: historias familiares con conflictos en torno al hambre y la voracidad. Espinosa hijo nos presenta una versión parecida: cuatro estudiantes deben dar cuenta de tres huevos en una fonda; los dos primeros cogen el suyo acompañándose de una oración y el último, viéndose ya sin nada, amenaza al tercero para que no siga rezando.

87. Quedarse sin padre o sin sopa

Francisco Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Era una familia con tres hijos que pasaban mucha hambre. Un día, el padre los echó a que los socorrieran y así pudieron recoger unos pedacitos de pan.

Cuando el padre llegó a la casa, hizo unas sopas cocidas que no veas, con muy poco aceite pero con mucho pan.

Claro, los niños chicos no tenían la dentadura tan buena como el padre y este se puso pim pam, pim pam con la cuchara. Y los angelitos querían coger algo porque veían que el padre se lo estaba comiendo todo, hasta que en una de esas, como el pan no estaba bien hecho, pues se le fue una miga y el padre se quedó medio muerto. Y en ese enmedio los niños se pudieron comer la sopa.

Cuando el padre volvió en sí, dice:

-Hijos, habéis estado expuestos a quedaros sin padre.

Y los niños contestaron:

-Y sin sopa, papá, y sin sopa.



A pesar de tratarse de un tema bastante documentado en la literatura medieval europea (conflictos en torno al hambre) y de tener este relato una perspectiva similar a los de dicha época, no hemos encontrado ninguna otra versión parecida. Sopas, pan y huevos, como vemos en tantos relatos, mitigaron “las hambres” de todos los tiempos y entraron a formar parte, por derecho propio, de la memoria colectiva a través de la literatura de tradición oral.

88. Un niño caprichoso

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Una mujer fue con su hijo a la casa de una amiga y le dijo:

-Mira, el niño no nos va a dejar hablar en toda la tarde, así que todo lo que pida se lo vamos a dar y así nos deja tranquilas para nosotras hablar.

Y dice el niño:

-Yo quiero aquel cuadro.

Y la mujer:

-Bueno, me voy a subir a una silla y se lo voy a dar.

Se sube la mujer en la silla y en ese momento, del esfuerzo, se le escapa una pluma. Y dice el niño:

-Ahora quiero esa trompeta.



Cuentecillo de corte escatológico que, utilizando armas eufemísticas, hace referencia al pedo, al igual que aquel que incluye Juan de Timoneda en su *Sobremesa y alivio para caminantes* bajo el epígrafe “Sospirastes, Valdovinos”. Ya los denominen suspiros, plumas, traques, voces o susurros, lo

cierto es que la ventosidad humana ha producido no pocos textos en los que se busca la risa cómplice de la audiencia (en esta misma colección hemos incluido varios). “Todos los presos quieren la libertad”, reza el refrán que recogimos a otra informante en referencia al mismo tema y que bien podría ser la respuesta que, cerrando el cuento, diera la mujer al niño caprichoso.

89. El niño y los garbanzos

Remedios Cabello Fernández y Ana Navarro Cabello Tarifa

Esto era un niño al que le compró su madre garbancitos y se subió en un árbol. Comiendo estaba cuando un garbancito se le cayó en un hueco del árbol. El niño siguió comiendo y no le hizo caso, pero cuando se los comió todos se acordó del que se le había caído y llamó a su padre:

-Papá, corta el árbol para coger mi garbancito, que yo quiero en la mano.

-Chiquillo, ¿cómo voy a hacer eso por un garbancito?

-Pues iré a la justicia, porque yo quiero mi garbancito en la mano.

Y fue a la justicia y le dijo:

-¿Yo cómo voy a cortar un árbol por un garbancito?

Pues se lo diré al municipal. Y se lo dijo:

-Municipal, quiero que prendas a la justicia, que la justicia prenda a mi padre porque mi garbancito lo quiero en la mano.

-¿Yo cómo voy a hacer eso?

-Pues entonces iré al señor juez:

-Señor juez: prenda al municipal para que prenda a la justicia para que prenda a mi padre porque mi garbancito lo quiero en la mano.

Y dijo el juez:

-¿Yo cómo voy a hacer eso?

-Pues iré a la reina.

Y fue.

-Que la reina prenda al juez para que prenda al municipal para que prenda a la justicia para que prenda a mi padre porque mi garbancito lo quiero en la mano.

Y la reina le dijo:

-¡Yo qué te voy a hacer caso, por un garbancito la que vamos a organizar!

-¿Ah, no? ¡Ratoncitos, salid, salid, y roedle el manto a la reina!

Y dijo la reina:

-Ay, sí, sí, que yo voy a prender al señor juez para que prenda al municipal para que prenda a la justicia para que prenda a tu padre y te dé el garbancito en la mano.

Entonces la reina mandó al juez, el juez mandó al municipal, el municipal mandó a la justicia, la justicia mandó al padre y el hombre cortó la rama y le dio el garbancito al niño en su mano.

□ □ □

Versión de cuento acumulativo infantil, ideal para añadir elementos de acuerdo con la atención de la audiencia y que presenta una estructura circular repetitiva hacia atrás en busca del punto de partida. En el volumen correspondiente incluiremos algunos más con animales como protagonistas. El hecho de que sea una persona la que sufre la carencia y la que camina en busca de la solución nos ha hecho incluir esta versión en la presente selección, aunque casi siempre suele tratarse de animales (como vemos en el nº 115 de la colección gaditana de García Surrallés). Disponemos también de otra versión recogida en La Línea en la que es una viejecita la que pierde el garbanzo, dándose este encadenamiento de personajes: capataz, dueño, alcalde, perro, palo, fuego, agua y rey.

Cuentos de miedo y de difuntos

A pesar del truculento título de este ciclo, veremos que el tema del más allá comparte protagonismo con el humor, recurso utilizado desde siempre para espantar el miedo a la muerte o a lo desconocido.

Quedan para otra ocasión los encuentros con duendes, hadas, brujas, demonios y otros personajes sobrenaturales, que también existen en el universo narrativo de estas tierras fronterizas.

90. ¡Mundo, Mundo!

*Salvadora Castillo y Josefa Orrillo
Candelaria Ibáñez Atanasio
Andrés Pérez Sánchez*

*Guadiaro (San Roque)
La Ahumada (Tarifa)
Jimena de la Frontera*

Era un hombre que se murió y lo pusieron en su casa para el velatorio. La mujer del difunto no paraba de decir:

-¡Mundo, Mundo!, que te los llevas uno a uno y de los mejores.

La gente que estaba acompañándola asentía con la cabeza y, mientras tanto, un gato iba y venía llevándose unos boquerones que tenía la mujer en un plato. Cada vez que pasaba el gato, la mujer volvía a decir dándose golpes de pecho:

-¡Mundo, Mundo!, que te los llevas uno a uno y de los mejores.

El gato volvía a pasar y ella repetía lo mismo:

-¡Mundo, Mundo!, que te los llevas uno a uno y de los mejores.

Y es que el gato se llamaba Mundo y ella veía que la estaba dejando sin los boquerones más grandes. Pero la gente, que no se daba cuenta y creía que se refería al difunto, le decía que sí con la cabeza y la volvía a acompañar en el sentimiento.



¿Por qué hemos reunido cuatro informantes en un mismo texto? Sencillamente porque las cuatro versiones que nos ofrecieron eran prácticamente iguales: igual planteamiento inicial, similar extensión, los mismos comentarios de los personajes. Nos hemos permitido esta licencia sin menoscabo de la autenticidad de los textos y para ilustrar de esta manera cuán parecidas son a veces las versiones cuando un relato se mantiene vivo de forma espontánea en boca de la gente. Es un cuentecillo tan breve que, por lo menos en la zona de estudio, casi no ha dado lugar a variantes.

Por otro lado, el uso de la ambigua frase por parte de la viuda, dando lugar a diversas interpretaciones, relaciona este cuento con “Mi marido muerto”, nº 23 de *Debajo del puente*.

91. Mariquilla, jura, jura

Inmaculada Pérez Palomares

Algeciras

Dicen que una vez una madre mandó a su hija a la carnicería a comprar medio kilo de asadura. La niña, que se llamaba Mariquilla y que era muy juguetona, se entretuvo con las amigas y cuando se vino a dar cuenta ya le habían cerrado la carnicería. Entonces se acordó de que ese mismo día habían enterrado a un vecino y, sin pensárselo dos veces, Mariquilla se acercó al cementerio, le cogió las asaduras al muerto y se fue para su casa.

Su madre la estaba esperando muy nerviosa, así que cuando llegó la niña, cogió las asaduras, las arregló y preparó la cena sin darse cuenta de lo que tenía entre manos. Cuando se acostaron, la niña empezó a sentir voces raras:

-Mariquilla, jura, jura, ¿por qué te comiste mis asaúras?

La niña llamó a su madre y se lo dijo y se tuvo que acostar con ella del susto que tenían las dos. Al ratito, vuelven a escuchar:

-Mariquilla, jura, jura, ¿por qué te comiste mis asaúras?

-Ay, mamaíta mía, ¿quién será?

-No te preocupes, hija, que quien sea ya se irá.

Pero la voz no se iba y cada vez se escuchaba más cerca.

-No me voy, que acercándome a tu cuarto estoy.

Y volvía a preguntar:

-Mariquilla, jura, jura, ¿por qué te comiste mis asaúras?

Y la niña:

-Ay, mamaíta mía, ¿quién será?

-No te preocupes, hija, que quien sea ya se irá.

Y la voz:

-No me voy, que entrando en tu cuarto estoy.

Y otra vez:

-Mariquilla, jura, jura, ¿por qué te comiste mis asaúras?

-Ay, mamaíta mía, ¿quién será?

-No te preocupes, hija, que quien sea ya se irá.

Y en ese momento, la niña escuchó un grito en su oído que decía:

-¡¡No me voy, que encima de ti estoy!!

[En este momento, el narrador se abalanza sobre su auditorio dándoles un gran susto].



Historia vieja esta de la niña que osó molestar a los muertos para conseguir alimento. Sin duda, un tema perfecto para mantener en vigilia a los más pequeños, como habrá debido repetirse en tantos hogares desde hace mucho tiempo. No en vano, como apunta Rodríguez Almodóvar, estamos ante “una versión elaborada del antiguo rito por el que se creía adquirir las virtudes del muerto comiendo algo de sus vísceras, creencia combatida por el cuento, tal vez para que se abandonara semejante práctica, e introduciendo la nueva creencia de que con ello sólo se lograría impedir el reposo del difunto...” (*Cuentos al amor de la lumbre*, p.588).

92. La capa enganchada

Alfonso Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Antes los chiquillos jugaban en el cementerio y se apostaban a ver quién tenía más valor.

Uno que consiguió entrar en el cementerio después de darle muchas vueltas a la cabeza, quiso demostrar que había estado allí.

-¿Qué hago yo para que vean que es verdad que he llegado? Tengo que dejar alguna señal.

Y, como llevaba un martillo y algunos clavos, pues clavó uno en la puerta del cementerio y, cuando se iba a volver para atrás, salió corriendo y notó que le tiraban de la capa.

Al llegar donde los otros les dijo que alguien lo había cogido de la capa dentro del cementerio, pero que él había mirado y que no había visto a nadie.

Y era que con el mismo clavo se había cogido la capa. Y creo que se murió de eso, le dio una impresión y se murió.



Este cuentecillo, contado como suceso real de la infancia del informante, no es otro que la conocida historia del hombre al que, en una noche oscura, se le engancha la capa en una planta cuando vuelve a su casa, y del que se han publicado diversas versiones en toda la península. Recordemos la de Sánchez Pérez (nº 41, “El sastre y la zarza”) o la de Harguindey-Barrio (*Antoloxía do conto popular galego*, p. 118).

93. El forastero y los muertos de Jimena

Alfonso Pérez Sánchez

Jimena de la Frontera

Una vez llegó a Jimena un forastero y, como se emborrachó, empezó a decir:

-Aquí, en Jimena, los muertos no valen ni un duro.

La gente lo escuchaba, pero él seguía:

-Vamos, eso lo digo yo aquí y en la puerta del cementerio.

Dicho y hecho. Se fue a la puerta del cementerio y siguió gritando. Entonces, uno del pueblo, harto ya de escucharlo, cogió una porra y le pegó dos palos.

Y el borracho se quedó muy quieto diciendo:

-Me cago en diez, no sabía yo que aquí enterraban a los muertos con los bastones y tó.



Ya hemos visto varios relatos de pique entre pueblos vecinos (las llamadas pullas) y también sucedidos que nos hablan de los trabajadores temporales de otras provincias, pero sólo en Jimena hemos recogido historias que hagan referencia a los forasteros, es decir, a esos individuos que, llegados de

“fuera” (de un lugar indeterminado que no suele interesar a los vecinos), llaman la atención por sus comentarios fuera de tono (como en este caso) o por sus características particulares (forma de hablar o de vestir, costumbres, rasgos físicos, etc.). Valga el cuentecillo elegido como botón de muestra de esta clase de relatos sobre los que volveremos en otra ocasión.

94. Las habas del cementerio

Pedro Collado Mateos

Los Barrios

Esto que les voy a contar pasó aquí en el pueblo en el año cuarenta, cuando las hambres.

El pueblo era como un cortijo, no como hoy, y en el cementerio no enterraban a nadie porque no se moría nadie. Y fue entonces cuando el enterrador le dijo al alcalde, que se llamaba Espinosa:

-Alcalde, como no se muere nadie, ¿por qué no me deja usted el cementerio para sembrar un algo?

Y el alcalde lo dejó. Mira, sembró el primer año un habal con una cosecha de habas que salió buenísima. ¡Estaba más contento!

Pero una mañana se encontró que se habían llevado todas las habas.

-¡Ay, Dios mío de mi alma, qué ruina más grande, me lo han estropeado todo!

Pero enseguida pensó: “A este lo voy a coger yo”. Y al año siguiente sembró otra vez las habas y, cuando calculó que ya tenía la simiente, cogió una sábana y se metió en un nicho. Y a las tres de la madrugada llegó el otro por lo alto de la tapia y lo escuchó desde el nicho: “¡Tras!”.

-Pues ya está aquí este.

Cuando calculó que ya tenía el saco lleno se lió aquella sábana en la cabeza y saltó del nicho ¡Venga!

Y empezó a decir con voz temblona:

-Soy un alma del otro mundo, soy un alma del otro mundo.

Y el otro, en vez de asustarse y salir corriendo, le contestó:

-Eso lo sé yo, que tú eres del otro mundo, porque si llegas a ser de este ahora mismo te ponías a robar habas como yo.

Y eso fue lo que se le ocurrió. Prefirió contestarle que salir corriendo y todo por las hambres que había en aquellos años.



Un cementerio semiabandonado es el escenario perfecto para desarrollar historias picarescas como esta. Nuestro informante aporta incluso el nombre del alcalde de la época para prestar más autenticidad al relato, pero quizás lo que más llama la atención es la respuesta final del ladrón de habas, que encaja con absoluta naturalidad la posibilidad de encontrarse ante un espectro. La necesidad puede más que el miedo. No le ocurre como al de esta coplilla popular, que dice:

Al cementerio no voy
aunque me llamen a voces
porque hay un panadero
que muerto y tó me conoce.

95. El enterrador

Antonia González Navarro

Algeciras

Esto era un enterrador que había en Jimena. Era muy mayor, tenía una casa muy sucia y vivía muy malamente.

Cuando se moría alguien, le echaba sólo un poquito de tierra y cuando se iba la familia lo desenterraba y le

quitaba los zapatos, porque antes se enterraba a la gente con los zapatos, y además nuevos. También le quitaba la ropa para los hijos, para la mujer o para él. En fin, que era una gente muy baja, muy sucia.

Había una mujer maestra barbera que era viuda y tenía cuatro hijos. Eran de clase media, estaban bien. Tenía una barbería donde trabajaban los tres varones y una hembra que tenía.

La mujer amasó una torta con azúcar y aceite y la llevó al horno. Más tarde fue a por la torta, pero la mujer del horno se equivocó y le dio la del enterrador. Después vino el enterrador y se llevó la de la barbera. El enterrador dijo:

-Esta no es mi torta.

-Pues entonces –dijo la panadera- la suya se la ha llevado la maestra barbera.

Fueron a su casa y se encontraron que ya se la habían comido.

Y con todo esto que pasó le sacaron una copla en el pueblo:

Decían los cuatro hermanos:
“Estas sí que son fatigas,
a muerto me está a mí oliendo
lo que tengo en la barriga”.
Después que se la comieron
y tan buena les sabía,
todos estaban provocando
y de asco se morían.

¡Ah! Y el enterrador se comió la torta de la maestra barbera.

□ □ □

Los relatos anteriores son pequeñas muestras de la relación que establece la gente de los pueblos con los cementerios, sobre todo debido a la cercanía del lugar con respecto a sus

casas y al desarrollo de ciertas costumbres. En cada localidad suelen existir cuentos o sucesos similares en los que la única variante consiste en dar nombres familiares a los protagonistas y al lugar.

En este relato, como vemos, se vuelve a dar el binomio miedo-humor, acabando con una copla de claro enfoque carnavalesco, como la del cuento “Juanillo el aceitero”.

96. El correo y los lobos

Candelaria Ibáñez Atanasio

La Ahumada (Tarifa)

Antes los coches andaban con caballos y me acuerdo que mi abuela nos decía: “Yo he visto un coche sin caballos”. Se refería a un coche como los de ahora.

El correo de Cádiz lo llevaba andando un soldado o lo llevaban en estos coches que llevaban tres caballos; uno se llamaba la Góndola y el otro Alegría, y en San Fernando o en Chiclana cambiaban de caballos.

Pues una vez, el soldado que llevaba el correo andando, llegó a una casa y le dijeron:

-Quédate aquí, que como te pille la noche, con la de lobos que hay...

Y el muchacho les contestó:

-A mí no me pasa nada, ¿no ven que llevo el fusil?

Y le pilló la noche por el camino y empezó a ver lobos que lo rondaban. Y el muchacho empezó a pensar: “¡Ay! ¿Por qué no me quedé a pasar la noche donde me ofrecieron?”.

Él llevaba el fusil pero cuando veía tantos lobos se aturullaba. Y venga a pasar lobos por su lado y él asustadito, hasta que llegó a un chozo, a un morisco.

Se lió a buscar y no encontraba la puerta porque la tenía tapada con una mata de espino. Cuando la encontró

tuvo que quitar el espino y como pudo se metió en el morisco.

Allí dentro echó un candelón. Y, claro, donde hay candela no entran los bichos. Pero él estaba asustado y dicen que estuvo toda la noche despierto con el fusil en la mano porque sentía que los lobos estaban rodeando el chozo.



Este suceso, probablemente real, nos pone en contacto con algunos datos desconocidos para los más jóvenes: la forma de transporte (para personas y mercancías) utilizada hasta hace unos cincuenta años en la comarca, la presencia de lobos en la zona o la existencia de un tipo de construcción rural, el “morisco”, realizado con barro y piedra y techado con plantas del entorno como la castañuela. Una choza típica que aún es utilizada como vivienda por alguno de nuestros informantes, como Ignacio Morales, y de la que ya nos ocupamos en un trabajo anterior (“Ignacio Morales Trujillo, un informante singular”, en revista *Almoraima* nº 26, Actas de las I Jornadas de Etnografía y Antropología del Campo de Gibraltar).

97. El hombre que huía de los lobos

Candelaria Ibáñez

La Ahumada (Tarifa)

Era un hombre que salió de noche y de pronto se encontró con un lobo en el camino. Había cerca de allí un árbol donde habían matado a un hombre y en el árbol había un cartel donde ponía: “Dios haya perdonado al alma de este difunto”.

Cuando el hombre se subió al árbol, ya había otro allí arriba que también huía del lobo, así que cuando subió escuchó que le decían desde arriba:

-Suba para arriba y estaremos juntos.

En ese momento, el de abajo vio el cartel y pensó que aquel era el alma del difunto. Se bajó del árbol y empezó a correr tanto que ni los lobos lo pudieron alcanzar.

□ □ □

La aparición del lobo como ser que amenaza la integridad física de los humanos se encuentra muy extendida en los cuentos y leyendas europeos, aunque no tanto en el sur de España. Los dos sucedidos anteriores son pequeños vestigios de una relación competitiva entre ambas especies que acabó con las últimas batidas de lobos realizadas, por lo menos en la zona del Estrecho, hace ya varias décadas. De este animal ya sólo nos quedan los recuerdos de los más mayores y algunos sucedidos como estos, además de su participación como protagonista en diversos cuentos de animales. En *Cuentos al amor de la lumbre* (textos 61 y 63) podemos encontrar de nuevo la intervención del lobo en relatos humanos tan conocidos como *Garbancito* y *La casita de turrón*.

98. Una broma con final fatal

Candelaria Ibáñez

La Ahumada (Tarifa)

Eran dos hermanos y uno de ellos tenía novia y volvía de verla muy tarde, ya de noche. Al otro se le ocurre decir:

-Esta noche voy a asustar a mi hermano.

La madre que lo escuchó le contestó:

-No lo asustes que de los sustos no sale nada bueno.

La madre le quitó las ganas, pero como a los hijos no se les puede decir nada... Cuando la madre estaba ya acostada sintió un tiro:

-Ay, seguro que ha sido mi hijo.

Salió a mirar y ¡digo!, le había metido un tiro el que venía de ver a la novia al otro. Seguramente que por donde pasaba él vería lumbre y disparó. Y es que dicen que un tiro de noche es exacto.



Aquí se abandona el humor para dar paso a un suceso que se acerca más a la realidad que a lo imaginado. Ciertamente, el lugar donde vive nuestra informante, La Ahumada, según ella llamado así por la espesa niebla que suele cubrirlo, ha dado lugar a muchas supersticiones y a relatos sobre personajes sobrenaturales que pueden aparecerse en las noches sin luna; de ahí la prevención de todo aquel que deambulara por aquellos caminos apoyándose únicamente en su conocimiento del lugar y llevado por su capacidad de orientación. De ahí también que no nos extrañe que lo relatado forme parte de un hecho real que haya sido transmitido de padres a hijos durante varias generaciones.

Rarezas de príncipes

Serie de clara ascendencia maravillosa en la que los príncipes y princesas comparten protagonismo con la gente del mundo rural en unos relatos nada sublimes.

Podemos completar este ciclo con los cuentos nº 8, 17, 27 y 28 de nuestro libro de adivinanzas *Debajo del puente*. En todos ellos, la rareza de los protagonistas da lugar a la propuesta de acertijos que siempre acaban resolviendo los personajes menos valorados: pastores y tontos.

99. Comida para el caballo del príncipe

Isabel Román.

Algeciras

Había una vez un príncipe que quería casarse con la mujer más limpia del mundo y decidió buscarla. Montó a caballo y el primer día fue a dormir a casa de un rico hacendado. El príncipe le preguntó a su hija si tenía comida para su caballo, que sólo comía las pelusas que hubiera debajo de la cama. La muchacha le dijo que no había problema, que tenía mucha comida para el caballo.

Así fue recorriendo todo el reino, buscando a la mujer más limpia, pero no la encontró. Todas tenían pelusas debajo de las camas.

Ya desesperado, volvió al castillo, pero en el camino se paró en un molino muy humilde, aunque parecía limpio. La hija del molinero salió a recibirle y, cuando ya había sido atendido el príncipe, le preguntó qué podía hacer por su caballo. El príncipe, una vez más, repitió que le diera de comer las pelusas de debajo de la cama y la

molinera, muy apurada, le dijo que no podía darle de comer, puesto que no tenía pelusas ni nada parecido.

El príncipe había encontrado por fin a la mujer más limpia del reino. La llevó al castillo, se casó con ella, fueron muy felices y nunca tuvieron en el palacio comida para el caballo del príncipe.



Aunque esta historia remite a otras similares de corte maravilloso, hemos encontrado pocas versiones de este cuento de tendencia tan definida. Además de otra que recogimos en La Línea, Ruíz Fernández lo incluye en *La tradición oral del Campo de Gibraltar* con el título “El príncipe que buscaba a la limpia”.

100. El tonto y la princesa

Francisco Castro Salvatierra.

Tahivilla (Tarifa)

Eran tres hermanos y uno de ellos era tonto. Por aquel entonces, el rey echó a concurso la mano de su hija: se casaría con la princesa el que le contestara a todas las preguntas que ella hiciera.

Aquellos dos hombres decidieron ir y el tonto se empeñó en que quería acompañarlos.

-Pero, tonto, ¿dónde vas a ir tú si tú eres tonto?

El tonto se empeñó y fue con ellos. Por el camino iba haciendo las cosas de un tonto:

-¡Mira, mira, mira, me he encontrado un anzuelo!

Les enseñaba el anzuelo a los hermanos y ellos le decían:

-Déjate de tonterías. ¿Qué tiene de importancia un anzuelo? Alguien lo habrá puesto ahí para cazar un avefría.

-Sí, pero yo me lo he encontrado.

-Bueno, está bien.

Y el tonto se guardó el anzuelo. Más adelante, se encontró un nido que tenía dos huevecillos y también los cogió.

-¡Mira, mira, mira, me he encontrado un nido, mira, y tiene dos huevos!

-¡Anda ya! ¿Qué tiene eso de particular?

-Pues que me los he encontrado yo.

Y se guardó también los dos huevecillos.

Llegaron al concurso. Iban pasando sobre todo gente noble, de mucha categoría, pero ninguno contestaba a la princesa. La princesa lo único que decía era:

-¿En el culo tengo un fuego?

Los hombres se quedaban perplejos y pensaban: “¿Qué le contesto yo a esta señora?”

Pasaron también los dos hermanos y se quedaron igual, que no sabían qué decir.

Al final le tocó al tonto. Pero al tonto, estando allí esperando, le habían entrado unas ganas tremendas de dar de cuerpo y, como no tenía dónde hacerlo, se quitó el sombrero, lo hizo dentro y se lo volvió a poner otra vez. Llegó su turno, entró y le dice la princesa:

-¿En el culo tengo un fuego?

Y él:

-Para freír estos huevos.

Y le enseñó los dos huevos. Y dice la princesa:

-¿Y para sacarlos?

-Con este anzuelo.

A ella, claro, le dio muchísimo coraje de que aquel tío, que se estaba viendo que era un tonto, hubiera sabido contestarle. Y muy enfadada le dice:

-¡Mucha mierda para los caballeros!

Y él contesta:

-Aquí la traigo en el sombrero.

Y te puedes imaginar cómo terminó el cuento.

□ □ □

Acabamos nuestra selección con este relato de reivindicación social y personal que, como ya dijéramos en la introducción, procura romper con el ambiente “exclusivamente noble” de los cuentos maravillosos, burlándose de ellos y abriendo camino a unos cuentos costumbristas en los que los protagonistas son personas sencillas del pueblo (apareciendo incluso algunas de ellas con nombres y apellidos). Unos cuentos y cuentecillos de costumbres rurales a los que precisamente hemos dedicado este volumen.

ÍNDICE DE MUNICIPIOS E INFORMANTES

La siguiente clasificación se ha hecho en función del municipio donde se han recogido los textos (entre paréntesis hemos señalado si la persona en cuestión vive en un barrio o aldea alejado del núcleo principal). A continuación, aparece el año de nacimiento de esa persona y el número del cuento o cuentos que ha aportado. Por último, anotamos el municipio de procedencia (lugar donde escuchó el cuento, que suele coincidir con su lugar de nacimiento) en caso de que sea distinto del de recogida.

Todos los textos fueron recogidos entre 1984 y 2002.

ALGECIRAS

- Baltasar Acedo (El Cobre), h. 1925: nº 21.
- Ana Amaya Gil, 1963: nº 47. Antequera (Málaga).
- María Jesús Barroso, 1964: nº 17. La Línea.
- Teresa Blas Jiménez, 1936: nº 24.
- Alonso Collado, 1930: nº 75. Palmones (Los Barrios).
- Sebastiana Corrales, 1917: nº 50. Facinas (Tarifa).
- Ana González, 1934: nº 8. Málaga.
- Antonia González Navarro, 1914: nº 10, 13, 37a, 95. Jimena de la Frontera.
- Luz Ibáñez Atanasio, 1932: nº 43, 69. La Ahumada (Tarifa).
- Tomás Márquez Esteban, 1932: nº 3. Tarifa.
- Encarnación Palomares Peña, 1928: nº 78. Granada.

- Antonio Pérez Infante, 1919: nº 67.
- Inmaculada Pérez Palomares, 1958: nº 91.
- Cristina Rocha, sin fecha: nº 18.
- Isabel Román, 1960: nº 99. Benalup-Casas Viejas.
- Pedro Sánchez, 1950: nº 65. Alcalá de los Gazules (Cádiz).
- Sebastián Sánchez Martos, 1963: nº 77. Yunquera (Málaga).
- José Sánchez Sánchez, 1926: nº 26, 61, 68. Tarifa.
- Ramón Tapia Lobón (El Cobre), 1928: nº 20, 27, 40, 61. Paloma Alta (Tarifa).
- Bartolomé Téllez Sánchez, 1946: nº 16.
- Otros: nº 11, 60, 81.

LOS BARRIOS

- Isabel Calvente Márquez, 1968: nº 22, 82.
- Pedro Collado Mateos, 1930: nº 94.
- María Gallardo, 1940: nº 80. Algeciras.
- Isabel Jiménez Lirio, 1955: nº 73. Ronda (Málaga).
- Engracia López Úbeda, 1950: nº 2.

CASTELLAR DE LA FRONTERA

- Sin datos: nº 57.

JIMENA DE LA FRONTERA

- Jacinto Coronil Sarria, 1927: nº 85.
- Antonio Gil Ríos (San Pablo), 1949: nº 28. Estepona (Málaga).
- Pedro Gómez Moreno, 1929: nº 86.
- Miguel Órpez (San Pablo), 1940: nº 37b. Martos (Jaén).
- Alfonso Pérez Sánchez, 1923: nº 92, 93.
- Andrés Pérez Sánchez, 1929: nº 35, 39, 90.
- Francisco Pérez Sánchez, 1933: nº 25a, 53, 63, 84, 87.

LA LÍNEA DE LA CONCEPCIÓN

- Francisco Palacio, 1958: nº 23.
- Francisco Rivero, 1930: nº 64, 71, 74.
- María Torremocha, 1942: nº 72.
- Francisco Villada Rambla, 1955: nº 83.
- Otros: nº 55c.

SAN ROQUE

- Salvadora Castillo (Guadiaro), h. 1930: nº 90.
- Josefa Orrillo (Guadiaro) h. 1930: nº 90.

TARIFA

- Remedios Cabello Fernández, 1900: nº 44, 89.
- Francisco Castro Salvatierra (Tahivilla), 1927: nº 4, 15, 46, 79, 100.
- Miguel Hoyo García, 1957: nº 66.
- Candelaria Ibáñez Atanasio (La Ahumada), 1930: nº 6, 7, 9, 12, 19, 25b, 29, 30, 31, 32, 33, 36, 42, 48, 49, 55, 56, 62, 69, 76, 88, 90, 96, 97, 98.
- Matilde Márquez Peinado (Las Caheruelas), 1940: nº 45, 59, 70.
- Salvador Márquez Peinado (Las Caheruelas), 1933: nº 14, 15, 34, 41.
- Andrés Morales (Bolonía), 1957: nº 52, 54.
- Ignacio Morales Trujillo (Betijuelo), 1930: nº 1, 51.
- Ana Navarro Cabello, 1929: nº 44, 89.
- Amparo Parra (Facinas), h. 1960: nº 38.
- Juan Quero González (Facinas), 1917: nº 58.
- Otros: nº 5.

ÍNDICE DE RECOPIADORES

Hemos contado con las aportaciones de las siguientes personas:

- Jesús Caballero Márquez: nº 5, 14, 15, 34, 41, 45, 59, 70.
- Lourdes de Casas: nº 83.*
- Plácida Delicado: nº 75.*
- M^a Luz Díaz Navarro: nº 44, 89.
- Gloria Gil Galindo: nº 18.*
- María Soledad Martínez: nº 60.*
- Macarena Toral Peña: nº 66.*
- Ana María Martínez Rentero y Juan Ignacio Pérez Palomares: resto de los cuentos.

* Recogidos en el transcurso de talleres que impartimos en el Centro de Profesorado “Campo de Gibraltar” entre 1994 y 2000.

BIBLIOGRAFÍA

(Selección)

- Agúndez García, José Luis. CUENTOS POPULARES SEVILLANOS EN LA TRADICIÓN ORAL Y EN LA LITERATURA (2 vol.). Coedición de la Diputación de Sevilla y la Fundación Machado. Sevilla, 1999. 303 cuentos de todo tipo (de animales, de encantamiento, novelescos...) entre los que podemos encontrar numerosas versiones de los cuentos recogidos en nuestro trabajo. A destacar los comentarios que, sobre argumentos, catalogación, temas y versiones, acompañan a los textos.
- Camarena, Julio y Chevalier, Maxime. CATÁLOGO TIPOLOGICO DEL CUENTO FOLKLÓRICO ESPAÑOL (CUENTOS MARAVILLOSOS). Editorial Grados. Madrid, 1995. Aunque se trate de un catálogo de cuentos maravillosos, se incluyen en él algunos de los cuentos recogidos en nuestro libro.
- Chevalier, Maxime. CUENTECILLOS TRADICIONALES EN LA ESPAÑA DEL SIGLO DE ORO. Editorial Gredos. Madrid, 1975. Completa relación de cuentecillos de tradición oral presentes en las obras literarias de los siglos XVI y XVII.
- Espinosa, Aurelio M. (hijo). CUENTOS POPULARES DE CASTILLA Y LEÓN. Servicio de publicaciones del CSIC. Madrid, 1996 (volumen I) y 1988 (volumen II). Es en el segundo volumen donde podemos encontrar más relatos de la categoría elegida para nuestro libro.

▪Espinosa, Aurelio M. (padre). CUENTOS POPULARES DE ESPAÑA. Espasa-Calpe. Madrid, 1965. Versión resumida y de más fácil acceso que los tres volúmenes que el CSIC publicó en 1946 y 1947 sobre un trabajo de campo realizado alrededor de 1920. En estos, el primer volumen corresponde a los textos y los otros dos a notas comparativas.

▪García Surrallés, Carmen (coord.). ERA POSIVÉ. CUENTOS TRADICIONALES GADITANOS. Edición de la Universidad de Cádiz. Cádiz, 1992. En esta obra se pueden encontrar un total de 115 cuentos de distintas categorías recogidos en toda la provincia y de los que siete proceden del Campo de Gibraltar.

▪Gil Girmau, Rodolfo y Ibn Azzuz, Mohammed. QUE POR LA ROSA ROJA CORRIÓ MI SANGRE (ESTUDIO Y ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA ORAL EN MARRUECOS). Ediciones de la Torre. Madrid, 1988. 143 cuentos y cuentecillos no clasificados que nos pueden servir para comprobar el diverso tratamiento de un mismo esquema a uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar.

▪Hernández Valcárcel, Carmen. EL CUENTO ESPAÑOL EN LOS SIGLOS DE ORO (2 vol.). Universidad de Murcia. Murcia, 2002. Similar al citado de Chevalier.

▪Larrea Palacín, Arcadio de. CUENTOS GADITANOS I Servicio de publicaciones del CSIC. Madrid, 1959. En este libro se publican cuarenta de los más de ciento ochenta cuentos que, según el propio Larrea, recogió en distintas localidades de la provincia de Cádiz como Chiclana, Jerez y Vejer hacia 1950. Ninguno de los seleccionados procede del Campo de Gibraltar.

▪Pérez, Juan Ignacio. “Los cuentos de tradición oral en el Campo de Gibraltar”. Revista ALMORAIMA, nº 16, pp. 105-115. Mancomunidad de Municipios del Campo de

Gibraltar, 1996. Un acercamiento a la colección de cuentos que hemos recogido en esta comarca.

▪Pérez, Juan Ignacio y Martínez, Ana María. DEBAJO DEL PUENTE (ADIVINANZAS TRADICIONALES RECOGIDAS EN EL CAMPO DE GIBRALTAR.) Asociación Lit.Oral. Algeciras, 2002. Incluye un capítulo con cuarenta y un cuentos de tradición oral en los que las adivinanzas son elementos imprescindibles para el desarrollo de la trama y que vienen a complementar lo publicado en el presente volumen.

▪Rodríguez Almodóvar, Antonio. CUENTOS AL AMOR DE LA LUMBRE (2 vol.). Editorial Anaya. Madrid, 1985. En esta obra, un hito en el enfoque de la divulgación de la narrativa tradicional, podemos encontrar versiones similares a las nuestras, algunas de ellas reconstruidas por el autor (lo que denomina “arquetipo”). Actualmente agotado, ha sido reeditado en formato de bolsillo por Alianza Editorial (1999), existiendo también una versión de gran formato en Editorial Anaya bajo el título *Cuentos populares españoles* (2002).

▪Ruiz Fernández, M^a Jesús. LA TRADICIÓN ORAL DEL CAMPO DE GIBRALTAR. Edición de la Diputación de Cádiz. Cádiz, 1995. Incluye un capítulo dedicado a los cuentos en el que podemos encontrar 35 textos de diversos tipos.

▪Sánchez Pérez, José Augusto. CIEN CUENTOS POPULARES ESPAÑOLES. José J. de Olañeta Editor. Palma de Mallorca, 1994. Cuentos y cuentecillos de muy distinto signo y ordenados por su extensión integran este volumen que vio la luz por primera vez en 1942.

▪Topper, Uwe. CUENTOS POPULARES DE LOS BEBERES. Ediciones Miraguano. Madrid, 1993. Libro con 55 textos donde destacan leyendas, cuentos de animales y relatos de personajes sobrenaturales.

ESTE ES UN LIBRO INACABADO

Seguramente, el lector estará pensando que otros muchos textos podrían haberse incluido en este libro. Claro que sí. Algunos los hemos dejado para un próximo volumen, pero otros no nos los llegaron a contar.

Por eso, con objeto de completar el repertorio de la zona, animamos a los lectores a realizar un pequeño esfuerzo memorístico o un sencillo trabajo de campo en su entorno más cercano y a ponerse en contacto con la Asociación LitOral, donde clasificaremos sus textos y les daremos difusión en próximas ediciones.

No olvide recoger datos referentes a la persona informante (nombre y apellidos, lugar y fecha de nacimiento...), así como aportar sus propios datos personales para incluirle como colaborador de la obra.

<p><u>Asociación LitOral</u> ww.weblitoral.com asociacionlitoral@hotmail.com</p>
--

CIEN CUENTOS POPULARES ANDALUCES

recogidos en el Campo de Gibraltar

En este libro se incluyen cien cuentos y cuentecillos de temática costumbrista y ambiente fundamentalmente rural que, habiendo bebido de diversas fuentes (indoeuropea, oriental, africana), reflejan rasgos característicos de la cultura andaluza tradicional. Unos textos que nos resultarán muy familiares y donde, en palabras de Antonio Rodríguez Almodóvar, “el humor y la crítica social se hermanan con la agudeza, la paciencia y la libertad expresiva del pueblo, que es de lo que se trata”.

Desde 1984, Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez recorren los pueblos, ciudades y cortijos de la zona del Estrecho de Gibraltar escuchando a sus moradores y recopilando todo tipo de textos orales. El material recogido, sorprendentemente rico, se asoma ahora a través de esta colección de pequeños libros para que investigadores, vecinos y curiosos puedan conocerlo, disfrutarlo y, por qué no, ponerlo de nuevo en boca de todos.